FOUR GENERATIONS OF JEDI.
ONE COMMON ENEMY.

STAR WARS®

LEGACY OF THE JEDI

A CLONE WARS® NOVEL

JUDE WATSON

CUATRO GENERACIONES DE JEDI
UN ENEMIGO EN COMÚN

El Templo Jedi es un lugar de secretos y confianza. Dentro de sus paredes, una herencia de paz y justicia, La Fuerza, es transmitida de generación en generación. Pero aquel legado puede ser destruído. A veces los mayores enemigos surgen desde el interior…

Lorian Nod es un prometedor aprendiz de Jedi. Un padawan llamado Dooku es su mejor amigo. Bajo la atenta mirada de Yoda, ellos aspiran a convertirse en Caballeros Jedi. Dooku sabe que su destino es confuso… aún no está preparado para un giro en los acontecimientos que le revelan por primera vez el Lado Oscuro.

Años más tarde, Dooku es un Maestro Jedi y Lorian Nod es un olvidado pirata. Con un imprevisto deseo de venganza, Dooku trabaja para frustrar a su viejo amigo, aún si esto significa enfrentarse a su propio aprendiz Qui-Gon Jinn…

Cuando Qui-Gon mismo se convierte en Maestro Jedi, el espectro de Lorian Nod todavía se levanta. Como Qui-Gon y Obi-Wan Kenobi luchan para encontrar su lugar como Maestro y padawan, deben trabajar juntos para prevenir una amenaza interplanetaria, y burlar a un enemigo muy familiar…

Durante las Guerras Clon, Lorian Nod quiere jugar un papel oscilante entre la República y los Separatistas, para hacerse mantener bajo su control una estratégica estación espacial. Por un lado, Obi-Wan y su aprendiz, Anakin Skywalker, deben decidir si pueden confiar en un personaje tan infame. Del otro lado, el Conde Dooku, ahora comprometido con el Lado Oscuro, tiene contra él una vieja cuenta por cobrar…

CUATRO GENERACIONES DE CONFIANZA Y TRAICIÓN.
UNA HERENCIA



El Legado de los Jedi

Jude Watson



LEYENDAS

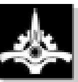
Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Legacy of The Jedi*

Autora: Jude Watson

Arte de portada: David Mattingly

Publicación del original: 2003

 de 89 a 22 años antes de la batalla de Yavin

Traducción: Darth Ruine

Revisión: …

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

01.06.20

Base LSW v2.22

Declaración

Parte I

Yoda y Dooku

Dos aprendices comienzan a labrar su destino cuando den los primeros síntomas de indisciplina, cuestión normada con severidad por los maestros Jedi. Dooku y Lorian Nod comienzan así una travesura que los llevo a la enemistad.

CAPÍTULO 1

El corredor estaba vacío. Los dos niños de trece años esperaban tras la puerta cerrada. Había cerraduras en el templo Jedi, pero rara vez eran usadas. No había necesidad. No había nada que esconder. Nada estaba prohibido. El código de honor de los Jedi proporcionada el desafío y el privilegio de recorrer el sendero de Jedi a cada uno de forma única. Por supuesto que la disciplina necesaria para ello también prevalecería en la vida privada de cada uno.

De modo que entrar al alojamiento de otro Jedi sin su consentimiento, no era una violación a alguna regla. Al menos, no de una hablada o escrita. Pero Dooku sabía que aquello estaba mal. Que no estaba terriblemente mal. Pero que estaba mal.

—Vamos, adelante —dijo Lorian—. Nadie se enterará.

Dooku recorrió con la mirada a su amigo. La cara de Lorian mostraba ansiedad. Unas pecas se esparcían a los lados de su desafilada nariz, semejantes a una densa constelación de estrellas. Sus ojos eran cálidos, con un brillo travieso, del color verde oscuro de los pinos con luces ámbar, como un bosque bañado por la luz del sol. Lorian había estado sugiriendo planes desde que tenían siete años, y había convencido a Dooku de explorar los túneles de basura. La experiencia había dejado a Dooku con una túnica hedienta y un sano respeto por las prácticas de saneamiento.

—Además, es tu Maestro —dijo Lorian—. A él no le molestará.

Thame Cerulian era el Maestro de Dooku. El renombrado Caballero Jedi le había escogido la semana pasada. Dooku justamente había alcanzado los trece años de edad, y se sentía aliviado por no tener que esperar más para convertirse en un aprendiz padawan. Pero no había tenido tiempo para conocer a Thame en absoluto. Thame estaba en el Borde Exterior cumpliendo una última misión antes de recibir a un padawan. Dooku estaba orgulloso de haber sido escogido por tal celebridad.

La pregunta era, ¿podría Dooku convivir con esa leyenda? Tendría que hacerlo.

Dar una mirada en las habitaciones de Thame podría proporcionarle alguna ventaja.

Inclinó la cabeza sobre Lorian y atravesaron la puerta. Esta se abrió, deslizándose silenciosamente. Entró, y si esperaba encontrar una pista sobre el carácter de su nuevo maestro, pronto se encontró desilusionado. Un estrecho sofá de descanso estaba ubicado contra una pared. Una colcha gris estaba prolijamente doblada en la parte inferior. Una pantalla de datos descansaba sobre una mesa desnuda. No había impresiones láser ni hologramas que colgaran de las paredes. Ninguno de sus artículos personales estaba en el escritorio o en la pequeña mesa ubicada al lado del sofá. Había una vasija de cristal con un pequeño tapón también de cristal. La vasija transparente y la manta gris eran las únicas señales de que alguien habitaba en aquella habitación.

—Un momento —dijo Lorian—. Encontré algo.

Deslizó sus manos a lo largo de una costura en la pared que era casi invisible. Presionó un botón oculto y la pared se retrajo para revelar estantes sobre el escritorio, los que se llenaron de hololibros.

Dooku se inclinó para examinar los títulos. Thame, según sabía, era un historiador, un experto en historia Jedi. Nunca antes había visto la mayor parte de estos títulos. Historia galáctica, biografías, ciencias naturales de diferentes atmósferas y sistemas planetarios. Una biblioteca impresionante.

Lorian los desechó con una mirada—. Pensabas que él tendría bastantes estudios después del entrenamiento en el Templo. Yo no puedo esperar a salir a la galaxia y hacer cosas.

Dooku trató de alcanzar un hololibro sin título y sin autor. Lo abrió de golpe y exploró una página.

La meditación previa es necesaria para aclarar la mente. Algunos padecen de náuseas o mareos al mirar por primera vez. Pero sobre todo, uno debe prepararse para el efecto del lado oscuro en la mente, especialmente si se es joven o débil. Las pesadillas y las visiones oscuras pueden durar años…

—Es un manual acerca del Holocrón Sith —dijo Dooku, y su voz se hizo un susurro ahora. Manipuló cuidadosamente el hololibro.

— ¿El Holocrón Sith? Pero nadie debe acceder a él —objetó Lorian.

—Eso no es tan así. Está permitido a los Maestros Jedi. No muchos tienen interés. La mayoría de los Caballeros Jedi tienen la idea de que los Sith se extinguieron y nunca regresarán. Excepto por mi Maestro. —Dooku contempló el libro. Su estómago se retorció, como si hubiera mirado fijamente al Holocrón Sith mismo—. Él cree que vendrá un tiempo en el que los Jedi tendrán que enfrentarse a los Sith otra vez.

— ¿Este manual dice cómo encontrar el Holocrón? —preguntó Lorian interesado ahora.

Dooku lo hojeó, con su corazón palpitando—. Sí. Da advertencias e instrucciones.

—Esto es tan galáctico —murmuró Lorian—. ¡Con la ayuda de este manual, podríamos encontrar el Holocrón Sith nosotros mismos! —Miró a Dooku, y sus ojos le brillaban—. ¡Seríamos los primeros Padawan Jedi en hacerlo!—

— ¡No podemos! —dijo Dooku, conmocionado por la idea.

— ¿Por qué no? —preguntó Lorian.

—Porque está prohibido. Porque es peligroso. Porque no conocemos lo suficiente. Por un millón de buenas razones.

—Pero nadie lo sabría —dijo Lorian—. Podrías hacer eso, Dooku. Tienes una conexión con la Fuerza mucho mayor que cualquier otro padawan. Todos lo saben. Y con la ayuda del hololibro, tendrías éxito.

Dooku negó con la cabeza y volvió a colocar el hololibro en el estante.

—Sería asombroso —dijo Lorian—. Podrías averiguar los secretos de los Sith. Si en realidad conocieras el lado oscuro, serías un mejor Caballero Jedi. Yoda dice que no podemos luchar contra el mal sin entenderlo.

—Yoda nunca dijo eso.

—Pues bien, suena como a algo que él diría —protestó Lorian—. Y es cierto. ¿Acaso el entrenamiento en el Templo no es sobre todo lo que existe alrededor? Todo lo que

hacemos es estudiar así que podemos prepararnos. ¿Cómo podemos disponernos a combatir el mal si no lo entendemos?

Ese era el problema con Lorian, pensó Dooku. Tenía una forma de poner cosas que hacía que tuvieran sentido, aún cuando le estuviera pidiendo que violara las reglas.

Miró en el hololibro otra vez. Era tentador. Y Lorian había señalado el secreto deseo de Dooku de ser el mejor aprendiz alguna vez. Quería impresionar a su nuevo Maestro. ¿Podría ser el Holocrón Sith la llave para hacer realidad su deseo?

—Sólo daremos una mirada rápida —dijo Lorian—. Simplemente la idea, Dooku. Los Jedi son el grupo más poderoso en la galaxia. Podríamos ser lo más destacado.

—Un verdadero Jedi no piensa en términos de poder —dijo Dooku de manera condenatoria—. Somos Guardianes de la Paz.

—Los Guardianes de la Paz necesitan poder, como cualquier otro —Lorian apuntó hacia fuera—. ¿Si no tienen eso, quién los escuchará?

Lorian tenía razón, si bien no se expresaba en la forma que podía ser considerada apropiada para un verdadero Jedi. El Jedi tenía poder. Pero el Jedi no usaba esa palabra, aunque así era. Lorian sabía eso, y no temía decirlo. Los Jedi eran renombrados a lo largo de toda la galaxia. No se les temía, pero eran respetados. Eran consultados por los gobiernos, por Senadores, para ayudarles. ¿Si eso no era poder, entonces qué lo era?

Lo más destacado. ¿No era lo que buscaba?

—Thame es un gran Caballero —continuó Lorian—. Pensaría que tú querrías ser digno de él. Si tuviese un maestro, me prepararía tanto como pudiera antes de que abandonáramos el Templo. No querría decepcionarle.

—No le decepcionaré si hago lo mejor que pueda —dijo Dooku—. Es todo lo que puedo hacer.

Lorian se volvió sobre el sofá de sueño de Thame con un gemido—. Ahora hablas como Yoda.

— ¡No te sientes allí! —rechifló Dooku, pero Lorian lo ignoró.

Lorian clavó los ojos en el techo—. Nadie me ha elegido.

Dooku contuvo su aliento. Aquí estaba, la cosa grande entre ellos. Él había sido escogido por un Caballero Jedi, y Lorian aún no. Dooku había sido uno de los primeros en ser elegidos. Todos los días que siguieron, los dos muchachos habían esperado a un Caballero Jedi que escogiera a Lorian. Supieron que muchos lo habían observado, y algunos hasta lo habían considerado seriamente. Con todo, los caballeros elegían a algún otro. Ni Dooku ni Lorian supieron por qué. Dooku siempre había aventajado a Lorian en habilidades de combate y en la conexión con la Fuerza, pero Lorian era muy brillante en sus estudios y en su compromiso. Era incomprensible que no hubiera sido escogido todavía.

—Sucederá —dijo Dooku—. La paciencia existe para ser probada.

Lorian volteó hacia su lado y miró fijamente Dooku—. De acuerdo.

Dooku deseó poder retractarse de sus palabras. Eran ciertamente… correctas. Eran algo que un Maestro Jedi podía decir, pero no un mejor amigo. Pero la verdad era que no sabía qué decir. El período de espera era duro, pero todo terminaría bien.

Lorian enrolló su cuerpo como una pelota y luego inquirió desde la cama—. De acuerdo, tomemos una decisión. ¿Buscamos el Holocrón Sith o no?

Dooku alcanzó a alisar las arrugas que Lorian había hecho en la cama de su nuevo maestro. Thame era todo lo que había esperado tener como un Maestro. No podía exponer eso a ningún riesgo. Ni aún por su mejor amigo.

—No —dijo—. Nos meteríamos en serios problemas si nos atraparan.

—Nunca antes te preocupó ser atrapado —dijo Lorian.

Porque nunca tuve tanto para perder, pensó Dooku, pero no podía decir eso. Si lo hiciese, sólo diría por qué Lorian no tenía todavía un maestro.

Dooku sintió los ojos de Lorian en su espalda cuando se inclinó para alisar la colcha a los pies del sofá de descanso de Thame.

—Si pudieses hacerlo sin el riesgo de ser atrapado, lo harías —dijo Lorian—. El hecho de que esté mal no es realmente la razón por la que tú no lo harás. Tal vez no eres el Jedi que piensas que eres.

Atravesó la puerta hacia afuera con paso descansado—. Simplemente buscaba que notaras que me di cuenta de ello.

CAPÍTULO 2

Ahora que Dooku había terminado con su entrenamiento oficial en el Templo, tenía permitido organizar sus días por sí mismo. Aunque se esperaba que continuara estudiando y dedicándose al entrenamiento de batalla y a la disciplina física, se esperaba también que se diera el tiempo para las actividades que le gustaran. En el breve período entre las últimas clases oficiales de padawan y antes de convertirse en un aprendiz, los Maestros Jedi complacieron a sus estudiantes dándoles la libertad para vagar.

Dooku se despertó de madrugada. Su conversación con Lorian el día anterior todavía le molestaba. Decidió ir al Cuarto de las Mil Fuentes para dar un paseo por los jardines y dejar que la música del agua calmara su mente. Sintió que era un lujo poder decidir cómo pasar el tiempo. Sabía que esos días acabarían pronto, y tenía la intención de disfrutar cada segundo de ellos. No permitiría que un pequeño desacuerdo con su amigo los destruyera…

Salió un momento al vestíbulo e inmediatamente notó un cambio. Dooku no estaba seguro algunas veces si la Fuerza o su intuición estaban desarrolladas, pues no era tan experimentado aún. Pero supo que la atmósfera en el Templo había cambiado. Había una corriente zumbante debajo de la calma, una agitación que podía recoger fácilmente.

Delante de él, algunos estudiantes estaban en grupo. Dooku les abordó y reconoció a Hran Beling, un condiscípulo de su edad. Hran era un Vicon, una pequeña especie de sólo un metro alto.

No tuvo que preguntar a los estudiantes que cambiaban opiniones. Hran le miró, con su larga nariz temblando—. ¿Has escuchado las noticias? ¡El Holocrón Sith ha sido robado!

Dooku era naturalmente pálido, pero sintió la sangre que drenaba por su cara, y era seguro que parecería tan blanco como el traje de un paramédico—. ¿Qué? ¿Cómo?

—Nadie sabe cómo —dijo Hran—. Podría haber un intruso en el Templo.

Uno de los estudiantes más jóvenes bajó su voz hasta convertirse en un susurro—. ¿Qué ocurriría si fuera un Sith?

Los ojos de Hran brillaron intermitentemente—. ¿Sí, qué ocurriría si lo fuera? —preguntó solemnemente—. Podría caminar por los salones. Podría estar en cualquier lugar. ¿Qué ocurriría si se encontrara detrás de ti ahora mismo? Hran se quedó sin aliento y señaló con el dedo detrás del joven estudiante, quien saltó asustado, volando su trenza de padawan.

Los demás estallaron en nerviosa risa. Dooku no se unió a ellos. Su corazón latía pesadamente, dio la vuelta y se alejó.

No había intrusos. Estaba seguro de ello.

Dooku corrió a las habitaciones de Lorian. La luz de privacidad estaba encendida sobre la puerta de Lorian, pero él entró de cualquier forma. La puerta estaba con cerrojo.

Dooku presionó su boca contra la batiente de la puerta—. Déjame entrar, Lorian.

No hubo respuesta.

—Déjame entrar o iré directamente a la Sala del Consejo Jedi —amenazó Dooku.

Escuchó un suave chasquido cuando la cerradura se desconectó, y la puerta se abrió deslizándose. La habitación estaba oscura, la sombra se mostraba contra el sol naciente. Entró y la puerta siseó cerrándose detrás suyo. Todo era oscuro menos el holograma de la Caravan, un modelo de crucero estelar que Lorian había diseñado. Requisó la habitación en un recorrido interminable.

Lorian estaba sentado en una esquina, como si estuviera tratando de presionarse contra la dura pared, lo suficiente como para derretirse dentro de ella. Sus manos colgaban entre sus rodillas, y Dooku vio que temblaban.

—Tú lo tomaste.

—No quise hacerlo —dijo Lorian—. Sólo quise mirarlo.

— ¿Dónde está?

Lorian señaló la esquina lejana con su barbilla—. ¿Lo sientes? susurró—. Me siento tan enfermo…

— ¿Por qué lo tomaste? —preguntó Dooku indagando en sus rasgos demacrados que le hacían aparentar repentinamente mayor edad que la que sus años le daban. El sudor brotaba de su frente. Podía sentir el poder oscuro del Holocrón. No quiso mirarlo. Sólo saber que estaba detrás de él, en una esquina oscura era suficiente para hacerlo sentir tembloroso.

—Estaba en los archivos. Lo tuve en mis manos. Alguien venía. Lo puse debajo de mi túnica. Luego corrí. —Lorian se estremeció—. Iba a devolverlo, pero no pude… no pude tocarle otra vez, Dooku. Nunca esperé que fuera algo así.

— ¿Cómo esperabas que fuera? —preguntó Dooku montado en cólera—. ¿Una caminata placentera en el bosque?

—Debo llevarlo de vuelta —dijo Lorian—. Necesito tu ayuda.

Dooku le miró con incredulidad—. Te dije que no quería nada relacionado con esto.

— ¡Pero tienes que ayudarme! —gritó Lorian—. ¡Eres mi mejor amigo!

—Tú te metiste en esto —dijo Dooku—. Simplemente escóndelo bajo tu capa otra vez y regrésalo.

—No puedo hacerlo solo, Dooku —dijo Lorian.

La mirada fija de Dooku descansó sobre las manos temblorosas de Lorian. No dudaba que Lorian pudiera hacerlo—. Por favor, Dooku —imploró Lorian.

Dooku no tuvo oportunidad de responder. La puerta siseó y se abrió repentinamente. Oppo Rancisis, Maestro Jedi y preponderante miembro del Consejo Jedi, estaba en la entrada.

— ¿Usted está enfermo, Lorian? —preguntó generosamente—. Algunos de los maestros han notado que usted… Su voz fue desapareciendo. Dooku sintió un cambio menor en la atmósfera de la habitación, como si la gravedad hubiera aumentado. Sintió como le presionaba.

Oppo Rancisis clavó los ojos en ellos—. Siento una pequeña perturbación en la Fuerza —dijo él.

No podían hablar.

Su aguda mirada recorrió el cuarto. Repentinamente cambió de dirección y caminó a grandes pasos hacia la esquina y recogió el Holocrón. Lo colocó cuidadosamente en el profundo bolsillo de su túnica. Luego volvió sobre sus pasos y observó a los dos muchachos.

Lorian se presionó contra la pared y se empujó para ponerse de pie.

— Fue idea de Dooku —dijo.

CAPÍTULO 3

Dooku estaba demasiado conmocionado como para decir una sola palabra.

—El Consejo querrá ver a ambos —dijo severamente Oppo Rancisis.

—Pero no hice…—comenzó Dooku.

Oppo Rancisis sostuvo una mano en alto—. Cualquier cosa que usted tenga que decir se dirá ante el Consejo. La verdad será dicha allí. Entonces volvió sobre sus pasos y salió de la habitación.

—Dooku, escucha…—empezó Lorian.

La furia invadió a Dooku. No podía reconocer ni siquiera la mirada fija de su amigo.

Bajó corriendo ciegamente por el pasillo. No sabía a donde ir. Tenía tantos santuarios en el Templo, un banco favorito, un lugar en una ventana, una roca en el lago, pero no podía imaginar ninguno de esos lugares ofreciéndole cobijo ahora. Su corazón estaba tan lleno de oscura ira y amargura, que sentía que se estaba ahogando.

Su mejor amigo le había traicionado. A lo largo de todos esos años en el Templo, siempre había podido confiar en Lorian. Habían compartido bromas y secretos. Habían competido entre sí y se habían ayudado mutuamente. Habían reñido y se habían reconciliado.

El hecho que esta persona le pudiese traicionar le conmocionaba tan profundamente que se sintió mareado.

No supo cómo pasó el día. De algún modo las noticias dijeron que lo dos habían sido atrapados. Los estudiantes le miraban soslayadamente y apuraban el paso ante su presencia. Caballeros Jedi que no lo conocían lo estudiaron cuando pasaron por el salón. Dooku quería ir a Yoda y explicarle todo, pero sabía que Yoda solamente repetiría lo que Oppo Rancisis había dicho. Tuvo que sufrir a través de los días hasta que el Consejo Jedi encontró el tiempo para hablarles.

Dooku no tenía el apetito o la frescura para enfrentar a los demás en el comedor para la cena. Se quedó en su habitación. Cuando por fin los pasillos brillaron con la luz azul fresca que quería decir que el templo se estaba preparando cómodamente para dormir, sintió alivio. Por lo menos durante las próximas horas no estaría bajo análisis.

No podía esperar a ser citado ante el consejo. No podía esperar a contar la verdad. Sabía que los maestros le creerían y no a Lorian. Un Maestro Jedi era experto en discernir la verdad. Lorian no llegaría lejos con su mentira, y Dooku tendría justicia.

Apagó la luz y se acostó en su sofá de descanso, su corazón ardía. Imaginó cuán claramente hablaría. Contaría la verdad, toda la verdad. Les diría cómo Lorian intentó tentarle. Les diría cómo se rehusó, y cómo le había presionado Lorian. Era tan grande su satisfacción que Dooku imaginó el castigo de Lorian. Una reprimenda no estaba lo suficientemente lejos. Lorian podía ser expulsado de la Orden Jedi.

Su puerta siseó al abrirse. No la había cerrado. Dooku nunca cerraba su puerta. Nunca lo había necesitado, hasta ahora.

Lorian entró a la oscura habitación. Dooku no dijo nada, esperando que su desprecio llenara el espacio mejor que las palabras.

Lorian estaba sentado sobre el piso, a algunos metros del sofá.

—Tuve una razón para hacer lo que hice —dijo él.

—No estoy interesado en tus razones —respondió Dooku.

—No comprendes nada —explotó Lorian— todo te llega tan fácilmente. Nunca piensas en las demás personas, sobre cómo sufren. Sólo dijiste que no debo preocuparme por no haber sido elegido aún. ¿Por qué no debo preocuparme? ¡El tiempo se está acabando! Es tan fácil para ti decirlo. Fuiste escogido ya.

— ¿Así que me estás culpando por eso? —siseó Dooku—. ¿Por eso le mentiste a Oppo Rancisis?

—No —dijo Lorian—. Y no te culpo de nada, excepto de no intentar comprender cómo me siento. Se supone que somos los mejores amigos, y realmente nunca lo intentaste alguna vez. Todo lo que piensas es acerca del placer por tu éxito.

— ¡Fuera de mi habitación! —dijo Dooku.

En vez de ello, Lorian se estiró sobre el piso. Su voz bajó.

—¿No puedes comprender, Dooku? Estoy en un aprieto. Necesito tu ayuda. Sé que fue un error. No debí haber tomado el Holocrón. Pero estaba desesperado. Pensé, si sólo tuviera algo destacado, si pudiese saber algo que nadie más supiera…. ¿No puedes comprender por qué querría eso?

—No —dijo Dooku. Pero lo hizo.

—Ahora si el Consejo se entera lo que hice, podría ser echado de la Orden Jedi.

—Exageras, como de costumbre —dijo Dooku mordazmente. ¿Pero no había estado acaso pensando lo mismo?

—Todo está en peligro para mí —dijo Lorian—. Pero tú ya has sido elegido por el gran Thame Cerulian. Es más, el Maestro Yoda ha tomado un interés personal en ti. El Consejo te ha observado, también. Saben que tienes una extraordinaria conexión con la Fuerza. Te perdonarán. Especialmente porque tu Maestro está interesado en los Sith. Podrías decir que justamente quisiste investigar un poco.

La voz de Lorian flotó en la oscuridad, disonante con la desesperación. —Entré en pánico cuando Oppo Rancisis entró. Vi mi futuro, y me asusté. ¿Podrían haberme echado, y a dónde iría, qué haría?

—Deberías haber pensado acerca de eso antes de que robaras el Holocrón Sith.

—Sé que no debo preguntar algo así, pero ¿a quién más puedo preguntar excepto a mi mejor amigo? Porque pase lo que pase, tú eres mi mejor amigo todavía. —Lorian hizo una pausa. Por un momento, todo lo que Dooku podía escuchar era su respiración.

— ¿Me cubrirás?

Dooku quiso responder precipitadamente con un salvaje ¡No!, pero no podía. No sabía si Lorian podría haber sido echado a patadas de la Orden —No creía que pudiera ser así. Pero bien sirvió para que Lorian tuviera que preocuparse por ello.

El castigo sería grave para él, especialmente porque había tratado de mentir y ocultar. Pero Lorian tenía razón. Dooku era un favorito de los maestros Jedi. Sabía cómo podría contar la historia de forma que probablemente sólo recibiría una ligera reprimenda. Les dejaría pensar que fue un hambre para el conocimiento, un deseo de impresionar a su nuevo maestro. Creerían en eso.

Dooku no supo qué decir. No estaba preparado para mentir, pero no le podría decir que no a su amigo. Así es que no dijo nada, y, después de mucho tiempo, los dos amigos se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 4

Dooku se despertó antes del amanecer. Tendido en la oscuridad, escuchó el silencio y supo que Lorian había salido en alguna ocasión durante la noche. Se puso boca arriba, sintiendo el peso del aire en su cuerpo como si su amigo estuviese sentado sobre su pecho.

Renuente a levantarse, clavó los ojos en las paredes, observando la oscuridad desaparecer lentamente, hasta que pudo ver los contornos de su mobiliario. La luz en su mesa de noche comenzó a resplandecer suavemente y aumentar en intensidad, su señal para despertarse. Luego un holocalendario apareció y resplandeció en el aire. Usualmente el calendario de un día se habría llenado de citas y clases. Últimamente le había gustado considerar su inexpresividad. Pronto estaría colmado de misiones.

Lo miró fijamente, pensando en su futuro. Era seguro. ¿Tenía razón Lorian? ¿Había sido presumido respecto de ello y se le había olvidado apreciar la angustia de su amigo?

Miró fijamente el calendario durante largos minutos, pensando en esto, antes de que su cerebro recordara que tendría ocupado todo el día. Dooku se levantó. ¡El ejercicio urbano de búsqueda! ¡Era hoy! Es más, vio que Lorian y él habían sido convocados ante el Consejo Jedi antes del ejercicio.

El ejercicio había sido diseñado más para la diversión competitiva que para el entrenamiento serio. Los estudiantes mayores, aquellos que habían sido escogidos como aprendices o que habían terminado su entrenamiento formal en el Templo, se inscribieron para participar. Estaban divididos en dos equipos, y tenían que rastrear el uno al otro a través de una zona de Coruscant cercana al Templo. Tendrían que valerse de la cautela, la astucia y las técnicas de vigilancia. Dooku y Lorian se habían inscrito la semana anterior.

Dooku balanceó sus piernas sobre la cama. ¿Lorian y él todavía tendrían la posibilidad de participar?

Se vistió rápidamente y tomó su sable de luz de entrenamiento. Andando por el pasillo vio a Yoda delante. Yoda saludó inclinando la cabeza.

—¿Al ejercicio de rastreo, se dirige usted? —preguntó Yoda.

— Yo… no sé si me será permitido… —tartamudeó Dooku.

Yoda inclinó su cabeza—. Un compromiso hizo usted. Un padawan usted es. Y así la respuesta que usted encuentra es…

—Voy —dijo Dooku y se marchó deprisa. Tuvo el tiempo justo para tomar una fruta para la comida de la mañana antes de que los estudiantes se reunieran en la plataforma de aterrizaje. Se preguntó si Lorian tendría el descaro de aparecer.

Lorian estaba en la plataforma exterior, a un costado de la pequeña multitud.

Estaba evidentemente incómodo y evitaba estar demasiado cerca o demasiado lejos. Llevaba su capucha baja, para que su sombra le cubriera los ojos. Dooku estaba a un costado del grupo, frente a Lorian. Nadie les prestó atención. Todo lo que el chisme había sido, se había desvanecido, y ahora los estudiantes pensaban solo en la competencia que tenían por delante.

El fresco aire matutino enjuagó sus mejillas y el viento batió sus túnicas alrededor de ellas, como si en su interior parlotearan voces excitadas. Dooku sintió la Fuerza combinada del grupo, llena de energía, confusa, pero fuerte.

Por un momento estuvo fuera de sí. Algo que le ocurría de vez en cuando. Repentinamente se sentía removido, como si flotase por encima de sus compañeros de clase.

¡Qué jóvenes somos todos!, pensó divertido. Algún día miraré hacia atrás sobre esto y pediré cosas simples como un ejercicio educativo en una mañana fresca.

Se sintió mejor por un momento. Algún día su problema con Lorian no tendría importancia. Sería un tropezón, un mal momento, algo perdido en un mar de misiones en una carrera extraordinaria.

Luego Yoda y Oppo Rancisis salieron del Templo. Su mirada fija se posó brevemente sólo sobre Dooku, pero esto hizo que Dooku volviera de golpe a la realidad. Su humor se agrió repentinamente cuando pensó en que debería comparecer y enfrentarse al Consejo Jedi.

Los estudiantes se calmaron cuando Yoda se acercó. Estaba en medio del grupo, saludando con una inclinación de su cabeza a los rostros conocidos. Los conocía desde que eran bebés y les había entrenado desde que eran niños.

—En un ejercicio los estudiantes más viejos cada año participan, ustedes esto saben —dijo—. Rastreo urbano, este año será. Que una prueba esto es, recordar ustedes deben. Evaluados aún, ustedes no serán. Tomarlo en serio, pero ligeramente, ustedes deben. Ganar, deberán ustedes intentar; pero si pierden, disfrutarlo pueden.

Los estudiantes se rieron de las contradicciones de Yoda y revisaron sus sables de luz de entrenamiento. Todo el mundo estaba ansioso por comenzar.

—Y ahora, las reglas —dijo Oppo—. Serán divididos en dos equipos de diez. En un momento, el color de equipo de cada uno destellará en su datapad. Cada equipo tendrá un punto de partida diferente. El objetivo de cada equipo es traer exitosamente de vuelta al Templo una fruta muja de uno de los puestos en el Mercado de los Planetas, antes de la puesta del sol. Los miembros del equipo pueden ser eliminados sólo por un ligero golpe con de sable de luz.

Los estudiantes sonrieron. Ellos sabían que no importaba cuan fácil había sonado eso, el ejercicio real resultaría mucho más difícil.

—Deben mantenerse en el segmento señalado en sus datapads. Cruzar la línea es ser descalificado. ¿Entienden esto?

Los estudiantes inclinaron la cabeza, intentando ocultar su anticipación. Todos conocían las reglas.

Yoda inclinó la cabeza, dejándoles saber que sus intentos para encubrir su impaciencia no le habían engañado—. Esperar hasta que el sol más alto esté, quizás ustedes deberían…—Comenzó a decir, mientras sus ojos brillaban intermitentemente.

— ¡No, por favor, Maestro Yoda! —dijeron a coro los estudiantes.

—Ah, luego formar en equipo ustedes deberán. Observar en sus Datapads deben.

Los estudiantes trataron de alcanzar sus datapads del tamaño de su palma en sus cinturones de utilidad. La pantalla de Dooku resplandeció azul.

—Azul y Dorado, los colores de los equipos serán —dijo Yoda—. Y los capitanes estos serán: Dooku para el azul, Lorian para el dorado. Para llevarles a sus puntos de partida, los Maestros Jedi esperando están.

Alarmado, Dooku miró primero a Yoda, y luego a Lorian, cuya cara en blanco mostró cuan profundamente sorprendido estaba. ¿Por qué habían sido elegidos como capitanes? Tal vez hubieran sido elegidos ayer por la mañana. Ayer por la mañana, cuando no eran sospechosos de robar un Holocrón Sith. Ayer por la mañana, cuando todavía eran considerados padawans de buena reputación.

Dooku tomó su datapad, mientras todavía se tambaleaba por las palabras de Yoda. Aún no comprendía la lógica Jedi por completo, eso era seguro.

— ¡Eh, Dooku, despierta! —Hran Beling sonrió abiertamente, mientras tiraba fuertemente de la manga de su túnica—. ¿Es un poco temprano para ti?

—La Maestra Reesa Doliq espera —dijo enfáticamente Galinda Norsh.

—Comencemos.

Dooku notó que todos los miembros del Equipo Dorado trepaban para abordar un transporte. Entonces se apresuró detrás de los miembros del Equipo Azul para subir a bordo de su propio transporte. Reesa Doliq se rió de cómo los estudiantes se metían dentro.

—Hay espacio suficiente para todo el mundo —dijo—. no se preocupen, les tendré en el punto de partida justo a tiempo. Mientras tanto, pueden poner en marcha su estrategia.

Los dos transportes despegaron. Dooku se encontró con que cada miembro del Equipo Azul le miraba fijamente, esperándolo para comenzar. Después de todo, él era el líder.

Se aclaró la voz y miró hacia abajo a su datapad. El mapa del área en el que operarían brilló intermitentemente desplegado en la pantalla. Dooku estaba familiarizado con la mayor parte de la zona. Consistía en los edificios del Senado, varios boulevares grandiosos que conocía bastante bien, y el Mercado de los Planetas, que estaba situado en una gran plaza cerca del complejo del Senado. Como un estudiante prometedor de diplomacia, se había inscrito para clases tutoriales especiales en procedimientos del Senado, lo cual le había proporcionado muchas oportunidades de explorar los edificios del Senado.

Rápidamente Dooku exploró el mapa, intentando localizar calles, callejones y sendas del espacio. Todos debían coordinarse y había que trazar una estrategia. Deberían desplegarse y cada estudiante tendría que conseguir una fruta muja. Eso aumentaría las probabilidades de éxito del equipo.

¿Pero por qué? pensó de pronto Dooku. ¿Si Lorian esperaría simplemente que hiciera eso, por qué hacerlo entonces?

—Nuestra coordenada de partida es el nivel Nova —dijo Galinda—. esto es bueno. Hay muchos callejones allí para ocultarse. Y los trineos gravitacionales y transportes de

carga descargarán provisiones para el mercado. Podemos usarlos para cubrirnos. Miro en el mapa por encima del hombro de Dooku.

Hran Beling inclinó la cabeza—. Podemos elegir al más rápido entre nosotros para tomar la fruta.

—Probablemente mantendrán bajo estricta vigilancia los puestos de frutas —dijo Galinda—. Tendremos que llegar primero.

—Tal vez no —señaló Dooku, mientras su cabeza se inclinó sobre el mapa.

— ¿Tienes una idea mejor? —preguntó Hran.

Dooku no contestó. Pensaba. ¿Qué esperaría Lorian que hiciera?

Esperaría que corriera para conseguir una fruta muja primero. Esperaría que enviara tres padawan para tomar la fruta, y los protegería con el resto. Si todos ellos no lo hicieran, enviaría de regreso a dos.

Miró el mapa otra vez.

— ¿Tienes un plan o qué? —preguntó con impaciencia Galinda.

Lo miraban con escepticismo. Dooku sólo sonrió. Él impondría su propia voluntad. Los haría ver su estrategia. Porque sabía una cosa ese día: Tenía que ganar.

CAPÍTULO 5

— ¿Por qué exponernos para tomar la fruta al principio? —Les preguntó Dooku—. ¿Por qué no dejar que el Equipo Dorado intente tomar la fruta, y liquidarlos uno por uno? Podríamos perder a algunos miembros del equipo, pero no tantos como ellos perderían. Cuando estás totalmente concentrado en obtener algo, tienes más probabilidades de lograrlo. Luego, cuando no quede ningún miembro del Equipo Dorado, simplemente podemos dar un paseo por el mercado, tomar una fruta, y retomar el camino de regreso al Templo. Simple.

—Seguramente, si podemos eliminarlos a todos de una sola vez —dijo Galinda—. ¿Qué ocurrirá si uno de ellos llega y logra regresar al Templo?

—Ese no es un resultado aceptable —dijo Dooku. Su frescura hizo a los demás intercambiar miradas. Dooku había aprendido tempranamente que para inspirar confianza, no debería permitir duda alguna.

Galinda estaba escéptica aún—. ¿Pero dónde podremos establecer la vigilancia? No hay mucho con qué cubrirse en el mercado. Necesitamos buenas líneas de visión.

—Tengo un plan para eso también —dijo Dooku.

Dooku estaba de pie mientras el transporte aterrizaba. Alcanzó a ver que el Maestro Doliq le observaba con curiosidad. Guardó el datapad en su cinturón—. Síganme —les dijo a los demás.

Bajó de la rampa con un salto y enseñó el camino por las calles serpenteantes que llevaban al complejo del Senado. Caminó tan resueltamente que nadie le preguntó a donde se dirigían.

Cuando llegaron al complejo, condujo a los demás en un turboascensor y descendieron a las oficinas inferiores. Tenía una estrategia infalible, que solamente dependía de sus poderes de persuasión y de cuánto un amigo suyo estaba dispuesto a incumplir las reglas. Había aprendido que a veces era mejor llegar a las cosas indirectamente, especialmente cuando sus adversarios tenían asumido que él vendría a ellos frontalmente. La persuasión y el engaño podían surtir mejor efecto que las batallas.

Cuando Dooku alcanzó una puerta, se volvió hacia los demás—. Esperen aquí. Sólo tomará un minuto.

Atravesó la puerta y entró. Una criatura alta, larga y delgada, con antenas agitadoras y ojos amarillos brillantes estaba sentada en una pantalla de datos. Miró hacia arriba, vio a Dooku y comenzó a temblar.

— ¡Dooku! ¡Ah, no! ¿Has venido para hacerme subir otra vez?

—De ningún modo, Eero. Dooku sonrió. Su primera reunión con el joven ayudante senatorial Eero Iridian había fortalecido su amistad de un modo no habitual. Dooku había estado asistiendo a un cursillo práctico orientado a una especialidad en la historia política del sistema Corelliano. Eero había leído un trabajo que había escrito sobre el tema, y Dooku había levantado la mano para corregir un número de puntos que consideraba que

eran inexactos. Eero se había molestado con el recién llegado, pero una búsqueda rápida en los archivos había revelado que Dooku tenía razón.

Eero esperaba impresionar tanto a su padre, un senador, como a su jefe. En cambio, había sido públicamente avergonzado. Aún después de finalizado el seminario en el que había participado con Dooku, averiguó si el estudiante estaría interesado en asociarse a su grupo de estudio. Estaba molesto con Dooku, pero quería aprender de él también. Dooku se había unido al grupo por un tiempo, y él y Eero se habían hecho amigos. El padre de Eero era poderoso y Eero aspiraba a seguir sus pasos. Dooku admiraba cuánto estudiaba y el hecho de que tomase el trabajo de asistente senatorial tan seriamente.

Por supuesto, ese no era el motivo de su visita de hoy.

—Necesito un favor —dijo Dooku.

—Cualquier cosa que tenga es tuya —declaró Eero.

—Necesito tu tarjeta de acceso para el corredor del transporte del nivel C —dijo Dooku.

—Pero… —dijo Eero.

Dooku no dijo nada. Solamente esperó.

Eero se tocó sus antenas flexibles—. ¿Bien, para qué?

—Un ejercicio para padawans —dijo Dooku—. Necesitamos del elemento sorpresa, y ese corredor pasa por sobre el Mercado de los Planetas. Hay también una salida con un turboascensor directamente al nivel inferior del mercado. Podemos usarlo como una base.

—Pero es restringido para el personal del Senado.

—Por eso es que necesito tu tarjeta de acceso —dijo Dooku pacientemente. El defecto de Eero como estudiante, recordó, era que tenía problemas reuniendo diferentes hechos para alcanzar una conclusión. Notó la renuencia sobre la cara de Eero. Tal vez debería ofrecerle un favor a cambio. Esto era el Senado, después de todo.

—Te ayudaré con ese resumen Tolfranian que te da tantos problemas —ofreció Dooku.

Eero se vio anímicamente destrozado—. Podría aceptar tu ayuda. Pero podría meterme en líos con seguridad del Senado si te doy la tarjeta de acceso. Esto podría afectar mi currículo. Por otra parte, este resumen es realmente importante para mi jefe…. Eero comenzó a tocar frenéticamente ambas antenas con sus manos, girándolas en espiral alrededor de sus dedos hasta que ellas saltaron sueltas—. Está bien —dijo finalmente con un suspiro y le lanzó la tarjeta de acceso a Dooku.

—La tendrás de vuelta esta tarde —dijo Dooku.

Ahora te tengo, Lorian. No me vencerás, pensó Dooku.

El plan funcionó perfectamente, por un momento. Dooku y el equipo tuvieron una vista perfecta del puesto de venta de fruta muja desde una ventana en el área de almacenaje. Claramente podían ver el mercado que se alborotaba y las áreas de vigilancia que Lorian y los miembros del Equipo Dorado habían montado. Ellos esperaban que Dooku atacara primero. Dooku sabía que Lorian creía que el Equipo Azul haría el movimiento agresivo. Generalmente, era la forma en que Dooku comenzaba una batalla

de sables de luz. Pero un movimiento de marca registrada podría traicionarle. Era mejor mezclar bien la táctica. Lorian no tenía idea que él también tenía un movimiento de marca registrada. Cuando comenzaba a perder una batalla, hacía un paso deliberadamente ancho a la izquierda, luego giraba, haciendo que su oponente debiera girar también hacia atrás. Esto le daba segundos preciosos para recobrar el aliento y ordenar su mente.

Dooku envió a su grupo en parejas. Se conectaban a través de comunicadores. Desde su posición en las alturas, eran capaces de rastrear los métodos evasivos empleados por el otro equipo. Era fácil dirigir a los miembros de su equipo debajo. Con un leve toque de sable de luz, los miembros del Equipo Dorado eran eliminados uno tras otro. Cada golpe era registrado en el datapad de todos.

Estaban ganando. El equipo de Lorian había logrado eliminar a sólo un miembro Equipo Azul, mientras que ellos habían puesto fuera de juego a cinco integrantes de Equipo Dorado.

Entonces, Lorian comprendió lo que ellos hacían.

De pronto Dooku vio a dos miembros del Equipo Dorado correr hacia el turboascensor. Imposibilitados de poder abordarlo, comenzaron a usar sus lanzadores de cable para escalar el tubo de cristal. Tratarían de encontrar un camino para entrar. Eso dejaba reducido al Equipo Dorado a tres miembros. Si Dooku fuera Lorian, intentaría emboscarlos en una salida.

O Lorian iría hacia la fruta muja mientras escapaba de él.

No, pensó Dooku. Lorian conoce bien el Senado. Pensará que puede atraparme aquí.

Por si acaso, Dooku gritó por su comunicador a sus dos compañeros de equipo en el mercado—. Vigilen ese vendedor de frutas. Tenemos que abandonar el puesto de vigilancia—. Se dirigió a los seis miembros restantes de su equipo—. Salgamos de aquí.

Los miembros del equipo abandonaron rápidamente la unidad de almacenaje. Había solamente otra forma de bajar, a través del turboascensor que conectaba directamente con los salones principales del Senado. Dooku pensaba rápidamente mientras el turboascensor descendía. Lorian también había asistido a seminarios en el Senado. Conocía el edificio aún mejor que Dooku. Lorian adoraba husmear en lugares donde no debería.

Si Dooku no conociera de antemano que este turboascensor conducía a sólo dos salidas, sin duda Lorian habría hecho su negocio. Habría sido fácil tener acceso a un mapa del Senado y averiguar.

Dooku extendió la mano y presionó el botón para detener el turboascensor—. No salimos —le dijo a los demás—. Subimos.

Dio un salto y se balanceó en las barandillas. Alcanzó la escotilla de emergencia que estaba en lo alto y subió. Sobre su cabeza había una puerta que conducía a un nivel del Senado. Un sable de luz de entrenamiento no tenía el poder de uno verdadero, pero probablemente podría atravesar la puerta de metal sobre su cabeza.

Su sable de luz trabajaba a lo largo de la batiente de la puerta—. Galinda, Hran, necesito ayuda —gritó desde arriba mientras hacía esto.

Los dos padawan se escurrieron a través de la abertura en el techo y sacaron sus sables de luz para ayudarle. En unos minutos habían pelado el metal, pero sólo lo justo para pasar.

Avanzaron lentamente a través de la abertura. Dooku vio una oficina de orientación y rápidamente tomó un mapa del Senado, y encontró la ruta más rápida para una salida.

—Tenemos de tres a cinco minutos aproximadamente antes de que Lorian se de cuenta de que no salimos del turboascensor y que no estamos en el corredor del nivel C —dijo Dooku—. El tiempo suficiente para tomar una fruta muja, pienso.

Manchado y sucio al salir del túnel del turboascensor, el resto del equipo sonrió abiertamente y guardaron sus sables de luz en sus cinturones. Estaban tan cerca de ganar, que ya podían disfrutarlo.

Bajaron corriendo por el pasillo hacia la salida. Irrumpieron al aire libre y corrieron rumbo al mercado. El sol se elevaba en lo alto ahora, pero las nubes comenzaban a reunirse. Las sombras los mancharon mientras esquivaban compradores y carritos y se abrían camino hacia los vendedores de fruta.

De pronto, Dooku deseó que hubieran trazado un plan antes de arremeter contra el mercado. Estaban corriendo a toda velocidad, todos ellos esperando ser los primero en tomar una fruta muja y llevarla de regreso en forma segura al Templo. Había perdido su concentración porque el final se encontraba demasiado cerca.

Su datapad brilló intermitentemente. Los otros dos miembros del Equipo Azul, los únicos en el mercado, habían sido eliminados. Lorian no había establecido una emboscada en el Senado después de todo.

— ¡Están en el mercado! —gritó Dooku—. ¡Sepárense!

Un color rojo borroso, luego verde, vino a los ojos de Dooku desde una esquina.

Se detuvo tan rápidamente que casi cayó de espaldas contra una muestra de juguetes de niños. Los miembros del Equipo Dorado arremetían contra su equipo, sus sables de luz sujetados discretamente a los lados, pero listos para atacar. Vio como Hran era alcanzado por un ligero toque y se marchaba dando media vuelta, con una mueca de asco en su cara. Galinda sostenía una fruta muja en sus manos, cuando Lorian apareció repentinamente desde atrás de un toldo. Su sable de luz giró elegantemente y cayó con un leve contacto en la parte de atrás de su hombro. Galinda hizo una mueca de dolor. Lorian sonrío, tomó la fruta muja de su mano, y la guardó en el interior de su túnica.

Ahora a cada equipo le quedaban cinco miembros. Era un empate. Dooku había perdido la ventaja.

Lorian lanzó una mirada a Dooku a través de la muchedumbre. Dooku vio un desafío juguetón en la mirada fija de su amigo. Se sentía furioso. No se sentía juguetón.

Esto no es un juego, pensó. No para mí.

Dooku saltó sobre la muestra de juguetes. Se arrastró alrededor de una pareja con un bebé en un transporte repulsoascensor. Se zambulló bajo una mesa, rodó, y se acercó por detrás a un miembro del Equipo Dorado. Lo golpeó ligeramente entre los omóplatos. No notó su reacción, pero siguió adelante, golpeando a otro adversario desde atrás; luego se

movió para enfrentarse con el otro. Esquivó el giro vertiginoso del sable de luz y pateó una jarra de jarabe en exhibición. Esta se rompió en el suelo, el estudiante Jedi resbaló, y Dooku asestó otro golpe. No se detuvo, y fue a toda velocidad sobre otro miembro del Equipo Dorado que corría hacia el vendedor de frutas. Dooku hizo uso de La Fuerza y saltó. Generalmente su control no era el mejor para esta maniobra —todavía tenía mucho que aprender— pero se sorprendió por su ejecución perfecta. Consiguió caer delante del estudiante y simplemente lo golpeó ligeramente sobre su hombro.

Respirando con fuerza, Dooku echó un vistazo a su datapad. El ataque de Lorian había sido exitoso. Cada uno de los miembros de su equipo había sido eliminado. Pero él había logrado sacar al resto del equipo de Lorian. Eso los empataba. Excepto por el hecho de que Lorian tenía una fruta muja.

No había tiempo de conseguir una fruta. Si encontraba a Lorian, conseguiría la muja. La llevaría directamente al Templo y la depositaría directamente en las manos del Maestro Yoda.

Los padawan volvían caminando con dificultad, algunos en pareja y otros en grupos, abriéndose paso de regreso al Templo. No estaba permitido ayudar a sus capitanes. Lorian se había esfumado en la multitud.

Piensa, Dooku. No actúes hasta que pienses. Dooku invocó la Fuerza en su ayuda. Al principio vio sólo personas y cosas en el mercado. Se concentró, esperando hasta que su cerebro registrara algo que le resultara familiar. Una cierta inclinación de la cabeza. Un paso. Un ángulo de la barbilla. Algún movimiento tan diminuto que sus sentidos lo recogerían en un mar de información que él no podía tratar. Pero que la Fuerza podría.

La Fuerza surgió. Todo se desvaneció, y vio a Lorian. Ingeniosamente había invertido su capa para que el lado interior más oscuro quedase hacia afuera. Dooku lo siguió. No cometería el mismo error otra vez. Esperaría el momento oportuno.

Se quedó bien detrás de Lorian. No pensaba que Lorian supiera que estaba sobre su rastro. Lorian se dirigió fuera del mercado y se desvió por un callejón con el que Dooku no estaba familiarizado. Lorian era capaz de encontrar todos los caminos alternativos en Coruscant. Dooku desapareció de regreso, cuidadoso por mantenerse apartado de su vista. Era tarde ya, y el sol había caído detrás de una pesada cortina nubes. Era casi tan oscuro como la tarde, y las luces brillaban tímidamente.

El callejón se enroscaba hacia atrás del mercado y hacía un giro brusco a la izquierda, serpenteando ahora a lo largo de las entradas traseras de una variedad de tiendas y restaurantes. El olor de la basura era insoportable. Dooku puso la capa sobre su nariz. Tenía una naturaleza quisquillosa. Le gustaban la limpieza y el orden.

Para sorpresa de Dooku, el Templo surgió repentinamente delante de ellos. Estaban mucho más cerca de lo que había pensado. Su corazón latía velozmente. ¡Lorian estaba a punto de ganar! No podía dejar que eso ocurriera. Debía atacar ahora.

Recurriendo a la Fuerza, Dooku saltó. Aterrizó en un suave montón de basura que la primavera había dejado en abundancia. La basura es buena para algo, después de todo, pensó mientras el impulso lo enviaba hacia el cielo. Pasó sobre la cabeza de Lorian y

aterrizó delante de él, y su sable de luz se activó. No esperó a amortiguar la sacudida de la caída pero usó la energía en su provecho.

Lorian tuvo menos de un segundo para acomodarse, pero sus reflejos eran excelentes, un motivo de envidia entre los demás estudiantes. Saltó hacia atrás, tratando de alcanzar su sable de luz e inclinando su movimiento a fin de que la primera estocada de Dooku silbara a través del aire.

—De modo que me encontraste —dijo Lorian. Parecía encantado, no sorprendido. Su amistad se había forjado en la competencia. Siempre había sido divertida. Pero la reacción de Lorian sólo enfureció a Dooku. No le gustaba la facilidad de Lorian, su presunción de que siempre serían amigos, sin importar lo que sucediera. Eso era lo que hacía que Lorian forzara el límite de su amistad. Él empujaba demasiado fuerte y entonces esperaba que Dooku lo tomara.

Hubo un destello de sorpresa en la cara de Lorian cuando notó la frialdad en la mirada fija de Dooku. Trastabilló cuando Dooku se abalanzó furiosamente sobre él, y su sable de luz dejó una mancha de color tras el movimiento.

Lorian se recuperó casi instantáneamente. Contraatacó con una serie de agresivas maniobras, mientras Dooku se veía forzado a la defensiva.

Los dos amigos conocían muy bien los movimientos del otro hasta ahora. Una y otra vez Dooku trataba de sorprender a Lorian, pero era bloqueado todo el tiempo. La frustración iba creciendo en él, nublando su mente. Sabía que debía encontrar su punto de equilibrio para ganar, pero no podía. Su mente estaba absorta en la lucha.

Bajaron luchando por todo el callejón, usando los tarros de basura como cubierta y ocasionalmente como armas, empujando cada uno los tarros hacia el otro para ganar un par de preciosos segundos para tomar aire.

El tiempo se detuvo. Dooku estaba absorto en la lucha, perdido en su propio sudor y en su propia necesidad de ganar. Ambos estaban cansados. La cara de Lorian estaba rojo brillante por el esfuerzo, y su pelo estaba mojado. Muy a menudo tuvieron que detenerse, exhaustos, y se inclinaban cada tanto para tomar aliento. Entonces uno de ellos se recuperaba más rápidamente y se lanzaba sobre el otro. Sus gruñidos y gritos resonaban callejón abajo.

El tiempo pudo haberse detenido, pero el sol todavía se movía. Largas sombras serpenteaban bajo el piso del callejón. El tiempo establecido para que regresaran al Templo había expirado ya. Según las reglas, ambos habían perdido.

—Vamos, Dooku —dijo Lorian—. Se acabó.

Dooku respiró con dificultad varias veces. Unas manchas se habían formado delante de sus ojos, un signo de que estaba seriamente exhausto. Se sintió mareado. Trató de alcanzar la Fuerza, pero ésta era escurridiza. En lugar de fluir a través de él, apenas podía sentirle como goteras. Pero era suficiente como para enviar un pequeño chorro de fuerza por sus miembros.

—Todavía no —dijo, atacando a Lorian.

Lorian estaba en el final del callejón ahora. Había sólo unos pasos antes de que su espalda diera contra la pared. Dooku sabía que podría terminarle allí.

Pero Lorian repentinamente cambió de dirección, dejó su retaguardia expuesta por una fracción de segundo, y se lanzó contra la pared. Usó un ejercicio básico de padawan, pero le sorprendió a Dooku que tuviera aún la fortaleza necesaria para hacerlo. Subió en carrera la pared, y luego voló por encima de Dooku. Tan pronto como aterrizó, saltó nuevamente, esta vez sobre un montón de basura. Desde allí ganó la azotea en lo alto.

Dooku encontró la fuerza que buscaba. Siguió el camino de Lorian, lanzándose sobre la basura y luego sobre la azotea, tan rápido y con tanta gracia que pareció un movimiento largo, continuo.

La brisa se hizo fina y ligera, y les dio nueva ímpetu. Dooku voló hacia Lorian, poniendo más energía en sus movimientos, en su manejo seguro de los pies, a pesar del material desigual de la azotea.

— ¿Me odias? —gruñó Lorian, esquivando un empujón—. Solamente porque al final te pedí algo.

Algo que no era justo que pidieras.

—Así es la amistad.

—No, según mi definición.

—Sí, tu definición es que alguien da y tú tomas. Alguien te admira y tú aceptas esa admiración —Lorian respiraba con fuerza ahora—. Alguien que tú puedas usar.

—Tú siempre has tenido resentimientos hacia mí —dijo Dooku—. Ahora sé cuántos.

Se adelantó. Las palabras de Lorian le llenaron de enojo. Sabía que con sólo tocar a Lorian lo habría vencido, pero esa incapacidad para alcanzarlo, aún para rozar su piel, había aumentado su frustración hasta un punto de ebullición. Sentía que su cuerpo hervía.

Lorian dio media vuelta hacia la izquierda y se balanceó en un amplio arco.

Le tengo ahora. Sabe que está perdido. Era la maniobra marca registrada de Lorian.

Dooku sabía que Lorian saltaría hacia atrás. Si Lorian no hubiera estado tan agotado, no lo habría intentado. En lugar de moverse a la izquierda, Dooku retrocedió dos pasos. Cuando Lorian se abalanzó sobre él, ya estaba preparado. Descargó su sable de luz sobre el hombro derecho de Lorian, donde su túnica se había desgarrado a lo largo de la costura.

Lorian gritó y trastabilló. Miró a Dooku con incredulidad.

Había sido un golpe verdadero, asestado con la intención de provocar dolor.

—Gusano de grava —le dijo. Saltó hacia Dooku.

Ahora pelearon sin respeto por las reglas de confrontación. Pelearon con fiereza, usando cada truco. Usaron sus pies y sus puños, así como también sus sables de luz. Se patearon y golpearon ciegamente mientras se movían. Dooku nunca había peleado de esa forma. En un rincón de su mente, sabía que este estilo de pelea no le convenía, que era descuidado y poco claro y que les convertiría a ambos en perdedores, pero no podía detenerse.

—Suficiente.

La palabra fue pronunciada quedamente pero atravesó el sonido del combate. Se detuvieron. Yoda había aparecido sobre el techo. No le habían notado. Tampoco habían notado que su lucha les había traído a la vista de las ventanas del Templo.

Yoda caminó hacia Lorian. Dooku vio que el golpe del sable de luz había dejado una magulladura profunda en el brazo desnudo de Lorian. Aquello lucía terrible, un rojo profundo en el centro con una contusión negro azulada que lo rodeaba. Lorian tenía un corte en su mejilla y una mano le sangraba.

—A la clínica médica ir debes, Lorian —dijo Yoda—. Dooku, a su cuarto. Enviar por ambos vamos a.

La mirada fija de Lorian apuntaba al suelo. Levantó su cabeza. Sus ojos encontraron los de Dooku. En ese momento todo se transformó en un nudo ciego de certeza en el corazón de Dooku. Eran enemigos a partir de ahora.

CAPÍTULO 6

Dooku estaba de pie ante el Consejo Jedi. No sabía si Lorian habría venido antes, o si comparecería después. Sólo sabía una cosa: era hora de decir la verdad. Describió como Lorian había querido que tomaran el Holocrón Sith, y más tarde, como Lorian le había pedido mentir para él.

— ¿Y estabas preparado para mentir para él? —preguntó Oppo Rancisis.

Dooku se tomó un momento antes de contestar. Quiso mentir y decir que nunca había evaluado el pedido de Lorian, pero sabía que los Maestros Jedi podían ver sus pensamientos como a través del agua. No era tan poderoso como ellos lo eran, todavía no.

—No estaba preparado para mentir, no —dijo Dooku—. Pensé acerca de eso. Lorian era mi amigo.

— ¿No más tu amigo es él? —preguntó Yoda.

Esto lo podía contestar sin quedar enredado en la duda y la vacilación.

La verdad era clara—. No. Él ya no es mi amigo.

—Claro para nosotros esto también es —dijo Yoda—. Un sable de luz de entrenamiento para herir pensado no está. Aún así, a Lorian heriste.

—No quise hacerlo —dijo Dooku—. Estaba enfadado y mi control no era el mejor. Mi mejor amigo me había traicionado.

—El control perdiste —dijo Yoda—. Y viejo para las excusas también eres.

Dooku inclinó la cabeza y miró al suelo. Había esperado este reproche, pero no había esperado que le doliera tanto. Nunca antes había decepcionado a Yoda.

—Tensión entre ustedes allí había, controlar la ira ustedes debían —prosiguió Yoda—. El ejercicio para sentimientos que dejado ir debiste haber, de otras formas usaste. Meditación. Discusión.

—El ejercicio físico —interrumpió Tor Difusal—. Una conversación con un Maestro. Conocías las opciones que tenías. Pero elegiste no usarlas.

Dooku se dio cuenta que había sido engañado. Ahora no tenía dudas que él y Lorian habían sido asignados para dirigir los equipos de forma deliberada. El Consejo Jedi había querido enfrentarlos para ver cuan profundamente tensas eran las relaciones entre ambos…

—Engañado no fuiste —dijo Yoda, como si hubiera leído los pensamientos de Dooku—. Una oportunidad te fue dada. Solo no estás, Dooku. Ninguna vergüenza pedir ayuda es.

—Sé eso. —Se lo habían dicho bastantes veces.

—Esto sabes, pero practicarlo debes —dijo Yoda bruscamente.

—Tu orgullo conquistar debes. Tu defecto, ese es.

—Lo haré, Maestro Yoda. Dooku casi suspiró en voz alta. ¿Nunca se apartaba de las lecciones?

—Hacerlo tu puedes —dijo Yoda.

— ¿Vuestra decisión?

—Ya escucharás de ella —dijo Tor Difusal.

No había nada más que hacer excepto la reverencia y salir. Dooku oyó la puerta cerrarse silenciosamente detrás suyo. Sólo unas pocas palabras habían sido pronunciadas, pero sintió como si hubiera salido victorioso de una batalla.

El Consejo Jedi no les hizo esperar demasiado. Dooku recibió una reprimenda por la excesiva agresión durante el ejercicio. Lorian fue expulsado de la Orden Jedi, no por robar el Holocrón Sith, sino por mentir e implicar a su amigo.

Dooku se sintió aliviado. No se había sentido en peligro de ser expulsado, pero el asunto podría haber tenido peores complicaciones. Thame Cerulian podría haberle dado de baja como aprendiz. Ese había sido su peor miedo.

Tomó el turboascensor a la plataforma de aterrizaje. Siempre había sido uno de sus lugares favoritos. Lorian y él venían a hurtadillas aquí cuando niños, escondiéndose en un rincón y nombrando cada una de las naves estelares. Habían imaginado el día cuando serían Caballeros Jedi caminando a grandes pasos, trepándose a sus cabinas y subiendo verticalmente a la atmósfera.

A su paso por el corredor, los droides mecánicos zumbaban mientras realizaban mantenimientos de rutina sobre las naves. El tiempo de partir se acercaba. Thame regresaría en tres días. Podía estar en una misión dentro de una semana.

Notó que la puerta de salida a la plataforma exterior estaba abierta. Alguien debía estar partiendo o llegando. Caminó hacia afuera. Las nubes se habían ido y la noche era clara. Las estrellas colgaban cerca y destellaban con tanta intensidad y brillo, que sintió como si pudiera cortar pedazos del cielo.

No estaba solo. Lorian estaba parado sobre la plataforma, mirando sobre Coruscant.

—Has escuchado —dijo.

—Lo siento —dijo Dooku.

— ¿Lo sientes? —preguntó suavemente Lorian—. No oigo pesar en tu voz.

—Siento pesar —dijo Dooku— pero tienes que admitir que tu mismo te metiste en ese lío.

Lorian se volteó. Sus ojos brillaron intensamente como las estrellas de arriba, y Dooku se percató de que había lágrimas en ellos—. ¿Un lío? ¿Así lo llamas? Típico de ti. Nada te afecta, Dooku. Mi vida se acabó. ¡Nunca seré un Jedi! ¿Puedes imaginar cómo se siente?

— ¿Por qué sigues pidiéndome que sienta lo que tú sientes? —Dooku salió precipitadamente—. No puedo hacer eso. ¡No soy tú!

—No, no eres yo. Pero te conozco mejor que nadie. He visto lo que hay dentro de ti más que nadie. —Lorian dio un paso hacia él—. He visto tu corazón, y sé qué tan vacío está. He visto tu ira, y sé qué tan profunda es. He visto tu ambición, y sé qué tan despiadada es. Y todo eso finalmente te destruirá.

—No sabes de lo que hablas —dijo Dooku—. Tú querías que yo mintiera para apañarte. ¿Piensas que eres mejor que yo?

—No, nunca se trató de eso —dijo Lorian—. Se trataba acerca de la amistad.

—¡No, esto era exactamente sobre lo que se trataba! ¡Siempre estuviste celoso de mí! Por eso quisiste destruirme. En lugar de eso, te has destruido a ti mismo —dijo Dooku.

Lorian negó con la cabeza. Se alejó de Dooku, de regreso hacia la oscuridad del hangar.

—Y estoy seguro de algo —dijo, su voz se arrastraba clara y tranquila detrás suyo—. Nunca seré un Jedi, es cierto. Pero tampoco tú. Nunca, nunca serás un Gran Maestro Jedi.

Lorian y sus palabras fueron tragados de golpe por la oscuridad. Las mejillas de Dooku ardían a pesar de la frescura del aire. Las palabras se atoraron en su garganta, amenazando con liberarse. Decidió que dejaría a Lorian decir las últimas palabras. ¿Por qué no? Él tenía su futuro, su carrera. Lorian no tenía nada.

Lorian estaba equivocado. El corazón de Dooku no estaba vacío. Había amado a su amigo.

Pero había cambiado. Lorian lo había traicionado. Nunca creería en la amistad otra vez. Si su corazón debiera estar vacío de amor, así sería. El Jedi no creía en las cosas accesorias. Llenaría su corazón con la nobleza, la pasión y el compromiso. Se convertiría en un Gran Maestro Jedi.

Dooku contempló el cielo, con estrellas que brillaban intensamente y planetas que murmuraban. Había tanto para ver, tanto para hacer. Tantos seres por los que luchar. Todavía se llevaría de su tiempo en el Templo una lección, la más importante de todas: en medio de una galaxia llena de seres, estaba solo.

Una venda le cubría los ojos mientras jugaba con un localizador, cuando sintió la presencia de alguien en el cuarto. Sabía que era Yoda. Podía sentir la forma en que la Fuerza inundaba el cuarto. Continuó jugando, balanceando su sable de luz, mientras el viento lo golpeaba suavemente, molestándole. Daba vueltas, escuchando y moviéndose, sabiendo que podía partir en dos al buscador cada vez que quisiera.

Yoda no le había hablado desde que Lorian había dejado el Templo. Mientras esperaba que Thame regresara, Dooku pasaba el tiempo realizando ejercicios clásicos de entrenamiento Jedi, queriendo impresionar al Consejo con su compromiso.

—De tu habilidad, seguro estás —dijo suavemente Yoda—. Entre la seguridad y el orgullo, un pequeño paso hay.

Dooku se detuvo por un momento. Había querido impresionar a Yoda, no provocar un reproche. El buscador zumbó sobre su cabeza como un molesto insecto.

—Prueba de ello es que vendados los ojos tienes —continuó Yoda—. El orgullo es lo que te ciega. Tu defecto, el orgullo es. Grandes son tus dotes, Dooku. Consciente de los talentos que no posees, como también de los que tienes, debes ser.

Dooku oyó sólo el leve susurro de la tela de la túnica de Yoda cuando el Maestro Jedi se retiró. La fuerza se esfumó de la habitación.

Dooku no estaba acostumbrado a la crítica. Era talentoso. Era el mismo al que los maestros siempre señalaban como ejemplo. Odiaba ser corregido. Imperturbable, arremetió con su sable de luz y cortó al buscador en dos.

Parte II

Dooku y Qui-Gon Jinn

Trece Años Más Tarde

Una misión aparentemente sencilla de escolta a senadores termina por revelar a un antiguo amigo, que desvió su sendero Jedi por actos contra la Republica.

CAPÍTULO 7

Pasados los años, Dooku había pensado a menudo acerca de las palabras de Yoda. Fueron para él más un legado que una lección.

Pensaba acerca de ellas, pero no las aceptaba. No había encontrado aún una situación donde su orgullo fuera su perdición. De cualquier forma, no pensaba acerca de ello como orgullo. Era seguridad. La seguridad en sus habilidades simplemente había crecido con cada misión, como era de esperar. Yoda había confundido seguridad con orgullo, lo que exactamente había advertido a Dooku que no hiciera.

Y si pensar más sabiamente que Yoda en este caso, era motivo de orgullo para Dooku, él no estaba interesado en eso. Yoda no tenía siempre la razón. Dooku no era un Jedi tan poderoso como Yoda—. Todavía no. Pero algún día lo seré. ¿Si no pudiese creer eso, para qué estaba trabajando?

Dooku había aprendido mucho de Thame Cerulian. Ahora era un Maestro Jedi con un aprendiz. Qui-Gon Jinn era el más prometedor de los padawan, y Dooku había tratado de atraerle la primera vez que lo vio entrenándose con el sable de luz, a los diez años. Dooku sabía que un maestro sería juzgado por la destreza de su padawan, y quería lo más destacado. Cuando Yoda dio su aprobación a la pareja, Dooku quedó satisfecho. Había dado otro paso hacia su meta de superar a Yoda como el máximo Jedi alguna vez.

El lujo no impresionaba a Dooku, pero apreciaba la elegancia. El Senador Blix Annon tenía una nave estelar bella, exteriormente reluciente y con todos los lujos dentro. Además, el Senador no había escatimado en gastos en los sistemas de defensivos. Las defensas de la nave eran de triple capa con escudos de energía de partículas, y cañones láser delanteros y traseros. Un poco grande para el gusto de Dooku, pero era impresionante.

Notó que Qui-Gon estaba deslumbrado por los tapices afelpados en los asientos, el revestimiento de duracero cepillado en los paneles de instrumentos, y la ropa de cama suave, sedosa en los cuartos. Qui-Gon tenía sólo dieciséis años y lo que había visto de la galaxia hasta ahora no le había mostrado el lado lujoso de la vida. Sus misiones últimamente habían estado en planetas lúgubres o reductos aislados en el Borde Exterior.

Dooku se alegró cuando los convocaron de regreso a Coruscant, aunque bajo circunstancias normales consideraría que esta misión no estaba a su altura. Sería simplemente una escolta, una misión que cualquier Jedi podía cumplir. Últimamente se habían producido una serie de secuestros de senadores mientras viajaban entre sus mundos natales y Coruscant. Los senadores, y algunas veces sus familias, eran mantenidos como rehenes hasta que se pagaban enormes rescates. Nadie conocía la identidad del pirata espacial, y los esfuerzos para capturarle habían sido infructuosos. Dooku no estaba sorprendido. La Seguridad del Senado era eficiente protegiendo a los Senadores en el interior de su edificio, pero cuando se trataba de una búsqueda en toda la extensión de la galaxia, estaban desesperados.

Blix Annon era un importante senador que había hecho muchos favores a los Jedi, y cuando pidió su presencia, el Consejo Jedi no solo estuvo de acuerdo, sino que preguntó a Dooku si se haría cargo de la misión. Un poco cansado de la mala comida y de los lugares desolados, Dooku consideraba que un breve vuelo en una lujosa nave no era tan mala idea, con el beneficio adicional que le daría a Qui-Gon el observar desde adentro al séquito de un senador.

Los senadores nunca viajaban solos. Blix Annon necesitaba viajar con un traductor, una secretaria, un maestro cocinero, un peluquero para el complicado estilo de peinado que lucía, y un asistente cuya única función parecía ser codearse con él, esperando a aprobar cualquier cosa que dijera. Ese asistente resultó ser Eero Iridian, el viejo amigo de Dooku.

Cuando Dooku llegó a la plataforma de aterrizajes del Senado, se sorprendió tanto de ver a su amigo, como Eero de verlo a él. Se habían hecho favores mutuamente con el paso de los años, pero después de que Eero había perdido la elección para senador de su mundo natal por segunda vez, había dejado la vida pública. Dooku le había perdido el rastro. Ahora se presentaba como asistente de uno de los políticos más importantes en el Senado.

Dooku se sentó y estiró sus largas piernas. Era bueno ver a Eero otra vez, bueno para recordar al muchacho que había sido. Hablaron de aquellos años, sobre lo desconcertante que habían sido varias reglas del Senado (admitiendo con una risa, que muchas todavía lo eran). Luego hablaron de los sueños que tenían, que tuvieron. Dooku había alcanzado el suyo —era un Caballero Jedi, que viajaba por toda la galaxia—. A pesar de su herencia, Eero nunca había alcanzado su sueño de convertirse en senador. Cuando su padre se retiró, el viejo senador consumió toda la fortuna familiar. Eero tenía contactos pero ninguna riqueza, y la riqueza era la que ganaba elecciones.

Eero se desplomó en el asiento de al lado con un suspiro—. Acabo de hablar con tu aprendiz, aunque él no habló mucho. Es un buen oyente ese joven. Probablemente dije más de lo que hubiera querido decir sobre mis experiencias en el Senado.

Dooku asintió con la cabeza. Había notado esa habilidad de Qui-Gon. Las personas le decían cosas, y luego se sorprendían de todo lo que le habían dicho. Esto podría ser bueno o malo, según el caso. Bueno para informarse, si estuviera en el mercado. Malo si buscara la paz y la tranquilidad en un viaje, y un desaliñado piloto del espacio le contara la historia de su vida.

—Será un gran Caballero Jedi —dijo Dooku. No tenía dudas sobre ello. Qui-Gon aprendía rápido y la Fuerza viva era fuerte en él. Dooku nunca tenía que decirle las cosas dos veces. Si pudiera deshacerse de la irritante tendencia de Qui-Gon de hacer amistad con cada sinvergüenza y vagabundo que se le cruzase, el muchacho sería un padawan perfecto.

—Le mostré la sala Segura —dijo Eero—. Estaba muy impresionado.

—A mí también me impresionó —dijo Dooku. La sala segura era una medida adicional de protección. En caso de que fueran abordados, el senador podía refugiarse

allí. La puerta era a prueba de explosiones, la única forma de derribarla era utilizar suficientes explosivos como para destruir la nave misma.

—Solo espero que nunca tengamos que usarla —dijo Eero, mientras sus ojos escudriñaban el espacio más allá de la ventana.

—Estoy seguro de que no lo haremos, pero nos prepararemos para cualquier cosa —dijo Dooku.

Eero le dio una mirada nerviosa—. La nave es impenetrable. Esto es lo que los expertos de seguridad nos dijeron.

—Ninguna nave es impenetrable —le corrigió Dooku—. Es por eso que los Jedi están a bordo.

Vio a Qui-Gon rondar en la entrada y lo llamó hacia dentro.

— ¿Me necesita, Maestro? —preguntó respetuosamente Qui-Gon.

Dooku otorgó una pequeña sonrisa a su aprendiz—. Sí. Necesito que disfrutes del viaje. Presta atención al momento actual, padawan. Tenemos la posibilidad de descansar y relajarnos. No sabemos cuándo la tendremos otra vez.

Qui-Gon asintió y se sentó muy cerca. No se desperezó como lo hizo Dooku, pero se vio un poco más relajado cuando echó un vistazo por la ventana. Dooku siempre admiró los modales de su aprendiz. Aun a los dieciséis años, Qui-Gon tenía una silenciosa gracia, y también una cualidad reservada que Dooku también admiraba. En cierta forma, encontraba frustrante el no saber en qué pensaba su aprendiz la mayoría de las veces.

—Déjenme preparar una bandeja para nosotros —dijo Eero, levantándose—. Tenemos algunos postres excelentes. El maestro cocinero del senador..—. Eero se detuvo repentinamente cuando un agudo zumbido vino de los instrumentos del piloto—. ¿Qué es eso?

—Nada de que preocuparse —dijo Dooku, echando un vistazo desde arriba—. El piloto tiene el sistema de advertencias activado. Una nave está en nuestro espacio aéreo, eso es todo—. A pesar de sus palabras, vigiló los instrumentos, reparando en que Qui-Gon hacía exactamente lo mismo.

—Un crucero pequeño —dijo el piloto en voz alta—. Todo parece normal… excepto…

— ¿Excepto? —Dooku se inclinó hacia adelante.

—No hay velocidad de vuelo. La nave está inerte en el espacio. —Eero, alarmado, miró a Dooku—. ¿Es una trampa? ¡Podría ser el pirata!

—No saquemos conclusiones apresuradas, viejo amigo —dijo Dooku—. Las naves se descomponen todo el tiempo. Vea lo puede obtener del comunicador —le dijo al piloto.

Pero antes de que éste tuviera la oportunidad, una voz asustada vino del altavoz.

—¡Alguien ayúdeme, por favor! —La voz de una niña gritó—. ¡Nuestra nave ha sido atacada! —

—Ahora bien —dijo Dooku, su voz no perdió la calma cuando se paró suavemente detrás del piloto—. Parece que nuestro tiempo de descanso se acabó.

CAPÍTULO 8

El piloto miró a Dooku—. Responda a eso —dijo Dooku acercándose suavemente por detrás— pero no se identifique.

—Reconocemos su transmisión —dijo el piloto—. ¿Cuál es su situación?

En la respuesta, los sollozos llegaron por el aire.

—... No pensé que alguien me escucharía...

El piloto contempló a Dooku otra vez.

—Esto suena real.

Dooku asintió con la cabeza. Sonó real. Solo que eso no quería decir que lo fuera.

El tono del piloto era más cortés ahora—. Díganos qué pasó, así podremos ayudarle.

La respiración era tan temblorosa que podían escucharla claramente.

—Fuimos atacados por un pirata del espacio. Nuestra nave estaba bajo fuego cruzado. El piloto está muerto. Mi padre... —Un sollozo vibró, y luego casi podían oír el esfuerzo de la niña por controlarse—. Ellos se lo llevaban. Pero él se opuso, y lo mataron.

—Identifíquese, por favor —dijo el piloto.

—Soy Joli Ti Eddawan, hija del Senador Galim Eddawan de Tyan. —La voz tembló—. La nave deja de operar. Todas las luces del sistema de advertencias parpadean. ¿Qué debo hacer?

— ¿Quién más vive a bordo?

—Están todos muertos. —Su voz temblaba.

—Ese ataque sucedió hace horas —dijo Eero—. ¿Conoces el planeta Tyan? preguntó Dooku.

Eero asintió con la cabeza—. Es un planeta del Borde Medio, creo. Parte del Sistema Vvan.

No conozco a los senadores de allí.

— ¿Puedes averiguar sobre el paradero del Senador Eddawan? —preguntó Dooku.

—Necesitamos detenernos —dijo el piloto—. Pero los sistemas están fallando…

Dooku se dirigió a Eero—. ¡Ahora! —dijo, cuando Eero vaciló—. ¡Ve!

Eero se apresuró hacia la sala de la computadora de abordo. Se sentó y sus dedos volaban sobre las teclas.

— ¿Hola? —La voz de la niña llamó—. Pienso que el soporte de oxígeno tal vez está fallando. Está en nivel rojo. Se me hace difícil respirar.

— ¡Maestro Dooku! —Exclamó el piloto—. ¿Qué debo hacer?

—La orden es la misma —dijo Dooku serenamente—. Deténgase—. ¡Pero ella se asfixia!

—Hable con ella —dijo Dooku—. Dígale que nos preparamos para abordar la nave.

—Joli, espera. Prepararemos un plan juntos. —dijo el piloto amablemente—. Respira lentamente y recuéstate.

Solamente escucharon una respiración ronca.

—Está bien —dijo Joli—. Estoy tan cansada…

—La falta de oxígeno —murmuró Qui-Gon.

Dooku hizo un gran esfuerzo para no molestarse. No necesitaba que Qui-Gon le diera un diagnóstico.

—¿Eero, tienes algo? —llamó.

—¡Aún no! Espera un momento.

—¡Estrellas y planetas, Maestro Dooku, debemos hacer algo! —imploró el piloto—. ¡Esa niña podría morir mientras usted espera información!

Qui-Gon miraba pálido. Se mordió sus labios para no hablar. Dooku se sentía muy en calma.

—Lo tengo —dijo Eero—. El Senador Galim Eddawan de Tyan. Tiene una hija llamada Joli. Tenía programado llegar ayer al Espaciopuerto Alpha Nonce. Nunca llegó.

—Acérquese lentamente a la nave —dijo Dooku al piloto, que dejó escapar su respiración contenida—. Mantenga a distancia su flanco del centro de la nave.

—Es sólo un pequeño crucero —dijo el piloto—. Una nave como esa podría tener algunas armas cortas, pero nada que pueda penetrar nuestros escudos.

—Hágalo como le dije —contestó bruscamente Dooku.

— ¿Joli? Venimos a rescatarte —le dijo el piloto a la niña. Su voz era un mero susurro—. Bien.

— ¿Maestro? —La voz de Qui-Gon era baja—. ¿Piensa usted que la llamada de socorro es auténtica?

—No lo sé, padawan —dijo Dooku—. ¿Qué piensas tú?

—Siento que la niña está en gran peligro —dijo Qui-Gon.

Dooku arqueó la ceja mirándolo.

—No te pregunté lo que sientes, sino lo que piensas.

El empeño de los Jedi en usar los sentimientos era bueno y sano, pero Dooku prefería el análisis.

—Pienso que deberíamos proceder con cautela. No podemos ignorar una señal de socorro —dijo Qui-Gon.

—Es preferible. —Dooku se dirigió al piloto—. Emplee el sistema de rastreo de cañones láser y prepárese para disparar.

El piloto fijó los controles. La nave plateada se acercó elegantemente, como si iniciara el primer movimiento de un baile. La otra nave permanecía misteriosamente inmóvil.

—Ubíquese fuera del alcance de los cañones láser —dijo Dooku—. Pero si no nos acercamos más, no podremos enviar la lanzadera de abordaje —dijo el piloto.

—Solo hágalo. —En otras circunstancias, Dooku mismo tomaría los controles. Confió en las habilidades del piloto más que en su juicio, y quería permanecer con libertad de movimiento en caso de que algo inesperado ocurriera. En la experiencia de Dooku, a menudo esto sucedía.

Repentinamente, la nave inerte volvió a la vida con un rugido. Viró a la derecha en una aceleración. Al mismo tiempo, los paneles se replegaron debajo de la cabina del piloto.

—¡Turbolásers! —gritó Dooku—. ¡Ponga en reversa los motores!

—¿Turbolásers? —preguntó el piloto aturdido—. ¡Esa nave es muy pequeña para tener semejante potencia de fuego!

Dooku se abalanzó y tomó los controles. Puso en reversa los motores por sí mismo. La nave se estremeció y los motores emitieron un chillido en señal de protesta cuando lucharon para retroceder a alta velocidad. La nave, inclinando su parte trasera verticalmente, respondió poniéndose fuera de alcance.

—Una lección para ti, padawan —dijo Dooku cuando el piloto volvió a tomar los controles y el primer fuego del turboláser hizo explosión—. Nunca confíes en nada.

La nave se sacudió ante la onda expansiva del disparo, pero estaban fuera de alcance. El senador Blix Annon entró precipitadamente en la cabina del piloto—. ¿Qué sucede?

—Vinimos en ayuda, ante una señal de emergencia —dijo Eero, agarrándose del respaldo de una silla mientras la nave se zambullía y volvía a subir en acción evasiva—. Aparentemente era una emboscada.

—¡Aparentemente! —bramó el regordete senador—. ¿Qué hacemos respondiendo a llamadas de emergencia? ¿Quién autorizó esto?

—Yo lo hice —dijo Dooku—. Usted puso a los Jedi a cargo cuando solicitó que lo escoltáramos, Senador.

El senador agitó su pelo cuidadosamente organizado, pasando sus dedos a través de él airadamente.

— ¡No autoricé misiones de rescate! —La nave dio tumbos, y casi se cayó—. Detenga esta ridícula maniobra. Nuestros escudos de partículas nos protegerán— dijo bruscamente al piloto.

—Tendremos que bajar los escudos de partículas para disparar los cañones láser —dijo Dooku.

—Me doy cuenta de eso —espetó el Senador, comenzando a verse algo nervioso.

— ¿Eero?

—También tenemos un escudo de energía, para protegernos del fuego del turboláser —le conformó Eero.

—Desde luego —dijo el Senador—. me doy cuenta de eso, también.

—Hay una diferencia entre un escudo de partículas y un campo de energía, que estoy seguro usted conoce —dijo Dooku cuando una explosión sacudió la nave—. El escudo de energía no nos protegerá contra cañones láser. Y no podemos accionar ambos escudos simultáneamente. Eso quiere decir que tendremos que ir alternando cuando ataquemos.

—Deje de decirme cosas que ya sé y hágalas —ordenó el senador. Era obvio para Dooku que, a pesar de sus palabras, el Senador Annon no tenía idea de cómo funcionaban sus sistemas defensivos y ofensivos. Realmente no había razón para que debiera saberlo, excepto porque probablemente había pagado una fortuna por ellos.

Los cañones láser dispararon cuando la nave se acercó amenazante. El piloto los envió en una zambullida pronunciada, y los disparos de los cañones fallaron por unos metros.

—Nos pueden dominar con astucia —le dijo el piloto a Dooku—. Su nave es más pequeña y más rápida…

Como para ponerle signos de puntuación a sus palabras, una explosión repentinamente golpeó la nave, y casi los tiró al suelo.

— ¿Qué fue eso? —gritó el senador.

—Un disparo frontal —dijo el piloto lacónicamente—. Otro como ése y estaremos en problemas.

— ¿De qué hablas? ¡Tenemos un casco de triple blindaje! No puede ser atravesado.

—Pues bien, este puede —dijo el piloto.

—Esta clase de potencia de fuego está reservada usualmente para acorazados —dijo Dooku—. La nave atacante debe ser un diseño personalizado, adaptado a versiones a baja escala de éstos.

Repentinamente se inclinó y empezó a golpear los controles desesperadamente—. ¡El escudo de energía funciona mal!—

Los ojos de Qui-Gon parpadearon a su Maestro. Supieron que eso marcaría la diferencia.

—Entonces, es mejor pasar a la ofensiva —dijo Dooku serenamente.

—Senador, debería escoltarle al Cuarto de Seguridad —repitió Eero—. Ahora.

El senador parecía pálido. Su mano ondeó y agarró su pecho.

—Apenas creo que eso sea necesario…

Una explosión sacudió repentinamente el puente, echándolos a volar. Dooku se agarró de la consola y logró quedarse en pie, pero el Senador y Eero trastabillaron sobre el piso. Qui-Gon cayó pero se sujetó a la base del asiento del copiloto.

La nave atacante subió en forma vertical hacia la izquierda, lista para asestar otro disparo. Era ágil, acercándose rápidamente y retirándose, llegándoles desde todos los ángulos, convirtiéndola en un objetivo persistente. La nave del senador, por contraste, era ahora una bestia pesada. Dooku podía ver un penacho de humo saliendo del vientre de su nave. El intenso calor hacía que el escudo pelara el casco en brillantes tiras de metal.

—Perdimos uno de nuestros cañones láser —reportó el copiloto.

—Es mejor que vaya a ese Cuarto de Seguridad, Senador —dijo Dooku cuando otra explosión sacudió la nave.

El senador no discutió esta vez. Eero y el Senador Annon, se tambaleaban mientras se marchaban.

— ¿Has notado algo inusual, Qui-Gon? —le preguntó Dooku a su aprendiz.

Qui-Gon asintió con la cabeza—. La nave ataca cada vez que dejamos caer el escudo de partículas, para dispararle a nuestras armas. Eso requeriría reflejos increíbles de parte de quienquiera que tenga los controles. Ni siquiera una computadora de a bordo podría tener esa clase de velocidad y precisión. Nunca he visto algo como eso.

Dooku inclinó la cabeza—. Ni yo.
— ¡Han bombardeado las puertas de la bahía de embarque! —gritó el piloto.
— ¡Van a abordarnos!

CAPÍTULO 9

Dooku y Qui-Gon bajaron corriendo a toda velocidad por los pasillos de la nave. Cuando arribaron a la bahía de embarque, la nave pirata ya había aterrizado. Los droides de combate bajaban rodando por la rampa. Tomó menos de un segundo para que los droides apuntaran con precisión a sus blancos. El tenaz fuego de los blásters despedazó el suelo delante de ellos y escucharon el sonido metálico de las paredes de la bahía de embarque.

Dooku admiraba como Qui-Gon no se sobresaltaba ni vacilaba, pero se mantenía en movimiento de una manera fluida, llena de gracia. Qui-Gon tenía tan poco de la torpeza de la adolescencia. Se movía rápida y fácilmente, su brazo se balanceaba con el movimiento de su sable de luz cuando esquivaba el fuego de los blásters.

—Si podemos impedirles a los piratas desembarcar, les detendremos —dijo Dooku cuando se movieron—. Podrán juzgar si el premio no vale el esfuerzo.

De repente, los droides lanzaron granadas de humo a sus flancos. Las gruesas y oscuras nubes rodaban hacia ellos envolviéndolos, picando sus ojos. Continuaron avanzando, mientras sus ojos derramaban lágrimas.

Luego, una voz repetida hizo eco a través del grueso humo—. Por favor…

Era la voz de la niña otra vez—. Deténganse, por favor no disparen. Estoy aquí. Estoy parada sobre la rampa. Ellos me obligaron. ¡Por favor! —Su voz mendicante estaba llena de lágrimas y terror. Qui-Gon se detuvo.

— ¡Continúa luchando! —gritó bruscamente Dooku— ¡No la escuches!

Pero Qui-Gon avanzó velozmente y fue tragado de golpe por el humo. El tonto iba a intentar salvar a la chica.

Invadido por la ira, Dooku salió a la carrera en su busca, directamente a lo más denso de la nube. Sentía que la voz era una trampa. Lo había sido desde el principio. Pero el respeto de Qui-Gon hacia la Fuerza viva no permitiría la duda. Si creyera que un niño estaba en problemas, no vacilaría. Dooku pensó en maldecir a él y a su compasión, mientras tosía en el humo.

Eliminó a los droides mientras se movía, escuchándolos antes de que los viera. El humo se redujo. Podía ver ahora que los droides ensuciaban el piso. Caminó sobre ellos. Qui-Gon estaba parado sobre la rampa, solo. Dooku se apresuró a subir para unírsele y juntos atacaron la nave.

Estaba vacía. Dooku caminó a grandes pasos hacia la cabina de mandos de la nave. Una barra de la grabación descansaba en la silla del piloto. La activó.

—Ayúdeme, por favor.

Dooku la cerró.

—Lo siento, Maestro. —Qui-Gon se veía aturdido, como si no pudiera entender que alguien utilizara a un niño en peligro para sacar ventaja.

—Vamos.

Dooku saltó sobre el asiento del piloto y corrió rampa abajo, oyendo que Qui-Gon lo seguía.

Algo acerca de la situación fastidiaba a Dooku. En medio de una misión, nunca había perdido su concentración, o su fe en que se impondría. ¿Por qué de repente sintió que el fracaso respiraba en su cuello tan estrecha y persistentemente como el ruido de pasos del Qui-Gon detrás suyo?

Dooku sintió como si su corazón se desplomara cuando vio que la puerta del Cuarto de Seguridad estaba abierta. El pirata había trabajado extraordinariamente rápido. El resplandeciente revestimiento de duracero, brillaba todavía con el rojo encendido de la explosión que lo había abierto.

En el interior, Eero yacía inconsciente. Su piel estaba renegrida. Qui-Gon se agachó y comenzó a buscar sus signos vitales.

—No ahora —dijo Dooku.

Dobló y regresó de prisa, bajando por otro corredor que llevaba a la sección de embarque. Qui-Gon lo alcanzó con largas zancadas. La nave dio tumbos, y las sirenas de emergencia gemían ahora constantemente. Los sistemas estaban fallando.

Corrieron a toda velocidad de regreso a la bahía de cargas. Entraron justo a tiempo para alcanzar a ver cuando el Senador Blix Annon, con sus manos atadas con esposas láser, era empujado dentro de la nave. El pirata era delgado y alto, vestía una armadura de cuerpo entero y un casco de plastoide que cubría su cara. Él se dio vuelta, aunque ellos no habían hecho ningún ruido.

Usando la Fuerza, Dooku saltó. Aterrizó en la rampa, sable de luz en mano. Sintió como Qui-Gon aterrizaba detrás suyo. El fuego de los blásters ya había salpicado el aire, silbando detrás de sus orejas, cerca y rápido. El pirata tenía una excelente puntería. Dooku tuvo que mantener el sable de luz moviéndose para desviar los disparos, avanzando todo el tiempo. No tenía duda de que ganaría esta batalla. Los ojos del pirata brillaron, el verde de su iris era tan intenso que Dooku podía leerlo desde atrás del tinte gris de su visera.

Un disparo verdeoscuro, con destellos de luz del color de las llamas. La mente de Dooku se sacudió.

El pirata hizo una media vuelta hacia la izquierda y se balanceó hacia afuera en un amplio arco.

Dooku se movió, en un instinto tan viejo que era automático. Se alejó un paso para evitar un golpe que no vino.

Lorian.

¿Oyó una risa ahogada debajo del casco? Dooku no estaba seguro. Pero Lorian aprovechó esa fracción de segundo de vacilación, como había sido capaz de hacerlo siempre, y saltó hacia atrás en la nave. La rampa se cerró rápidamente, desparramando a Dooku sobre el piso. Cayó al lado de Qui-Gon y juntos observaron como la nave rugía al atravesar las puertas de la bahía de embarque.

CAPÍTULO 10

No pensaré acerca de esto ahora —se dijo Dooku—. Si pienso acerca de Lorian, perderé el control.

La nave moría. Eero podía estar muerto. La primera cosa por hacer era revisarle. Corrieron de regreso al Cuarto de Seguridad, donde él ponía el máximo empeño en levantarse.

—Échate hacia atrás con cuidado —le dijo Qui-Gon. Plegó una manta y la colocó debajo de su cabeza.

Los ojos de Eero se agitaron.

— ¿El Senador?

—Se lo llevaron —dijo Dooku.

—Tenemos que ir tras ellos —dijo Eero, intentando ponerse de pie.

—Tenemos problemas más urgentes —dijo Dooku—. La nave se cae a pedazos. Y tú no te ves demasiado bien.

—Estoy bien —dijo Eero. Se paró rápidamente, pero al instante se desplomó contra el piso.

—Obviamente —dijo Dooku—. Enviaremos a alguien por ti. Mientras tanto, tengo el presentimiento que el piloto necesita nuestra ayuda.

Podían sentir como el crucero se estremecía y viraba a un lado cuando fueron a la cabina del piloto. Éste presionaba febrilmente los interruptores.

—Tengo al droide de mantenimiento trabajando en las líneas de energía, pero estamos perdiendo la subluz.

— ¿Dónde está el próximo Espaciopuerto? —preguntó Dooku, mientras caminaba a grandes pasos para ubicarse detrás del asiento del piloto.

—Verificaré —se ofreció Qui-Gon, trasladándose a la computadora de a bordo. En sólo unos segundos, exclamó —Espaciopuerto Voltare. Leyó en voz alta las coordenadas—. Maestro, puedo intentar trabajar sobre el control subluz de la computadora central.

—Hazlo.

Dooku no tenía paciencia para los detalles tecnológicos. Ya había reconocido que su aprendiz era mejor en reparaciones que él.

— ¿Qué puedo hacer? —preguntó el piloto, mientras sus ojos se precipitaban nerviosamente sobre los controles.

—Solo manténganos volando —dijo Dooku.

Qui-Gon abrió un panel de control en el piso y bajó para trabajar en los mandos del sistema—. Pienso que lo puedo unir —llamó—. Si no forzamos los motores, creo que podríamos lograrlo.

— ¿Forzarlos? Los mimaré como a un niño —comentó el piloto.

Qui-Gon saltó de la cámara y cambió lugares con el copiloto—. Mantendré mi vista en las luces indicadoras. Tú solamente vuela —le dijo al piloto.

Con el piloto de blancos nudillos al mando de los controles y la constante presencia de Qui-Gon en la butaca del copiloto, la nave finalmente entró arrastrándose al Espaciopuerto Voltare.

Eero fue llevado rápidamente a la clínica médica. Los demás pasajeros y el piloto se dirigieron hacia la cantina del espaciopuerto.

Dooku y Qui-Gon se sentaron en la cabina del piloto. Qui-Gon mantuvo un silencio respetuoso, dándose cuenta de que su Maestro necesitaba tiempo para pensar.

Por fin, Dooku tenía la oportunidad de analizar lo que sabía.

Lorian. ¿Cómo pudo caer tan bajo? Una vez un Padawan listo, ahora un pirata del espacio, viviendo a costa de senadores a quienes debía proteger: para eso había sido entrenado alguna vez.

Lorian todavía tenía habilidades con la Fuerza, lo que explicaba la precisión de sus disparos con el cañón láser en fracción de segundos. No era como si Dooku debiera haberlo adivinado, pero debería haber estado más alerta.

Suficiente. Un Jedi no perdía el tiempo pensando en lo que debería haber hecho.

¿Y ahora qué? Una llama de furia momentánea explotó en Dooku, cuando pensó acerca de cómo su viejo amigo se había reído en la nave, de cómo le había dominado con astucia.

La controló. La ira era una pérdida de tiempo. Acción era lo que necesitaba.

Porque Lorian no podía ganar.

—Deberíamos contactar al Consejo Jedi —dijo Qui-Gon.

Por supuesto que deberían contactar al Consejo. Ese era el procedimiento usual. Pero si contactaban al Consejo, Dooku tendría que decirles que no tenía dudas de que Lorian Nod era ahora un pirata del espacio, y que había secuestrado al Senador Blix Annon justo debajo de su nariz. Eso era algo que Dooku no podía hacer.

El Consejo no tenía que saber nada aún, de cualquier forma, ¿qué harían? Simplemente decirles a que procedieran. No enviarían otro equipo Jedi a estas alturas. Confiarían en que Dooku y Qui-Gon podrían manejarlo.

— ¿Maestro?

—Sí, Padawan —dijo Dooku—. Contactaremos al Consejo Jedi. A su debido tiempo—. Lo que necesitaba era encontrar al Senador antes de que alguien notara su ausencia—. Sería mejor contactarlos cuando sepamos hacia dónde vamos. En lo que se refiere a un secuestro, la rapidez es el factor más importante. Tenemos posibilidades de encontrar al senador. Debemos actuar rápidamente.

Dooku recordó de los archivos, que el pirata usualmente esperaba veinticuatro horas antes de hacer públicas sus demandas de rescate.

Su comunicador parpadeó, y vio que Yoda estaba tratando de contactarle. Colocó el comunicador de nuevo en su cinturón—. Deberíamos mantener en silencio el comunicador de ahora en adelante —dijo a Qui-Gon—. Todas nuestras energías deben estar enfocadas en nuestra búsqueda.

Qui-Gon inclinó la cabeza, sin mostrar nada de lo que sentía en su rostro. Si pensara que era extraño mantener en silencio el comunicador, no pronunciaría una sola palabra, ni siquiera contraería nerviosamente una ceja.

— ¿Cuál será nuestro primer paso, Maestro? —preguntó—. Hasta que tengamos un pedido de rescate, no tenemos un lugar para empezar.

—Siempre hay un lugar para empezar. Repasa el combate en tu mente, Qui-Gon. Si examinas cada detalle, encontrarás al menos una pista para seguir. Trata de recordar cualquier cosa que te pareció fuera de lugar o sin sentido.

Dooku esperó, observando a su padawan. La mirada fija de Qui-Gon era lejana. Podría decir que su padawan miraba fuera del espaciopuerto ocupado sin haberlo visto siquiera. Volvía a vivir el combate. Dooku ya sabía cual sería su primer paso. Pero diciéndoselo a Qui-Gon no ayudaba a su padawan a aprender. Qui-Gon tenía una mente excelente. Podía analizar datos rápidamente y los organizaba para llegar a una conclusión.

Dooku tuvo que esperar menos de un minuto.

—El escudo de energía dejó de operar —dijo Qui-Gon—. Y el blindaje se desvaneció. Si el senador realmente acostumbraba a acudir a los mejores proveedores de seguridad, eso parece poco probable. El fuego del cañón no fue lo suficientemente prolongado como para explicarlo.

—Bien —aprobó Dooku.

—Deben haber desperfectos serios en los escudos y en los revestimientos de la nave —continuó Qui-Gon—. Y pudieron estallar las puertas del cuarto de seguridad utilizando artefactos explosivos convencionales.

— ¿Y qué te dice eso?

—Que el senador nos mintió, o que ha sido estafado.

— ¿Y lo del pirata fue fortuito, o planificado?

Qui-Gon necesitó menos de un minuto para entender—. El pirata trabajó tan rápido porque debió conocer las partes vulnerables de la nave.

—Quizás. Examinemos el archivo de datos otra vez. Dooku metió la mano en su mochila de viaje y extrajo el delgado holoarchivo. Lo activó y hojeó los informes de secuestros previos. Qui-Gon observaba por sobre su hombro.

—Hay un patrón —dijo—. Los pilotos divulgan los funcionamientos defectuosos en la seguridad, o los fracasos que no pueden explicar.

—Nada lo suficientemente catastrófico como para levantar sospechas —notó Dooku—. Ante todo, los pilotos y los oficiales de seguridad se interesan demasiado en cubrir sus propios fracasos. Y lo segundo, todo el mundo enfoca su atención en el secuestro, no en cómo ocurrió.

Dooku sabía otra cosa, algo que no compartiría con su padawan. Lorian tomaba riesgos calculados. No le gustaban las sorpresas. Tenía sentido que, de algún modo, encontró la manera de atacar una nave que de antemano conocía que tenía un sistema de seguridad defectuoso.

— ¿Con toda esta información, cuál sería tu primer paso? —preguntó a Qui-Gon.

—Averiguar donde fue equipada la nave con sus dispositivos de seguridad —dijo puntualmente Qui-Gon—. Ve allá y averigua si hay una conexión. Será difícil sin la identidad del pirata del espacio, pero tal vez obtengamos algo. Qui-Gon vaciló—. Hay algo más…. Que no sé cómo decirlo.

—Sólo dilo, padawan.

—Algo que percibo en usted —dijo Qui-Gon—. ¿Odio? Algo fuera de proporciones para lo que sucedió.

Había esa irritante conexión con la Fuerza viva otra vez—. Te equivocas, mi joven aprendiz —le reprendió Dooku—. Debemos concentrarnos en nuestros asuntos.

—Sí, Maestro.

Dooku felicitaría a Qui-Gon eventualmente, pero no aún. Si Qui-Gon supiese que un antiguo aprendiz estaba involucrado, se preguntaría por qué no contactaban al Templo inmediatamente. Dooku quería atrapar a Lorian antes que el Consejo averiguase los detalles. Cuando el nombre de Dooku era pronunciado a lo largo del Templo, lo era en el nombre de la gloria, no de la humillación.

Pálido y débil, la primera sacudida de Eero fue sorprendentemente vigorosa—. Eso es imposible —dijo—. Yo mismo arreglé los sistemas avanzados de seguridad. Escogí a la compañía más renombrada para la seguridad de la nave: Kontag. Tengo un extenso archivo de ellos, cumplí con mi investigación. Si pudieses alcanzarme mi bolsa de viaje…—Eero señaló un bolso colocado cerca de sus ropas.

Dooku se lo alcanzó y extrajo un holoarchivo—. Aquí. Sólo mira. Son expertos.

Dooku hojeó el archivo. Era un artículo promocional que Kontag le proporcionaba a sus potenciales clientes. Vio largas listas de clientes, y reconoció los nombres. Las descripciones de sistemas altamente sofisticados, imágenes de las instalaciones de la planta. Era impresionante. Él mismo había escuchado acerca de Kontag. Ellos eran justamente renombrados por sus excelentes sistemas de seguridad y a menudo estaban vinculados a la Techno-Unión. No podía imaginarse que hubiera sabotajes en alguna de sus plantas.

No obstante, si algo parecía equivocado, tenía que estar equivocado.

—Qui-Gon, intenta conseguir el historial con las naves que fueron atacadas —le dijo a su padawan—. Debería estar en el archivo.

Qui-Gon extrajo su holoarchivo de datos y le echó un vistazo rápidamente.

—Todas fueron reparadas por Kontag —dijo, contemplando a Dooku.

—Allí tiene que haber una conexión —dijo Dooku.

Dooku se alejó de la cama de Eero y utilizó su comunicador para contactar con las oficinas centrales de Kontag. Aunque después de interrogar a varios directivos de la empresa, no llegó a ninguna parte. Cerró su comunicador visiblemente disgustado.

—Toda información de seguridad es confidencial. No me sorprende. Es así cómo una compañía que trabaja en seguridad tiene que funcionar.

— ¿Si no nos dirán lo qué nosotros necesitamos saber, qué podemos hacer? — preguntó Qui-Gon.

Dooku se levantó suavemente—. Nos dirán lo que necesitamos conocer. Pero no sabrán que lo están haciendo.

CAPÍTULO 11

El planeta Pirin, en el sector Locris, donde se encontraban las oficinas centrales de Kontag y las fábricas, no estaba demasiado lejos; aún así las pocas horas que les tomó llegar fueron demasiadas para Dooku. Había aprendido hace mucho como ocultar su impaciencia, pero no como deshacerse de ella.

Dooku tuvo tiempo de reflexionar camino a la fábrica y concluyó que resultaría negativo exigir cualquier cosa. En su experiencia, una pequeña argucia funcionaba siempre mejor que la confrontación directa.

— ¿Tenemos un plan, Maestro? —preguntó Qui-Gon, quebrando el largo silencio.

—Sigue mis indicaciones —dijo Dooku—. Fingiremos ser futuros clientes. Lo más importante que necesitamos hacer es echar un vistazo en las instalaciones de la fábrica. Si hay sabotaje, quizá podamos obtener algo.

Dooku caminó a grandes pasos en las oficinas de la compañía. Una barra de grabación emitió la imagen de un trabajador holográfico, una mujer bastante joven—. Bienvenidos a Kontag —dijo con voz musical—. Por favor identifique su empresa y póngase cómodo en nuestros asientos mejorados, diseñados a medida para cualquier aerocoche.

Dooku se presentó e hizo lo mismo con Qui-Gon, y dijo que los Jedi estaban interesados en un proyecto a gran escala para actualizar sus dispositivos de seguridad en naves espaciales. Casi en un instante, una vendedora se materializó desde una oficina interior.

—Soy Sasana —dijo—. Nos complace tanto que los Jedi hayan pensado en Kontag para sus necesidades. Pero creíamos que su orden prefería manejar la seguridad internamente.

—Evaluamos otras opciones —dijo Dooku.

Sasana inclinó la cabeza—. Siempre sabios. Déjenme mostrarles el tipo de seguridad de primera clase que Kontag es capaz de proporcionar. Le entregó a Dooku un artículo idéntico al que Eero les había mostrado.

Dooku fingió leerlo y se lo pasó a Qui-Gon.

—Interesante. ¿Puede mostrarnos la fábrica?

Sasana deslizó una sonrisa—. Esa es una… petición inusual.

La sonrisa de Dooku tomó el lugar de la suya—. Me temo que una que podría romper un trato. Los Jedi son muy exigentes.

Podía notar las ilusiones de un gran contrato bailando delante de los ojos de Sasana—. Por supuesto —dijo ella finalmente—. Este es el camino.

Sasana intentó controlar el ir de un lado a otro y la minuciosidad de la visita, pero Dooku sabía que una vez que estuviera dentro de la fábrica, podrían ver cualquier cosa que desearan. Bajaron por los pasillos mientras los droides volaban o caminaban por ahí. Examinaban los paneles, revisaban si los sensores de las habitaciones funcionaban, y el

zumbido de las máquinas dificultaba la conversación. La visita acabó en un prototipo de deslizador de avanzada tecnología.

Dooku había visto bastante. Le dijo a Sasana que se mantendrían en contacto y salieron.

Tan pronto como estuvieron afuera, miró a su Padawan—. ¿Impresiones?

—Algo no está bien —dijo Qui-Gon.

— ¿Por qué lo crees? —preguntó Dooku.

—Hay pruebas, tanto de prosperidad como de declive —dijo Qui-Gon. —las oficinas son lujosas, pero hay zonas de trabajo vacías, como si el personal hubiera sido despedido. La lista de clientes incluye los trabajos en progreso. Por el nivel de actividad que vi, la cantidad de droides y materiales posiblemente no alcanzará para satisfacer esa demanda. Y hay indicios en algunas áreas de los talleres de que las máquinas estuvieron ahí alguna vez y fueron retiradas.

—Excelente —dijo Dooku—. ¿Conclusión?

Qui-Gon dudó—. Encubren algo, de eso no hay duda. Pero no sé que es.

—Si la lista de clientes es correcta, el trabajo está siendo hecho en alguna otra parte. Sólo que no en esta fábrica —dijo Dooku—. Lo que veo es una compañía que una vez fue rica y que decayó en los tiempos difíciles y ha recurrido a una fábrica más barata para hacer el trabajo que una vez hicieron. La fábrica aquí es una falsa apariencia. No es aquí donde se hace el trabajo real.

— ¿Cómo podemos descubrir la verdadera fábrica? —preguntó Qui-Gon.

Dooku extrajo un sensor de habitaciones del interior de su túnica—. Creo que esto nos podría decir algo. Los sensores de habitaciones siempre tienen una marca de la fábrica, oculta en su software. Me tomé la libertad de retirarlo del prototipo. Extrajo su datapad e insertó el sensor, luego rastreó la información que salía a través de la pantalla. Presionó algunos botones. Después de un momento, sonrió—. El planeta de la fábrica es Von-Alai —dijo.

Von-Alai había sido una vez un planeta frío cubierto de nieve y hielo. Sus habitantes eran expertos en extraer formas de vida de los desechos congelados. Con la introducción de fábricas y desechos tóxicos, el clima se había calentado, y las inundaciones periódicas devastaron el campo. En lugar de detenerse el crecimiento, cada vez más y más fábricas se construyeron, y las viviendas de los trabajadores fueron construidas en plataformas elevadas. Los dueños de las fábricas tenían poder político, así que se tomó esta decisión para adaptarse al clima cambiante en lugar de limitar el flujo de sustancias contaminantes. Como consecuencia, las plantas originarias se secaron, las inundaciones fueron comunes, y un planeta una vez hermoso y plateado, era ahora un yermo empapado. El aire era denso y tenía sabor metálico. La nieve prístina ya no caía, sólo una lluvia fría contaminada por toxinas.

Qui-Gon estaba parado sobre la plataforma de aterrizaje, respirando el aire amarillo, absorbiendo silenciosamente el planeta desperdiciado—. Qué destino tan terrible —dijo—. Los Alains han perdido su planeta.

—Los seres escogen su propio destino —dijo Dooku—. Pudieron haber luchado por su planeta, pero su indiferencia y avaricia les hicieron pasivos. No hubo guerra aquí, mi joven aprendiz. Simplemente seres que decidieron no luchar contra el poder que los gobernaba.

—Quizás lo intentaron, y fallaron —dijo Qui-Gon silenciosamente—.

—Entonces son débiles también, lo cual es peor —dijo Dooku con desdén—. Vamos.

Esta vez Dooku pensó que sería mejor no anunciar su aproximación. Simplemente cruzó las entradas de la fábrica. No había seguridad.

Entraron en una instalación de producción clamorosa. La grasa manchaba el piso y se acumulaba en charcos. El techo era bajo y el aire denso y caliente. Filas y filas de puestos de trabajo se ubicaban en el amplio espacio. Droides maltrechos operaban servodispositivos y bombas de aire. Los trabajadores se veían débiles y enfermizos, y Dooku notó que la mayoría eran bastante jóvenes.

— ¡Están usando niños! —dijo Qui-Gon, exaltado—. ¡En estas condiciones! Esto viola leyes galácticas.

—Desafortunadamente, hay muchos lugares como éste —dijo Dooku.

— ¡Debemos hacer algo! —dijo Qui-Gon, con su mirada cada vez más angustiada mientras observaba la fábrica—. Miran como si estuvieran enfermos y hambrientos.

—Debes mantener tu concentración en la misión, mi joven aprendiz —dijo Dooku bruscamente—. No podemos salvar a todos en la galaxia.

—Pero Maestro…

—Qui-Gon. —Dooku sólo tuvo que decir el nombre de su padawan como una advertencia. Qui-Gon se mordió los labios.

Un macho rechoncho, decididamente humano, de pelo escaso y enredado con el sudor y la grasa, vino corriendo hacia ellos—. ¿Perdón, quiénes son ustedes? De todos modos no importa, ustedes están entrando sin autorización, así que váyanse.

Dooku no se movió.

—Perdón, pero si no se van llamaré a Seguridad —dijo el hombre frunciendo el entrecejo. ¿Quieren eso?

—Por favor hágalo —dijo Dooku—. Quizás podamos discutir el número de leyes galácticas que usted está violando.

El hombre dio un paso atrás—. ¿Ustedes no son inspectores del Senado, o sí?

—Necesitamos información —dijo Dooku.

—Pues bien, han venido al lugar equivocado —contestó el hombre.

Dooku miró amablemente a su alrededor—. Está ocupado, ya veo.

El hombre asintió con la cabeza cautelosamente.

—Muy probablemente no complacería a sus superiores si la fábrica fuera cerrada justo bajo su turno.

— ¿Tiene autoridad para hacer eso?

Dooku se encogió de hombros—. Trabajo infantil. Condiciones peligrosas. Charcos de grasa en el suelo, compuestos tóxicos abandonados al aire libre… Hay una docena de violaciones que puedo ver sin siquiera girar mi cabeza.

— ¿Qué quieren ustedes? ¿Dinero? Pagamos nuestros sobornos, pero tengo una reserva de emergencia.

—Como dije, solamente información. ¿Quién es el dueño de la fábrica? —preguntó Dooku.

—Solamente envío informes. No sé nada…

— ¿A quién envía los informes? —Dooku perdió la paciencia. Fijó su mirada en el encargado.

—Una compañía… se los envío a una compañía…. Su nombre es Caravan.

Caravan. El nombre del crucero estelar holográfico que Lorian había diseñado. Solía irse a dormir soñando con los lugares a los que viajaría en él.

Eso era todo lo que Dooku necesitaba saber. Reflexionó sobre qué elegante y simple era el plan. Detrás de la pantalla de una compañía, Lorian economizaba al máximo en la seguridad, luego aprovechaba sus conocimientos sobre las vulnerabilidades de una nave para atacarla.

Oyó un susurro detrás suyo, y volteó para ver a Eero, acercarse con extremo cuidado por entre las máquinas.

—Que bien. Otro inspector —masculló el gerente.

—Tuve que venir —dijo Eero—. Les seguí hasta aquí en el transporte y ahora hasta esta instalación. No puedo soportar escuchar que la firma que contraté para proteger al Senador Annon termine siendo el medio por el cual fue secuestrado. Tengo que ayudarles a capturar al pirata y liberar al senador. Es la única forma.

Eero estaba sudoroso y pálido. —Te ves como si fueras a caerte —dijo Dooku. Evidentemente, su viejo amigo había hecho todo lo posible para seguirles. Dooku admiraba su tenacidad —y estaba receloso de ella también.

Eero negó con la cabeza—. He encontrado un trabajador de la fábrica que está dispuesto a hablar —dijo—. Dice que el pirata hace visitas regulares aquí. Podría saber dónde está su escondite.

El encargado se había marchado de regreso, ansioso por desaparecer.

—Hablemos con el trabajador —dijo Dooku.

Qui-Gon y él siguieron a Eero a través de los pasillos. Nadie los miró mientras caminaban. Sin duda los trabajadores habían sido castigados por estar retrasados, porque trabajaban como esclavos, sin levantar sus cabezas.

Eero se detuvo de repente y miró alrededor—. ¿A dónde fue? Estaba justo aquí—. Estirando el cuello, le tomó algunos pasos para desaparecer alrededor de un gran banco de máquinas.

Dooku sintió el aumento brusco de la Fuerza como advertencia. Trató de alcanzar su sable de luz. Qui-Gon lo hizo una fracción de segundo después.

Droides Colicoid Eradicator rodaron por una esquina y se dirigieron hacia ellos con sus blásters listos para disparar. Dooku sostuvo su sable de luz en alto.

—Maestro. —La voz de Qui-Gon denotaba urgencia—. No podemos luchar contra ellos. Mire alrededor.

Dooku examinó el área a su alrededor. Trabajadores infantiles estaban por todas partes, sin duda porque sus dedos pequeños eran muy útiles para el trabajo en sensores. Si los Jedi atrajeran a los Eradicators a la batalla, el fuego de los blásters vaporizaría a los trabajadores. No tendrían ningún lugar donde ponerse a salvo.

Todavía Dooku no bajaba su sable de luz. No tenía duda que Lorian había planificado esto. Sabía que los Jedi no pelearían si eso significara poner en peligro vidas inocentes, especialmente la vida de niños. Obligaría a Dooku a rendirse. ¡Pero él nunca se rendiría ante Lorian!

—Maestro. —Había firmeza en la voz de Qui-Gon. Su sable de luz estaba ya desactivado y a su lado.

Dooku desactivó su sable de luz. Sintió rabia por cómo los droides se encargaron de ellos, desarmándolos y llevándolos prisioneros. En su corazón, juró solemnemente venganza.

CAPÍTULO 12

El color gris formó remolinos ante sus ojos. Las sombras se movieron, y produjeron dolor cuando lo hicieron, estallando dentro de su cerebro como los pulsos de un láser caliente. Dooku intentó estirar la mano y no pudo. Se dobló y sintió la presión en sus muñecas y sus tobillos.

Su vista se aclaró, y las sombras se descompusieron en objetos. Una mesa. Una silla. Vio que sus muñecas y sus tobillos estaban atadas por esposas de aturdimiento.

Respiró lentamente, aceptó el dolor en su cabeza, ordenando a su cuerpo que era tiempo de curarse. Recurrió a la Fuerza en su ayuda, y sintió como el alivio absorbía su dolor.

Habían sido apresados por los droides, y un agente paralizante había sido introducido en su cuerpo a través de una pequeña jeringa. Con un vistazo doloroso a su cinturón de utilidad, vio que su sable de luz había desaparecido.

Qui-Gon estaba a su lado. Estaban tendidos sobre un frío piso de piedra, las esposas láser sujetadas a argollas de duracero incrustadas en la piedra. Qui-Gon gimió y abrió sus ojos. Su respiración resultó en un silbido.

—Respira —dijo Dooku—. El dolor desaparecerá en un momento.

Observó como su padawan cerraba sus ojos otra vez y respiraba lento, pausado. El color regresó a su cara. Abrió sus ojos—. ¿Sabe dónde estamos, Maestro?

—Ni idea. Podríamos haber estado inconscientes por horas y pudieron habernos transportado fuera de Von-Alai—.

En realidad, no tenía importancia. Porque Dooku no había contactado con el Templo, nadie sabía que estaban en Von-Alai. No había como rastrearlos. Lorian no le ganaría. Juró que eso no ocurriría. Las cosas no se veían bien —estaba atado y arrestado por el momento, solo que él encontraría su oportunidad y la aprovecharía.

—Tal vez Eero nos encontrará —dijo Qui-Gon—. O le comunicará al Templo en dónde estamos.

—Eero es parte de esto —dijo Dooku—. Nos hizo caer en una trampa.

—Pero es su amigo —dijo Qui-Gon—. Y también fue herido durante el secuestro.

—Demasiado herido parecía. Las lesiones pueden ser fingidas. Eero fue un buen actor, nada más. Fui estúpido por no pensar en eso antes. Ésta debería ser una lección para ti, padawan. Puedes tener tantos amigos como quieras, pero no confíes demasiado en ellos. Créeme, sé de lo que hablo. La persona que nos ha encarcelado estuvo en el período de entrenamiento conmigo una vez.

— ¿Es un Jedi? —preguntó Qui-Gon, conmocionado.

—No. Pasó por el período de entrenamiento, pero fue expulsado. No importa por qué. Fuimos amigos una vez. Comienzo a sospechar que podría tener alguna clase de rencor hacia mí. De modo que hay más situaciones aquí de las que conoces.

— ¿Quiere decir que usted sabía que él era el pirata espacial? —Qui-Gon no dijo no más, pero las palabras quedaron suspendidas en el aire—. ¿Y no me lo dijo?

—Lo reconocí cuando abandonó la nave del Senador Annon.

— ¿Y piensa usted que Eero está complotando con él?

—Sospecho que sí. La traición es parte de la vida, Qui-Gon, y no siempre la podemos ver venir.

Qui-Gon tiró con fuerza de las esposas láser.

—Eso no hará otra cosa que agotarte —le dijo Dooku—. Debes aceptar que algunas veces estarás en situaciones sobre las cuales no tendrás control. Acepta la situación y espera tu oportunidad. Además, estamos más cerca de lo que estábamos antes.

— ¿En qué forma?

—Estábamos buscando al pirata espacial, y ahora lo hemos encontrado. Posiblemente seremos llevados ante él. No podrá resistirse a sentir una profunda satisfacción, él nunca había podido. Cuando lo encontremos, esperaremos nuestra oportunidad, y no cometeremos errores.

Dooku cerró sus ojos. No le gustaba sentir el odio y humillación revolviéndolo por dentro. Necesitaba calma interior. Nunca actuaba movido por la ira.

Deseó que los minutos pasaran. Sintió su latido lento. Luego oyó el chillido de las puertas abriéndose.

— ¡Eh, viejo amigo! —dijo Lorian.

Al sonido de su voz, la rabia aumentó repentinamente en él otra vez. No abrió sus ojos hasta que la había controlado por completo.

—Me di cuenta tiempo atrás, Lorian, que nunca fuimos amigos —dijo Dooku uniformemente.

Lorian se había convertido en un hombre apuesto. Era todo músculo delgado. Su espeso cabello dorado estaba recortado, poniendo de manifiesto las audaces facciones de su cara y sus ojos verdes.

—Tú no has cambiado —dijo, y luego sonrió—. Pero es bueno verte, si bien es desafortunado para mí. Si un Jedi tuviese que rastrearme, esperaría por cualquiera, excepto por ti. Me conociste demasiado bien. Una vez.

—Sí —dijo Dooku—. Sabía cómo mentirías y harías trampas para salirte con la tuya.

— ¿Qué tan malo es lo que hice? —preguntó Lorian—. Forzado a estar completamente solo en la galaxia, era complicado intentar abrirme paso. Sabía sólo lo que aprendí en el Templo. ¿Te ocurrió tan sólo alguna vez, Dooku? Crecimos en una burbuja, y luego todo lo que sabía me fue quitado. Estaba en la galaxia por la fuerza, un muchacho sin un maestro para guiarle.

—Los Jedi apenas te pusieron a la deriva —dijo Dooku—. Acordaron un puesto para ti en los Cuerpos Agrícolas.

Lorian bufó—. ¿Cuidando plantas híbridas en un planeta del Borde Medio? ¿Estarías satisfecho con esa clase de vida, después de todo el entrenamiento que pasamos?

—No tuve motivo para tener que aceptarla —dijo Dooku—. No violé el Código de la Orden Jedi. Tú lo hiciste. Pareces olvidar eso.

—Era joven y me equivoqué. —El rostro de Lorian se endureció—. Y pagué caro por ello. ¿Supuestamente debía convertirme en un agricultor? ¡Había sido adiestrado para ser un Jedi! En lugar de eso, solo entré en el negocio para mí propio beneficio.

—Como un pirata del espacio.

—Simplemente por ahora. Comencé secuestrando a los criminales, pero se volvió demasiado riesgoso. Estarías asombrado de lo renuente que pueden ser las pandillas para pagar el rescate. Así es que miré hacia los senadores después. El único problema era que tenían la mejor seguridad. ¿Pero qué ocurriría si su seguridad no era tan buena como pensaban que era? Cuando escuché que Kontag había caído en la bancarrota, se me ocurrió la idea. Así que compré esta fábrica y le ofrecí a Kontag un trato.

—Una fábrica que emplea a niños —La voz de Qui-Gon fue plana. Su mirada fija le dijo a Lorian que le despreciaba.

Lorian caminó hacia Qui-Gon, con su cara encendida por la curiosidad.

—¿Así que este es tu aprendiz, Dooku? ¿Qui-Gon Jinn? Sí, puedo verlo en él. Está tan seguro de su corrección como tú. ¿Qué me aconsejas que haga, joven padawan? ¿Despedir a los niños trabajadores? Muchos de ellos mantienen a sus familias. Hay padres que están heridos o demasiado enfermos para trabajar, o padres que los han abandonado, de modo que mantienen a sus hermanos y hermanas. ¿Los harías morir de hambre?

—Encontraría una mejor forma —dijo Qui-Gon.

—Ah, eres inquebrantable. Pues bien, te diré esto, joven Jedi. Pienso reducir progresivamente el trabajo de los menores. Mejoraré las condiciones. ¿Pero sabes lo que eso cuesta? Dinero. Los Jedi no tratan con créditos. No hablan de ellos. Pero el resto de nosotros tenemos que comer, lo sabes.

—Estás lleno de excusas —dijo Qui-Gon.

—Ellos hacen cambiar los planetas —dijo Lorian con indiferencia. Las palabras de Qui-Gon no le sonaron punzantes—. ¿Has ido al Senado últimamente? Allí operan las excusas. No soy el malo, Qui-Gon Jinn. Sé eso con toda certeza. He visto la cara del verdadero mal —dijo Lorian, con su voz decayendo—. Y he conocido el terror de eso. No te apresures a juzgarme.

— ¿El Verdadero mal? —preguntó Dooku. ¿Lorian podría representar a los Sith?

Lorian se volteó hacia él—. Sí, Dooku, logré acceder al Holocrón Sith. Fui curioso. Y lo que vi enfrió mi sangre y atormentó mis días por mucho tiempo. Me causa obsesión todavía. Y con todo, de cierta forma es reconfortante. Una vez que has visto el verdadero mal, puedes tener la seguridad de que nunca podrás caer tan bajo.

—No estés tan seguro —dijo Dooku—. Eres un secuestrador. Un criminal. ¿Cómo puedes justificar eso?

Lorian se encogió de hombros, sonriendo—. ¿Necesito el dinero? Dooku bufó.

— ¿Mira, qué ocurre si secuestro a algunos Senadores corruptos por un par de semanas? Algunos de ellos hasta disfrutan de la atención. Nadie es lastimado.

— ¿Y nosotros? —preguntó Dooku.

—No voy a matarlos, si eso es lo que te preguntas —dijo Lorian—. Sólo voy a retenerlos hasta que el último trabajo esté hecho. Estoy listo para retirarme, de cualquier forma. Me gustaría regresar a mi mundo natal e iniciar un negocio legítimo. Todavía debo algunos créditos a Eero por los ajustes que hizo en los sistemas de seguridad, pero tengo suficiente para mí.

—Así es que Eero estaba al tanto de tu plan desde el principio.

—Bastante. Nos tropezamos el uno con el otro en Coruscant. Él estaba molesto por su falta de futuro. Estaba seguro de que sería un senador, pero no le alcanzaba el dinero para dirigir una elección. Así que acordó usar sus contactos en el Senado para recomendar a Kontag. Entonces, una vez que comenzaron los secuestros, cada vez más senadores hicieron cola para obtener seguridad adicional. Era un plan verdaderamente brillante — suspiró Lorian—. Es una lástima que deba terminar.

Las puertas se deslizaron, abriéndose repentinamente, y Eero corrió hacia Lorian—. ¡Ahora lo hiciste! —le gritó. Dooku pudo ver que fuera de ese cuarto había alguna clase de oficina. Ubicados sobre un panel de instrumentos, estaban los dos sables de luz.

—Cálmate, Eero —dijo Lorian irritado—. No tienes necesidad de gritarme.

— ¡Sí, la hay! —dijo Eero—. ¡El senador está muerto!

—¿Muerto? —Lorian se veía perplejo—. ¿Cómo? Estaba retenido en ambientes confortables. Es más, le envié algunos pasteles, por el bien de la galaxia.

—Tuvo un ataque al corazón. Murió instantáneamente.

—Ah. Esto no es bueno —dijo Lorian.

—No tanto, diría yo —dijo Dooku—. Es homicidio.

— ¡Exactamente! —dijo Eero—. ¿Cómo me persuadiste de meterme en esto? ¡Seremos juzgados por homicidio!

—Sólo si nos atrapan —dijo Lorian.

—Solamente me metí en esto por el dinero —dijo Eero impaciente—. ¡Soy un político, no un asesino!

—Sí, sin duda eso cambia cosas —dijo Dooku suavemente. Eero estaba tan asustado de ser atrapado como un adulto, de igual forma que lo había estado cuando joven—. Has matado a un senador. Todo el poder de la Seguridad del Senado caerá sobre ti. Y sin mencionar a los Jedi. Ya están buscándonos. Esto seguramente les dará una razón para apresurarse.

— ¡Tenemos que salir de aquí! —dijo Eero chillonamente a Lorian.

— ¡Cálmate! —gritó Lorian—. ¿No puedes ver lo que está haciendo? ¡Cállate y déjame pensar!

— ¡No me des órdenes! —Eero extrajo repentinamente un vibrocuchillo—. Estoy cansado de esto. ¡Lo has echado todo a perder! — ¡Eres un tonto! —gruñó Lorian—. ¡Guarda eso!—

Pero era muy tarde. Dooku invocó a La Fuerza. El vibrocuchillo voló desde las manos temblorosas de Eero cayó sobre las esposas láser que sujetaban las muñecas de Dooku,

atravesándolas fácilmente. En una fracción de segundo, Dooku sacó su mano justo antes de que el vibrocuchillo pudiera lastimarle. Sintió sólo una leve quemadura de calor.

En pocos segundos, había soltado la otra esposa láser y las que sujetaban sus tobillos.

Eero lo vio y escapó atravesando la puerta. Dooku extendió la mano y su sable de luz voló desde el cuarto de al lado hasta la palma de su mano.

Cuando giró, con el sable de luz activado, Lorian tenía el vibrocuchillo de Eero y un bláster en sus manos. Dooku sonrió. Esta vez no era un juego.

Lorian retrocedió hacia la puerta. Dooku vio que intentaba escapar. Procuraba evitar la batalla. Dooku saltó, bloqueándole la salida. Lorian no dejaría este cuarto vivo.

Nunca había olvidado a Lorian, y nunca lo había perdonado. No estaba en la naturaleza de Dooku perdonar u olvidar.

—Me traicionaste una vez, y ahora has intentado ponerme en ridículo —dijo Dooku.

—Estoy tan feliz de ver que no has cambiado —dijo Lorian, haciendo girar su vibrocuchillo—. ¿Puedo advertir otra vez que la galaxia no gira a tu alrededor, Dooku? El secuestro no fue personal. No sabía que estabas en aquella nave—. Sonrió abiertamente—. Pero debo que admitir que disfruté del éxito.

La ligera burla que bailó en los ojos de Lorian enardeció a Dooku. El viejo resentimiento, la furia asfixiante que sintió como un niño se amontonó en su pecho. Y ahora se unía la furia de un hombre. Dooku la sintió levantarse, y no luchó contra eso.

Era mayor ahora, y más sabio. La ira ya no tenía el poder para hacerle descuidado. Le hizo más preciso.

—Habla todo lo que quieras. Nunca dejarás este cuarto —dijo con tal helado control, que la sonrisa dejó sin color a los ojos de Lorian.

—No seamos tan dramáticos —dijo Lorian ansiosamente.

— ¡Maestro, déme mi sable de luz! —llamó Qui-Gon.

Las palabras zumbaron débilmente, como si viniesen de una distancia muy larga. Dooku no necesitaba a su padawan. Qui-Gon sólo interferiría. Debía terminar esto solo.

Lorian había visto la intención en sus ojos. Entre ellos, sabían que Dooku no le permitiría rendirse ahora. Disparó su bláster. Dooku desvió el fuego fácilmente. No había forma de que Lorian pudiera vencer en este enfrentamiento. Dooku podía ver la desesperación en sus ojos, el sudor que se formaba sobre su frente. Y disfrutó observándolo.

Lorian mantuvo una constante andanada de fuego mientras balanceaba el vibrocuchillo, usando el mismo entrenamiento Jedi que había recibido hace tanto tiempo. Dooku se mantuvo avanzando. Sabía perfectamente bien adónde Lorian se dirigía —hacia el sable de luz de Qui-Gon—. Dooku decidió acelerar el combate. Se abalanzó y con un fuerte golpe casi casual partió el vibrocuchillo en dos. Luego giró rápidamente y pateó el bláster fuera de la mano de Lorian.

Lorian saltó y palpando, buscó el sable de luz de Qui-Gon. Dooku lo dejó levantarlo. No tenía razón para temer.

Qui-Gon gritó desde fuera, pero Dooku no oyó lo que dijo. Toda su concentración estaba en Lorian ahora.

—Adelante, atácame —dijo Dooku, sujetando su sable de luz en el cinturón, dejándolo colgar tranquilamente—. Muéstrame cuánto se te ha olvidado.

Lorian activó el sable de luz. Aun en medio de una batalla que Lorian no podía ganar, Dooku podía ver el placer que sentía el antiguo aprendiz de empuñar un sable de luz otra vez.

Saltó hacia Dooku. El primer ataque fue rechazado fácilmente. Sin su conexión con la fuerza, Lorian no podía maniobrar con el arma como una vez pudo hacerlo. Dooku disfrutaba mucho de esa humillación. Evitó los ataques de Lorian, apenas moviéndose.

—Lástima —dijo Dooku—. Fuiste un adversario digno alguna vez.

Ahora una llamarada de ira iluminó la mirada de Lorian. Repentinamente cambió de posición sus pies, movidos de improviso, y se acercó para asestar un golpe.

Dooku decidió que era hora de dejar de jugar con él. Era hora de mostrarle lo que era el miedo. El tiempo de mostrar quien era el vencedor.

Se movió hacia adelante en forma perfecta, reuniendo la Fuerza y moldeándola a sus deseos. Su sable de luz bailó. Lorian logró evadir el golpe y esquivar el siguiente, pero le costó. Se cayó con el esfuerzo.

— ¡Maestro! —La voz de Qui-Gon atravesó el centro de la concentración de Dooku con el mismo molesto zumbido.

—Maestro. Deténgase.

Qui-Gon no gritó esta vez. Pero su tono penetró la concentración de Dooku, mejor de lo que su grito lo había hecho. Dooku revisó. Miró hacia atrás y vio a Qui-Gon atado e indefenso.

Lo contempló. Dooku casi gimió en voz alta. Vio la completa verdad allí, y no podía esconderse de eso. Vio a través de los ojos de Qui-Gon sus propias intenciones, y no lo podía hacer. Su padawan le había revelado lo que debería haber sabido ya. No podía descender por ese sendero.

Desactivó su sable de luz. Lorian respiró profundamente, aliviado.

—Se acabó —dijo Dooku.

CAPÍTULO 13

Dooku puso a Lorian y a Eero en manos de la Seguridad de Coruscant. No habló mucho con Qui-Gon en el viaje de regreso. Dooku sabía que había cosas que necesitaban decirse, pero no estaba seguro de cuales eran. Sabía que Qui-Gon lo había salvado de algo, y estaba agradecido. Pero no quería admitir aún que había estado muy cerca de violar el Código Jedi, el que estaba tan orgulloso de defender.

Pasaron caminando por las filas de cruceros en el área de aterrizaje del Templo, por el mismo lugar donde le había dicho adiós a Lorian hace tanto tiempo, en lo que pensó que sería para siempre.

— ¿Que aprendiste en esta misión, padawan? —le preguntó Qui-Gon.

—Muchas cosas —contestó Qui-Gon neutralmente.

—Menciona lo más importante, entonces.

—Que usted me ocultó hechos que necesitaba conocer.

Dooku dibujó una respiración brusca. No apreciaba una reprimenda de su aprendiz. Esta seguridad natural de Qui-Gon podía salirse de control. Lo que necesitaba Qui-Gon era un poco más de temor a su desagrado.

—Esa fue mi decisión —contestó seriamente—. No es motivo para que cuestiones a tu Maestro.

—No le cuestiono a usted, Maestro. Le respondo. La mirada de Qui-Gon era firme.

Molesto, Dooku descendió algunas gradas más.

—Te diré la lección que deberías haber aprendido. —Se detuvo fuera de las puertas de la bahía de aterrizaje—. La traición nunca te debería tomar por sorpresa. Llegará de amigos y enemigos del mismo modo.

Dejó a su Padawan y bajó hacia el gran salón. Absorbió los sonidos y las vistas del Templo. Disfrutó estar de regreso entre los Jedi nuevamente. Ver a Lorian otra vez le había perturbado enormemente.

Se encontró frente a los Archivos Jedi. Ahora sabía por qué se había sentido conducido hasta allí. Con lo que Lorian lo había dejado era con la envidia, y se dio cuenta por qué.

Lorian había podido acceder al Holocrón Sith. Lo había observado. Tal vez había obtenido algunos secretos de él. ¡Y Lorian no era siquiera un Jedi!

Dooku lo había sacado fuera de su mente por tantos años, y ahora estaba todo de regreso, el mismo apetito, el mismo ímpetu irresistible por conocer al Sith. ¿Era justo que un no-Jedi hubiera indagado en los secretos del Holocrón, y Dooku, uno de los máximos Caballeros Jedi, no?

Dooku estuvo parado por un momento fuera de los archivos, absorbiendo del silencio, pensando qué encontraría dentro. Ahora nadie podía poner en duda su derecho a verlo. Merecía saberlo, se dijo a sí mismo. Merecía verlo.

Las puertas macizas se abrieron, y Dooku caminó a grandes pasos hacia el interior.

La misión final de Dooku y Qui-Gon juntos había durado dos años. Había sido difícil y llena de peligros. Habían trabajado hombro a hombro como nunca antes, sus mentes en batalla trabajaban a un ritmo perfecto. Habían tenido éxito. Regresaron al Templo, cansados, más flacos, y más viejos.

Dooku no había hablado del futuro. Qui-Gon enfrentaría ahora las pruebas. Ambos sabían que él estaba listo. Qui-Gon esperaba algunas palabras de despedida en el largo viaje de regreso, pero no recibió ninguna.

Pasaron de la plataforma de aterrizaje al Gran Salón del Templo. Casi inmediatamente, Qui-Gon vio una figura familiar delante y su corazón se animó. Tahl había venido a darle la bienvenida.

No se habían visto en varios años. Caminaron el uno hacia el otro, y estrecharon los hombros de cada quien en un viejo saludo. Qui-Gon registró los ojos de verde rayado y oro de Tahl, necesitando ver que ella estaba perfectamente y de buen ánimo. Ella inclinó la cabeza para dejarle saber que estaba bien.

—Estás cansado —dijo ella.

—Fue una larga misión —admitió.

Podía sentir a Dooku esperando impacientemente detrás suyo.

Estaba programado que debían ir directamente al Consejo Jedi para presentar su informe. Tahl también sintió la impaciencia de Dooku, saludó con la cabeza en un adiós rápido y repetido —Después.

Qui-Gon se volvió y caminó al compás de Dooku—. Veo que vuestra antigua amistad no ha muerto, aun después de todos estos años —dijo Dooku.

—Confío en Tahl con mi vida —dijo Qui-Gon.

Dooku guardó silencio durante toda la longitud del largo pasillo.

—Has sido un excelente padawan, Qui-Gon —dijo al final—. No podría haber elegido a uno mejor. Diré al Consejo esto cuando comiences las pruebas. Pero no les diré esto: Tienes un defecto. En sí, no es algo malo. Cada uno de nosotros tenemos uno. Es malo cuando no lo vemos. Y es aún peor cuando vemos ese defecto y pensamos que no es un defecto en absoluto—. Dooku se detuvo—. Quizá fue mi culpa no poder enseñarte nunca mi lección más importante.

Qui-Gon miró a su maestro. La nariz larga y elegante, los ojos oscuros encapuchados, la piel pálida. Era un rostro que conocía íntimamente, pero también sabía, y lo había sabido durante mucho tiempo, que era el rostro de alguien que no amaba. Al principio esto lo había molestado, hasta que se dio cuenta de que no necesitaba querer a su maestro, simplemente debía aprender de él. Estaba agradecido por tener un maestro tan fuerte en la Fuerza. Había aprendido mucho de él.

—Tu defecto es la necesidad de conectarte con la Fuerza viva. Qui-Gon, la galaxia está llena de gentes. La Orden Jedi está aquí para apoyarte —dijo Dooku—. No obstante debes llevar contigo, y en tu corazón, el siguiente conocimiento: *Estarás siempre solo, y la traición es inevitable*.

Parte III

Qui-Gon Jinn y Obi-Wan Kenobi

Treinta y dos Años Más Tarde

Maestro y aprendiz tratando de reconstruir una relación quebrada por la desobediencia, la traición ha frecuentado al maestro Jedi.

CAPÍTULO 14

Qui-Gon era el Maestro ahora, y todavía recordaba la lección. Era lo único que Dooku le había dejado, y a lo que no había prestado demasiada atención. Qui-Gon había comprendido que los seres eran más complicados que una simple fórmula. Y había entendido que para vivir sin amistad o sin confianza había que habitar una galaxia en la que él no quer vivir.

Sin embargo, los eventos de su propia vida, ¿no habían probado que su maestro tenía razón?

Qui-Gon sintió la dureza del banco debajo suyo. Él y Obi-Wan Kenobi estaban en un crucero espacial atestado de criaturas. Sus ojos estaban cerrados. Obi-Wan estaba a su lado, sin duda pensando que Qui-Gon dormía. Detrás de sus párpados cerrados, Qui-Gon imaginó poder sentir la velocidad de la nave saltando a través de las estrellas. Cada kilómetro que pasaba en un instante le llevaba hacia un futuro incierto.

La traición nunca debería tomarle por sorpresa.

Pero lo había hecho. Siempre.

Su primer aprendiz, a quién había formado, lo había traicionado. Xánatos se había vuelto al Lado Oscuro, había invadido el Templo mismo, había intentado matar a Yoda. Ahora Xánatos estaba muerto. Había elegido la muerte antes que rendirse, saltando desde tierra firme a un estanque tóxico en su mundo natal de Telos. Qui-Gon se había lanzado para evitarlo, incluso cuando su corazón sabía que era demasiado tarde. Había visto al Xánatos hombre caer, con sus ojos azules consumiéndose por el odio, pero al mismo tiempo, había visto al Xánatos niño que una vez conoció, con sus ojos azules llenos de entusiasmo, de esperanzas. Le había herido, le había apenado. Habían pasado meses desde el incidente, y Qui-Gon lo sentía tan fresco en la memoria como si hubiera ocurrido ayer. ¿Su anterior aprendiz había fallado en su entrenamiento? ¿O había sido Qui-Gon el que había fallado?

Su segundo padawan, a quién también apreciaba, también le había traicionado. Obi-Wan estaba ahora sentado a su lado, pero Qui-Gon no sentía la antigua armonía entre ellos. Obi-Wan había abandonado la Orden Jedi para involucrarse en una causa en un planeta que habían intentado salvar. Qui-Gon recordaba aún estar de pie sobre el suelo rocoso de Melida/Daan, viendo en los ojos de su aprendiz algo que nunca antes había visto: el desafío. Obi-Wan no hizo caso de la orden de Qui-Gon para partir. Se había quedado.

Obi-Wan había llegado a comprender que se equivocó. Había hecho todo lo posible para reconstruir lo que habían tenido entre ellos. Había empezado a transitar un largo camino. La confianza era la meta.

El gesto adusto de desaprobación de Tahl se levantó en su mente.

Eres siempre tan dramático, Qui-Gon. Obi-Wan es un muchacho que cometió un error. No le hagas responsable de tu fracaso con Xánatos.

¿Eso era lo que él estaba haciendo?

Tiempo, tú necesitas, le había aconsejado Yoda. Eso era todo.

Qui-Gon aceptó eso. ¿Pero cuánto tiempo era apropiado? ¿Cuándo lo sabría? ¿E intuiría Obi-Wan su lucha y llegaría a resentirse con él por su terco corazón?

Tu defecto es tu necesidad de conexión con la Fuerza viva.

Qui-Gon comprendió la verdad de esto. No había reparado completamente en lo que Dooku quiso decir. En su vida diaria había intentado conservar aquella conexión en equilibrio con su camino de Jedi. Sin afectos. No veía esto como un conflicto. Lo veía como una gran verdad, que pudiese amar, pero sin tener ningún deseo de poseer. Que pudiese confiar, pero sin resentirse con los que lo defraudaron.

Últimamente, esto había sido lo único difícil.

—Nos detenemos por combustible —dijo Obi-Wan, interrumpiendo sus pensamientos. Estaban regresando de una misión de entrenamiento rutinaria, y no tenían prisa—. Siento mucho interrumpirle, Maestro, pero ¿desea que desembarquemos? Estaremos aquí por varias horas.

Qui-Gon abrió sus ojos—. ¿Dónde estamos?

—En un planeta llamado Junction-5. ¿Lo conoce usted?

Qui-Gon sacudió su cabeza—. Vamos a desembarcar —se decidió—. Nos hará bien estirar las piernas. Y apuesto a que podrás disfrutar de alguna comida decente.

—Estoy bien —dijo Obi-Wan inclinándose hacia su equipaje.

Qui-Gon frunció el ceño. Allí estaba. ¿Alguna vez Obi-Wan había estado de acuerdo, le habría sonreído abiertamente y había dicho —¿Cómo adivinó usted?

Ahora Obi-Wan estaba totalmente concentrado en ser un padawan perfecto. No permitiría que los días grises de comida insípida y pastillas de proteína lo desanimaran.

Tal vez no era un caso de perdón en absoluto, pensó Qui-Gon mientras se ubicaban en la línea de desembarco. Tal vez se trataba de extrañar lo que antes había tenido. Tenía al padawan correcto detrás suyo. Ahora extrañaba al muchacho imperfecto.

El planeta Junction-5 parecía ser un mundo agradable. Rion, su capital, estaba construida alrededor de un amplio río azul. Obi-Wan y Qui-Gon bajaron de la plataforma de aterrizaje en un turboascensor al ancho boulevard que era una de las principales vías públicas de Rion.

—Cada visitante debe registrarse con la fuerza de seguridad local —dijo Obi-Wan, leyendo un pase que les habían dado—. Esto es inusual.

—Algunas sociedades están fuertemente controladas —dijo Qui-Gon—. Como la galaxia está más dividida, los seres tienen más temor de los forasteros.

Dieron un paseo boulevard abajo, felices por sentir el sol en sus caras. Pero Qui-Gon no había dado más que algunos pasos, cuando sintió que algo estaba fuera de lugar.

—Hay miedo aquí —había dicho Obi-Wan.

—Sí —dijo Qui-Gon—. Tenemos una hora más o menos. Vamos a averiguar por qué. Trató de alcanzar su comunicador. Desde que Tahl fuera cegada en una batalla en Melida/Daan, había hecho base en el Templo y estaba disponible para cualquier

investigación. Raras veces tenía que acceder a los archivos Jedi: su conocimiento de política galáctica era inmenso.

— ¿Estás ocupada? —preguntó Qui-Gon.

La voz seca de Tahl vino claramente a través del comunicador—. Claro que no, Qui-Gon. Estoy sentada aquí esperando que tú contactes conmigo para tener algo que hacer.

La risa estaba en su voz cuando le contestó —Tenemos una parada temporal en el planeta Junction-5. La Fuerza está perturbada aquí. ¿Puedes darnos una idea de por qué?

—Hemos estado monitoreando la situación —dijo Tahl—. El planeta no ha pedido ayuda del Senado o de los Jedi, pero nos preparamos para ello. Hace tiempo que Junction-5 mantiene rivalidad con su luna, Delaluna. Varios años atrás Junction-5 descubrió que Delaluna desarrollaba un arma destructiva a gran escala, capaz de arrasar ciudades de un solo disparo. Los ciudadanos de Junction-5 la llaman *el Annihilator*. Viven en un estado de constante miedo, temen que algún día esta arma será utilizada.

— ¿Han intentado negociar un tratado? —preguntó Qui-Gon.

—El problema es que Delaluna niega la existencia del arma —dijo Tahl—. Las conversaciones entre los dos gobiernos están estancadas. Debido al gran miedo que se ha apoderado de la población, hay rumores de agentes dobles y espías que tratan de debilitar al gobierno y prepararan una invasión a Delaluna.

— ¿Tienen pensada una invasión?

—No lo dicen. Pero no lo sabemos. Mientras tanto, por la amenaza inminente, el gobierno de Junction-5 ha instituido medidas extremas. Con la ayuda de una fuerza de seguridad llamada *Los Guardianes*, se han infiltrado en cada aspecto de las vidas de los ciudadanos. Nada de los que ellos hacen queda sin ser registrado por el gobierno. Todo uso de computadoras, todo uso de comunicadores, está monitoreado.

Al principio, los ciudadanos prescindieron voluntariamente de su privacidad para hacer frente a la gran amenaza. Pero me temo que con el paso de los años, los Guardianes han abusado de su poder. Ahora realmente dirigen el gobierno. Los ciudadanos son arrestados y retenidos por la fuerza sin pruebas, sólo por expresarse públicamente en contra del gobierno. Las prisiones están llenas. Los ciudadanos viven en el miedo. Su economía languidece, y hay más descontento aún. Como consecuencia…

—Los Guardianes han tomado medidas enérgicamente más duras —dijo Qui-Gon cansadamente. Era un panorama familiar.

—Así que debes tener cuidado —avisó Tahl—. No les gustan los forasteros. Serás observado también. Si es una parada temporal, tómala solo como eso.

—Planeo hacerlo —dijo Qui-Gon.

— ¿Qui-Gon? Nuestra conexión debe estar cortándose. Creí oír que estabas de acuerdo conmigo —dijo Tahl.

—No te acostumbres —contestó Qui-Gon, cortando la comunicación. No sabía que haría sin Tahl. Esa era una conexión en la que confiaba absolutamente. No importaba lo que Dooku le había dicho.

— ¿Deberíamos ir y registrarnos ahora? —preguntó Obi-Wan—

—Vamos a comer primero —propuso Qui-Gon. Mientras estaban allí, también podrían obtener información en caso de que la presencia de los Jedi fuera necesaria en el futuro. Sería más fácil si por ahora los Guardianes no supieran que estaban allí.

Además, nunca le gustó que le dijeran qué hacer.

Puso al tanto a Obi-Wan de su conversación con Tahl cuando caminaron hacia la cantina más cercana. No había mucho para elegir, pero Qui-Gon podría comprar algunas empanadas de verdura para ellos, al mismo tiempo que una bebida hecha de una hierba originaria. Mientras comían, escucharon las conversaciones alrededor de ellos. Los ciudadanos hablaban en tonos bajos, como si estuvieran temerosos de ser escuchados por casualidad y ser denunciados.

Qui-Gon y Obi-Wan estaban capacitados para descartar los ruidos de fondo con la ayuda de la Fuerza, concentrándose en la conversación en una mesa detrás de ellos.

—El rumor comenzó ayer —dijo una voz suave—. Podría ser cierto, o podrían estar cubriendo su muerte. Jaren está desesperado.

—Debe tener cuidado.

—Ha superado eso. Tengo miedo por ellos.

—Ella ha arriesgado todo.

—Estuvo siempre dispuesta a hacer eso.

Las voces bajaron aún más, como si sospecharan que alguien estaba tratando de oír algo por casualidad.

— ¿No podemos hacer algo para ayudar aquí? —preguntó Obi-Wan, tan silencioso como todos los demás.

—Nuestro transporte está programado para irse en menos de dos horas —dijo Qui-Gon—. Nadie ha pedido nuestra ayuda. No podemos solucionar los problemas de cada mundo en la galaxia.

Aun al hablar y al comer, la mirada de Qui-Gon recorría continuamente la cantina. No se mostró particularmente sorprendido cuando un oficial de seguridad, en su uniforme gris, entró y caminó directamente hacia ellos.

—Pases, por favor.

—Temo que no tenemos ninguno —dijo Qui-Gon.

—Todas los visitantess están obligados a registrarse en la Oficina de Registro.

—Pensamos que podríamos comer primero. Por supuesto que nos dirigiremos allí una vez que terminemos.

—Imposible. Por favor síganme.

El oficial esperó cortésmente. Qui-Gon pensó en resistirse, pero luego lo reconsideró. No estaba en este mundo para crear problemas, simplemente estaba para observar. Se puso de pie e hizo una seña a Obi-Wan para que hiciera lo mismo.

Siguieron al oficial de regreso por el boulevard y bajaron por una calle lateral. Un edificio grande y gris se asentaba detrás de un muro de energía. Estaba construido de bloques de piedra y se parecía a una prisión.

El oficial los guió detrás del muro de energía hacia el vestíbulo del edificio. Había una pequeña oficina con una inscripción que decía REGISTRO UNICO. El oficial los condujo dentro, con la clara intención de asegurarse de que entraran.

—Visitantes para registrarse —dijo el oficial.

Qui-Gon caminó adelante y le dio sus nombres a un oficinista. Los dedos del empleado temblaron cuando él le dio como su mundo natal el *Templo Jedi, Coruscant.*

—Un momento —dijo el oficinista, con sus ojos abatidos.

Tomó más que un momento, casi diez minutos, Pero el empleado finalmente deslizó dos tarjetas a través del mostrador—. Lleven éstos con ustedes en todo momento. Están programados para partir en una hora y cincuenta y tres minutos.

Los guiaron de vuelta por el pasillo, y sus pasos hacían fuerte ruido en la piedra pulida. Una voz los detuvo.

—Es siempre un placer dar la bienvenida a los Jedi a nuestro mundo. Qui-Gon lo sintió antes de que voltease siquiera, tenía la seguridad de haber escuchado esa voz antes.

La persona que les daba la bienvenida era alta, con cabello rubio rapado, ahora con hebras grises. Su cuerpo musculoso, se veía fuerte todavía. Qui-Gon no necesitó más que un segundo para recordarle.

Era Lorian Nod.

CAPÍTULO 15

Qui-Gon pensó que la aparición de Lorian Nod no era una coincidencia.

El oficinista debió haberle avisado de su presencia, por lo que le había tomado un tiempo un poco más largo en obtener sus tarjetas de identificación.

Nod vestía un uniforme gris como el oficial de seguridad, pero con una variada colección de coloridos listones tejidos a través del material en los hombros, indicando un alto rango.

Era obvio que recordaba a Qui-Gon. Su mirada se desplazó sobre él, y Qui-Gon recordó la manera en que Lorian había hecho todo, incluso que una lucha de vida o muerte pareciera una gran broma que se jugaba sobre todos ellos. Como padawan, había quedado desconcertado por esto. Ahora lo entendió como la defensa de un hombre que había perdido la única cosa que había tenido importancia en su vida, alguna vez hace mucho tiempo, y nunca podría sacar ese dolor de su corazón.

—Estás sorprendido de verme —dijo Lorian—. Junction-5 es mi mundo natal.

—Estoy sorprendido de verte fuera de prisión —dijo tajante Qui-Gon.

Lorian agitó una mano—. Sí, pues bien, fui un prisionero modelo. Terminé ayudando a la fuerza de seguridad de Coruscant con un sinnúmero de problemas que tenían dentro de la prisión, y fueron agradecidos.

—Quieres decir que fuiste un delator —dijo Qui-Gon. Lorian irguió su cabeza y sonrió al Jedi—. No me has perdonado por lo que le hice a tu maestro—. El perdón no es mío para dar —dijo Qui-Gon—. ¿Y cómo está el Maestro Dooku? —dijo Lorian.

—He escuchado que está bien —dijo Qui-Gon. La verdad era que no estaba en contacto con su antiguo maestro. Tampoco esperaba estarlo. Su relación no había estado basada en la amistad. Había sido una relación de maestro y estudiante. Era natural que no estuvieran pendientes en la vida del otro.

Sería diferente con Obi-Wan, pensaba Qui-Gon. Vio los días por venir, cuando Obi-Wan sería un Caballero Jedi, y a le gustaría ser parte de eso.

—Veo que trabajas para los Guardianes —dijo Qui-Gon.

—Soy *Los Guardianes* —contestó Lorian—. La antigua fuerza de seguridad estaba indefensa haciendo frente a la gran amenaza, así que propuse una nueva fuerza. El líder de Junction-5 me pidió que fuera su líder.

Qui-Gon estaba asombrado. ¿Un antiguo criminal era el jefe de la seguridad planetaria?

—Lo ves, estoy completamente rehabilitado. Entonces, ¿qué haces en Junction-5? —preguntó suavemente Lorian, pasando a otro tema.

—Una parada temporal —dijo Qui-Gon.

— ¿Y éste es su padawan?

—Obi-Wan Kenobi, Lorian Nod —dijo Qui-Gon.

— ¿Sabías que también fui un padawan una vez? —preguntó Lorian a Obi-Wan, quien negó sacudiendo su cabeza—. Dejé la Orden.

Obi-Wan no podía ocultar la sorpresa en su rostro. Qui-Gon podía leerla de la misma forma que a una pantalla de datos. ¿Alguien más había dejado la Orden? Así que no estaba solo. Entonces la aprehensión llegó cuando Obi-Wan comprendió. Si yo hubiera abandonado, ¿esto es en lo que me habría convertido?

—Al principio pensé en eso como un terrible castigo, pero ahora veo que esto era lo que tenía pensado ser —continuó Lorian—. Pues bien, esto ha sido encantador, pero tengo trabajo que hacer. Disfruten su viaje. Sugiero que estén a tiempo para su transporte. La seguridad aquí debe estar muy ajustada, para protegernos. Si se quedan más tiempo de lo autorizado por sus pases, podrían tener algunos problemas.

Qui-Gon supo que estaban siendo amenazados—. Los Jedi están acostumbrados a los problemas —le contestó.

Lorian le miró penetrantemente—. Tengo una brillante idea. Por mis antiguos lazos con los Jedi, les ayudaré. Les proveeré de escoltas para asegurarme de que logren llegar al transporte a tiempo. Las calles de Rion pueden ser confusas para los visitantes.

—No es necesario —dijo Qui-Gon.

—Ahora, ahora, no me agradezcas —dijo Lorian firmemente—. Está hecho.

Los dos oficiales de seguridad siguieron detrás de los Jedi cuando hicieron su camino de regreso a la plataforma de aterrizaje.

—Lorian Nod parecía bastante insistente en que partiéramos —dijo Obi-Wan.

—Nunca me gustó que me mostraran la salida —contestó Qui-Gon. Obi-Wan captó su significado y sonrió abiertamente.

—¿Debemos perderlos?

—En un minuto. ¿Notas algo, padawan? Desde que llegamos, cada vez hay más oficiales de seguridad en las calles. De algún modo, dudo que esto tenga algo que ver con nosotros.

— ¿Piensa usted que hay una alerta? —preguntó Obi-Wan. Qui-Gon se dirigió a los oficiales detrás de ellos—. Rion es una ciudad bella.

—Sí, nos enorgullecemos de nuestro mundo natal —dijo uno de ellos rígidamente.

—Los ciudadanos parecen felices.

—Saben que habitan el mejor planeta en la galaxia —dijo él.

—Me dicen —continuó Qui-Gon en tono agradable —que al parecer tienen muchos crímenes en su capital.

El oficial se puso rígido—. No hay ningún crimen en Rion.

— ¿Entonces por qué veo tantos oficiales de seguridad? —preguntó Qui-Gon.

—Circunstancias extraordinarias —contestó él, frunciendo el ceño—. Hay una Orden de Amenaza Excepcional. Un enemigo del estado se ha escapado de prisión. Cilia Dil es muy peligrosa. Los oficiales de seguridad la están buscando.

—Lo veo —dijo Qui-Gon—. ¿Cuál fue su crimen?

—Ya les he dicho suficiente —el oficial chasqueó los dedos—. Apresúrense o perderán su transporte. Si eso ocurre, serán arrestados.

— ¿Arresta a las personas por demorarse? —preguntó suavemente Qui-Gon.

—No sea ridículo. Por quedarse más tiempo del permitido por su pase.

Delante, un enorme vehículo descargaba un cargamento de la plataforma de un repulsoascensor. El tráfico se congestionaba detrás del largo vehículo, y los peatones bajaban a la calle para lograr pasar por allí. Qui-Gon indicó a Obi-Wan el desorden de enfrente con un simple cambio de miradas. Obi-Wan no asintió ni dio señal alguna, pero Qui-Gon supo que su aprendiz estaba listo.

Cuando se acercaron al vehículo, Qui-Gon utilizó la Fuerza para agitar una columna de cajas precariamente apiladas. Los productos rodaron en la calle mientras los trabajadores gritaban y maldecían.

Los peatones pisaron los productos, triturándolos contra el pavimento y haciendo a los trabajadores gritarles airadamente. Qui-Gon y Obi-Wan saltaron. La Fuerza los impulsó sobre el desorden, los ciudadanos y los trabajadores, dejando atrás a los oficiales de seguridad.

Llegaron a la calle y corrieron, echando a un lado a los peatones que de un salto, salían rápidamente de su camino. Doblaron en una calle más pequeña, silenciosa, luego en otra y otra. Pronto, Qui-Gon estaba seguro de haber perdido a sus perseguidores.

— ¿Ahora qué? —preguntó Obi-Wan.

—Digo que encontremos a Cilia Dil —propuso Qui-Gon—. Es probable que tenga muchas cosas interesantes que decirnos.

—Pero un ejército entero de Guardianes la está buscando —dijo Obi-Wan—. ¿Cómo podremos encontrarla?

—Es un buen punto, mi joven aprendiz —dijo Qui-Gon—. En tal caso, se hace más razonable crear una situación donde ella nos pueda encontrar.

No tardarían demasiado en averiguar más acerca de Cilia Dil. Aunque nadie les hablaría directamente, temerosos de que fueran espías, las conversaciones serían fácilmente escuchadas de casualidad, y todo el mundo hablaba de la rebelde que había escapado. Qui-Gon no se sorprendió al descubrir que la conversación que casualmente habían oído esa mañana había sido sobre Cilia, y que Jaren era su marido.

Él vivía en medio de la ciudad, en un enorme edificio con muchos apartamentos. El Jedi hizo una pausa, fingiendo mirar en una ventana de la tienda al final del bloque.

—Hay vigilancia en el techo —dijo Obi-Wan—. Pero sólo observan la puerta principal. Podemos venir por detrás, bajar al callejón, y encontrar una ventana al costado.

—Es exactamente lo que quieren que hagamos —dijo Qui-Gon—. Mira de nuevo.

Tomó sólo un momento para que Obi-Wan explorara el área otra vez. Parecía alicaído, como si hubiera decepcionado profundamente a Qui-Gon—. Veo un destello en una ventana de al lado, mirando desde lo alto el callejón. Electrobinoculares. Vigilan el callejón, también. Lo siento, Maestro.

No era común que Obi-Wan se disculpara por una iniciativa. Siempre había absorbido las pequeñas lecciones de Qui-Gon sin hacer comentarios. No volvería a cometer el mismo error otra vez.

¿Cómo puedo devolverle su confianza?, se preguntó Qui-Gon.

— ¿Qué propone usted? —preguntó Obi-Wan.

— ¿Tienes alguna idea? —preguntó Qui-Gon, hincándole amablemente.

Pero Obi-Wan no aventuraría otro plan. Apretando sus labios, negó con la cabeza. Qui-Gon notó que temía decepcionarlo otra vez.

Qui-Gon enterró su suspiro en una exhalación de aliento, mientras miraba el cielo sobre ellos—. Es tarde. El fin de un día de trabajo. Sugiero que busquemos nuestra ventaja en la rutina.

—Los trabajadores y las familias volverán a casa —dijo Obi-Wan.

—Así es, veamos lo que ocurre —estuvo de acuerdo Qui-Gon.

Al principio era sólo un hilo de transeúntes, pero en unos minutos la calle estaba atestada de personas que regresaban a sus casas. Transportes repulsores saturados de trabajadores se detuvieron para abrir sus puertas y más seres fluyeron sobre las calles.

Qui-Gon y Obi-Wan merodearon fuera de una tienda cerca del edificio de Jaren Dil. No tuvieron que esperar mucho tiempo. Pronto una madre y un grupo de niños descendieron a la calle. La madre llevaba un saco de comida y varias otras bolsas, mientras sus niños corrían alrededor de sus piernas, con la alegría de ser liberados de la escuela. Se detuvieron por un momento en la rampa de entrada fuera del edificio. Uno de los pequeños niños, soñando despierto, casi fue arrollado en el mar de personas sobre la acera. Qui-Gon avanzó rápidamente y lo recogió. Se reunió con el grupo en la rampa. Obi-Wan lo siguió rápidamente.

—Tyler —la madre le regañó duramente—. ¡Qué desobediente! Trató de alcanzar al niño mientras, palpando, buscaba su tarjeta de entrada. Obi-Wan levantó varias bolsas de sus brazos para ayudarle.

—Déjeme llevarlo —dijo Qui-Gon, haciéndole una cara chistosa al niño—.Nos hemos hecho amigos.

La madre le agradeció con gratitud mientras insertaba su tarjeta de entrada. Obi-Wan maniobraba las bolsas y puso una mano en el hombro de otro niño. Para un observador, parecería que los Jedi eran simplemente otros dos miembros de la familia.

Ayudaron a la madre hasta su puerta y les dijeron adiós a los niños.

No había un turboascensor, y tuvieron que subir las escaleras para llegar al último piso. Qui-Gon llamó cortésmente a la puerta, la cual fue abierta por un hombre alto con ojos tristes.

— ¿Es usted Jaren Dil? —preguntó Qui-Gon.

Él asintió con la cabeza cautelosamente.

—Hemos venido por su esposa —dijo Qui-Gon.

Jaren Dil bloqueó la puerta. A pesar de que era casi un metro más bajo que Qui-Gon y tan delgado que estaba casi demacrado, no pareció intimidarse—. No sé nada de la fuga de mi esposa.

—Queremos ayudar —dijo Qui-Gon.

Una sonrisa sinuosa tocó los labios de Jaren, y luego desapareció—. Se sorprenderían —dijo él suavemente —cuan a menudo hemos escuchado esas palabras. Siempre dicen que tienen el deseo de ayudar.

—Somos Jedi —dijo Qui-Gon, mostrando la empuñadura de su sable de luz—. No somos Guardianes.

—Sé que no son Guardianes —dijo Jaren—. Pero no sé quiénes son ustedes, o quiénes son sus amigos. Espero ser arrestado de un momento a otro. Mi crimen es estar casado con Cilia Dil y no traicionarla.

—Me gustaría que le lleve un mensaje a ella —dijo Qui-Gon.

—No he visto a Cilia desde que estaba arrestada. No tenía permitida las visitas. No sé donde…

Qui-Gon interrumpió—. Dígale que los Jedi quieren ayudarla. Qui-Gon alcanzó el comunicador de Jaren, que estaba enganchado en su cinturón. Puso su clave—. Le he dado a usted una forma para contactarme. La encontraremos en cualquier lugar, donde ella quiera.

Jaren no dijo nada. Se marcharon dando media vuelta, escalera abajo. No oyeron la puerta cerrarse hasta que estuvieron fuera de vista.

—No confía en nosotros —dijo Obi-Wan.

—Sería estúpido si lo hiciera. Está acostumbrado a la traición.

—De todos modos, ¿por qué piensa usted que ella nos contactará? —preguntó Obi-Wan.

—Porque en las situaciones más difíciles, los desesperados piden ayuda a quien la ofrece. El hecho que seamos Jedi está a nuestro favor. Lo discutirán. Luego ella nos contactará.

—Parece estar seguro de eso —dijo Obi-Wan—. ¿Cómo lo sabe?

—No tienen nadie más a quien recurrir —dijo Qui-Gon.

Fue una suerte para ellos que una búsqueda a gran escala tuviera lugar para atrapar a Cilia, de modo que la captura de los Jedi no era una alta prioridad. Era por eso que los guardias alrededor de la casa de Jaren no notaron cuando se marcharon. Qui-Gon y Obi-Wan caminaron por las calles, renuentes a sentarse en un café o aun en un banco de un parque. Necesitaban moverse con facilidad en caso de que fuesen descubiertos. Los oficiales de seguridad patrullaban, pero fueron capaces de evadirlos.

El anochecer cayó de la misma manera que una cortina púrpura. Las sombras se alargaron y se volvieron de un color azul profundo. Cubiertos por la oscuridad, se sintieron otro poco más seguros. Qui-Gon comenzaba a preguntarse si se había equivocado, y si Cilia no los contactaría. Entonces, el comunicador parpadeó.

— ¿Qué es lo que piensa usted que puede hacer por mí? —preguntó una voz propia de una mujer.

—Cualquier cosa que necesite —contestó Qui-Gon.

Hubo un breve silencio—. Voy a hacerle cumplir eso.

Qui-Gon se maravilló que Cilia pudiera sonar humorística después de escaparse de una notable prisión—. Dígame donde y cuándo la podemos ver.

Cilia mencionó un pequeño puente peatonal cruzando el río y a medianoche. Qui-Gon y Obi-Wan habían pasado el puente varias veces en el día en su viaje alrededor de la ciudad. Estaban cansados más tarde esa noche mientras caminaban hacia allí y se paraban al borde de la cornisa, fuera del alcance de las luces resplandecientes. La ciudad guardaba silencio. La mayor parte de los ciudadanos estaba en casa. Escuchaban sólo el chapoteo suave del río contra las piedras del puente.

Pero de todas maneras Qui-Gon sintió que Cilia estaba cerca, lo suficientemente cerca como para oírles.

—También puedes confiar en nosotros —dijo en voz alta.

Una respuesta llegó desde debajo del puente—. Es un poco prematuro en nuestra relación.

Qui-Gon se dio cuenta de que Cilia debía estar en un pequeño bote, pero no se inclinó para mirar.

—Pues bien, has venido a vernos —dijo Qui-Gon—. Tomaré eso como una señal.

Repentinamente una forma oscura saltó desde abajo del puente y aterrizó cerca de ellos. Cilia estaba vestida con un traje impermeable, y su pelo corto estaba alisado detrás de sus orejas. Era diminuta y esbelta. Los huesos de sus muñecas se veían tan delicados como un pájaro. El corte de sus pómulos creaba huecos en su cara. Sus ojos eran del color azul oscuro de un río. Debajo de ellos había círculos oscuros, marcas de su sufrimiento.

— ¿Por qué quiere ayudarme? —preguntó ella.

—Lorian Nod fue entrenado como Jedi una vez —dijo Qui-Gon—. Él ha traído problemas a este mundo. Digamos que los Jedi les deben su apoyo a los habitantes de Junction-5.

—¿Se entrenaba para ser un Jedi? Eso podría explicarlo todo. Él parece saber cosas… cosas que no podría conocer, ni siquiera a través la vigilancia. —Cilia apartó a la fuerza un mechón de su cabello que había caído sobre su frente—. Tengo un plan. Un poco de ayuda Jedi sería bienvenida. Sin embargo, será peligroso.

—Esperaré entonces —dijo Qui-Gon.

—He reunido un equipo para viajar a Delaluna —dijo Cilia—. Nuestra idea es irrumpir en el Ministerio de Ofensiva y Defensiva para robar los planos del Annihilator. No podemos confiar en nuestro gobierno para actuar, obviamente están paralizados por el miedo, temen que la acción conduzca a la reacción. Pero si tomamos los planos, quizá podamos encontrar la forma de defendernos del arma. Y si los ciudadanos se sienten libres otra vez, el gobierno represivo no tendrá razón para existir, y podremos modernizar la sociedad para hacerla más justa.

—Llamar *peligroso* a esto, es demasiado suave —dijo Qui-Gon—. Yo le sumaría difícil y temerario.

Cilia puso un pie en la verja de hierro, lista para saltar de regreso al río.

—Cuente con nosotros —dijo Qui-Gon.

CAPÍTULO 16

Pasaron la noche en el escondite de Cilia, una casa de refugio en las afueras de la ciudad. Cilia desapareció en un cuarto interior, dejando abandonados a Obi-Wan y Qui-Gon para compartir el espacio en un pequeño cuarto desnudo, pintado de un sorprendente color rosado. Ellos desenrollaron sus bolsas de dormir y se acomodaron sobre el duro piso.

— ¿Maestro —murmuró Obi-Wan —deberíamos contactar al Consejo?

— ¿Para qué? —preguntó Qui-Gon.

—Pues bien, estamos a punto de entrar por la fuerza al edificio del gobierno de otro planeta y robar los secretos de un estado federal —dijo Obi-Wan —El Maestro Windu puede ponerse susceptible acerca de cosas como esa.

—Precisamente por eso no deberíamos molestarlos. Le hablaré al Consejo después de que la misión termine. No te preocupes, Obi-Wan. El Consejo no tiene que saber cada maniobra que nosotros hacemos, ni quiere. Te preocupas demasiado.

—Usted no sabe lo que pienso todo el tiempo —expresó con un gruñido Obi-Wan.

—No todo el tiempo —dijo Qui-Gon —pero en este momento lo hago.

— ¿En qué estoy pensando, entonces?

—Estás pensando acerca de esa empanada en la cantina, que desearías haber tenido tiempo para acabártela.

Obi-Wan gimió y volvió su rostro hacia su bolsa de dormir—. Estoy demasiado hambriento para discutir. Me voy a dormir.

Qui-Gon sonrió en la oscuridad. La respiración de Obi-Wan se volvió constante, y pronto se quedó dormido.

Qui-Gon se enrolló en su manta y miró fijamente al techo. Hojuelas de pintura peladas en la superficie, revelaban una primera mano de pintura oscura entre marrón y verde. Había forjado su propio camino, separado de Dooku, pero guardaba algunas de las lecciones que él le ha había dado. Cierta independencia del Consejo facilitaba las cosas en una misión. Después sería otra historia. Obi-Wan tenía razón. El Consejo no aprobaría que se hubieran unido a la incursión planeada por Cilia.

Qui-Gon estaba impresionado por la organización de la resistencia. Cilia habían organizado el transporte para el equipo y aun más, había obtenido tarjetas de identificación de trabajador del Ministerio de Ofensiva y Defensiva de Delaluna.

—Debiste haber planeado esto durante mucho tiempo —dijo Qui-Gon.

Cilia asintió con la cabeza cuando subía al transporte—. Lo planee mientras estaba en la prisión. Estaba cansada de la protesta tranquila. Necesitamos dar un solo golpe… y ganar.

— ¿Cómo te comunicaste con tu grupo? —preguntó Qui-Gon—. Tu marido dijo que no tenías visitas en la prisión.

—La resistencia tiene muchos amigos —dijo Cilia, introduciendo las coordenadas—. Había un oficial de Los Guardianes en la prisión que pasaba de contrabando los

mensajes. Se había unido a Los Guardianes y luego se desilusionó. Dijo que había otros como él. Es por eso que tengo esperanzas.

El transporte despegó y se movió a gran velocidad hacia Delaluna. El viaje no era largo, y pronto habían salido del vehículo en una plataforma de aterrizaje fuera de la ciudad capital de Levan.

Cilia habían mantenido reducido al grupo. Además de los Jedi, había un experto en seguridad llamado Stephin, y un especialista en armas llamado Aeran.

Sus pases funcionaron, lo que eliminó una de las preocupaciones de Qui-Gon. El ministerio era un lugar de trabajo donde todos se movían apresuradamente, y no llamaron la atención cuando cruzaron los salones.

Cilia había aprendido de memoria el camino. Los llevó directamente a un turboascensor y bajaron a un largo pasillo en un ala separada del edificio.

—Conseguí el diseño de un amigo —dijo a Qui-Gon. —también hay sobre Delaluna algunos a quienes no les gusta esta situación—. Pasó los planos a Stephin.

Pronto alcanzaron el ala de Desarrollo de Armas. Cilia se detuvo. Pasó su tarjeta de identificación, pero las puertas no se abrieron.

— ¿Stephin?

—Se supone que es sólo para la tarjeta de acceso —dijo Stephin, dando un paso adelante.

Qui-Gon se había dado cuenta de la situación en una mirada—. Es ahora un código de retina y diario.

— ¿Código diario? —Stephin negó con la cabeza—. Estamos perdidos. Puedo descifrarlo, pero eso me tomaría horas. Además, no tengo una unidad central conmigo.

Qui-Gon admiraba la frescura de Cilia. Ella no demostró su exasperación. Su piel pareció apretarse sobre los pómulos afilados—. Estamos aquí —dijo—. No me marcharé sin esos planos. Tenemos que encontrar algún otro camino

—No tenemos que entrar en el ala segura nosotros mismos,—dijo Qui-Gon—. no si podemos llegar a través de un ordenador.

Cilia le miró interesada—. ¿Cómo?

—Necesitamos llegar a la única persona que tiene acceso a todos los archivos y documentos en el sistema —contestó Qui-Gon.

—El Director —agregó Cilia—. Por supuesto. Sin embargo, no sé que clase de seguridad tiene él.

—Averigüémoslo. —Qui-Gon indicó a Cilia que enseñara el camino.

Regresaron al ala principal del Ministerio. La oficina de dirección estaba detrás de un frío panel. Un asistente se sentaba detrás de un escritorio. Más allá de él se encontraba otra puerta.

—Sin duda el asistente tiene un botón de alarma por si intentamos entrar a la fuerza —dijo Stephin—. Y no tenemos forma de saber si el director está en su oficina o no.

Siguieron caminando, intentando evitar llamar la atención. Al final del pasillo, Cilia frunció el ceño—. Tenemos que conseguir que ambos salgan de la oficina. Necesitamos una distracción.

—Creo que podemos ayudarte con eso —dijo Qui-Gon, haciendo señas a Obi-Wan.

Se apartaron de los demás. Delante, debajo de un corredor lateral, Qui-Gon ya había visto lo que estaba buscando: La Oficina de Seguridad Interna.

— ¿Qué hacemos? —murmuró Obi-Wan.

—Tú eres un empleado nuevo —le dijo Qui-Gon—. solamente debes estar tan confundido como te sea posible y me dejas el resto a mí.

Qui-Gon había descubierto que todos los oficiales de seguridad, tanto en las corporaciones como en las oficinas de gobierno, eran básicamente iguales en un aspecto: temían ser despedidos.

Caminó a grandes pasos hacia adentro y exploró la habitación. Las pantallas de seguridad delineaban a dos paredes, y el panel del equipo de tecnología era tan grande como el cuarto. Tal como había esperado, había sólo un técnico allí. Un hombre corpulento se levantó desde donde ociosamente jugaba un solitario de sabaac.

—Pensé que iba a indicarle el camino —dijo Qui-Gon, indicando a Obi-Wan—. Su nuevo empleado. Despacho desde arriba.

— ¡Soo!, no te apresures, astuto —dijo el hombre corpulento—. Exactamente, ¿quién crees que eres?

—El asesor de seguridad de Industrias Constant —dijo Qui-Gon—. Supongo que el director no le comunicó que fui contratado.

El corpulento hombre parecía un poco indeciso—. ¿Credenciales?

Qui-Gon mostró su tarjeta de identificación—. Busca en la computadora. O llama a la oficina del director.

—Soy experto en vigilancia de seguridad sobre armas —explicó Obi-Wan—. ¿Entrenado en el Instituto de Tecnología? Se supone que me ocuparé del monitoreo de los sistemas internos y coordinaré el equipo de respuesta armada.

—Espera un segundo. Soy el jefe de sistemas internos —dijo el hombre corpulento.

Obi-Wan se encogió de hombros y miró a Qui-Gon.

—Ya no, supongo —dijo Qui-Gon—. Echémosle un vistazo a lo que usted tiene aquí.

—Ahora, espere un momento —dijo el hombre—. Usted no puede entrar aquí y…—

—Correcto, correcto, tiene absoluta razón. El ejercicio de seguridad se acerca. Se supone que monitoreamos atentamente eso.

—No tenemos programado un ejercicio de seguridad.

—Es mejor que verifique eso —dijo Obi-Wan.

—Había un sistema experimental anulado y uno de tecnología cruzada con una interferencia de monitor que quemó el subsistema. Déjeme mostrarle —dijo, inclinándose sobre los paneles.

— ¡No puede tocar eso!

—Espere un segundo. ¿Usted no preparó el ejercicio de seguridad? —Qui-Gon sacó su comunicador—. Será mejor notificar al director.

—¡Espere, espere!

—Puedo encargarme de eso —dijo Obi-Wan.

— ¡Lo haré! —dijo el hombre apartando a Obi-Wan de un leve empujón. Dio varios teclazos, y una alarma sonó.

—Atención, Ejercicio de Seguridad —anunciaba una voz—. Por favor, diríjanse a sus estaciones.

—Vamos —ordenó Qui-Gon a Obi-Wan—. Más vale que supervisemos el procedimiento. Debe ser un desastre.

—Pero, ¡esperen! —dijo el hombre corpulento llamándolos—. ¿Cuáles son sus nombres?

Multitudes de seres se habían volcado fuera, a los pasillos. Obviamente, acostumbrados a los ejercicios de seguridad, continuaron charlando cuando se trasladaron despacio a las salidas de los salones. Obi-Wan y Qui-Gon se abrieron paso entre la multitud.

Cilia los esperaba ansiosamente—. Apuesto a que ustedes hicieron eso —dijo ella.

—Sí. Más vale que avancemos o pareceremos sospechosos. ¿Alguien ha salido de la oficina del director? —Todavía no.

—Allí están —dijo Obi-Wan silenciosamente.

La puerta de la oficina del director se abrió, y algunas personas salieron en fila y fueron hacia la salida.

—Vamos, hagámoslo —dijo Qui-Gon.

Dejaron la oleada de gente y rápida y silenciosamente entraron al cuarto.

—Supongo que tienes aproximadamente tres minutos o menos —le dijo Qui-Gon a Stephin.

Stephin no se tomó el tiempo para contestar, pero inmediatamente entró en la oficina del director y accedió a su computadora. Oprimía las teclas rápidamente.

— ¿Puedes descifrarlo? —preguntó Cilia.

—Espérate... —Los dedos de Stephin volaban. Qui-Gon era bastante ducho en descifrar los métodos de seguridad de las computadoras, pero incluso él no podía seguir el código que ingresaba Stephin.

—Estoy en sus archivos personales —dijo Stephin.

—Nada fuera de lo normal… ¡soo! Mantén esa conexión. Encontré el archivo del *Annihilator*.—Presionó algunas teclas.

—Esto es extraño. Pensaría que habría varios archivos, pero hay uno solamente. —Un holoarchivo apareció—. Está subtitulado como *Información Errónea* —dijo él—. ¿Raro, no?

Cilia y Qui-Gon se inclinaron sobre Stephin para leer el archivo mientras Aeran miraba con atención por sobre ellos. Mientras tanto, Obi-Wan vigilaba.

Los ojos de Qui-Gon y Cilia se encontraron—. ¿Piensa que esto es en serio? —susurró ella.

—Creo que sí —dijo Qui-Gon—. Es increíble, pero tiene sentido.

—No creo eso —dijo Aeran lentamente.

— ¿Qué? —preguntó Stephin impaciente. Sus cabezas le impedían ver el holoarchivo.

— ¿Sabes que esa imponente arma capaz de arrasar a nuestra civilización entera no existe? —preguntó Cilia—. No hay ningún *Annihilator*.

— ¿Qué? ¿Cómo puede ser eso? —exclamó Stephin.

—Éste es un registro de la correspondencia entre el Director y el Gobernador de Delaluna —explicó Cilia mientras exploraba el archivo—. El Director del Ministerio se ha puesto al tanto de un rumor de que Delaluna ha desarrollado un arma temible. Admite que esto es falso, pero sugiere que saquen provecho del rumor.

—¿Por qué desaprovecharlo? —dijo Qui-Gon—. Esto los ayudará con su seguridad si los planetas piensan que son demasiado fuertes para atacar.

—Saben que alguna vez Junction-5 puso sus ojos en ellos y llegaron a pensar en colonizarlos —completó Aeran—. Así que, ¿por qué deberían dejarle saber a su enemigo de sus debilidades?

Cilia se torció irguiéndose, sus ojos oscuros ardían—. ¿Se dan cuenta de lo que esto significa? ¡Si no hay arma, no hay necesidad de que Los Guardianes existan! ¡No tendremos que oponernos a ellos, simplemente se desbandarán!

Qui-Gon estaba a punto de hablar, pero Obi-Wan le hizo señas.

—Droides de la Guardia se acercan —dijo—. Alguien debe saber que estamos aquí.

—Debemos escapar —dijo Qui-Gon a los demás—. Si somos capturados aquí, las noticias nunca podrán salir.

Cilia intentó alcanzar su bláster—. Estamos listos.

CAPÍTULO 17

Los droides en Delaluna eran pequeños, aerotransportados y rápidos, acondicionados con lanzadardos paralizantes y blásters. Qui-Gon no reconoció el modelo, pero en unos segundos había calculado la velocidad, dirección y alcances de los blásters.

Necesitaba proteger al grupo. Cilia y Aeran eran diestros y rápidos, pero Stephin obviamente no estaba familiarizado con las armas. Todavía, Qui-Gon tenía que asegurarse también de que obtuvieran pruebas de que el Annihilator no existía.

Obi-Wan debió haber tenido el mismo pensamiento. Desvió el fuego de blásters de los droides y saltó delante de Qui-Gon cuando tres droides se dirigieron hacia él. Qui-Gon alcanzó a teclear «*copiar archivo*» en la consola de la computadora. *ARCHIVO COPIADO* destelló intermitentemente en la pantalla. Extendió la mano para tomar el disco, cuando dos droides se dirigieron hacia él, flanqueándole de ambos lados.

Obi-Wan se movió antes de que Qui-Gon pudiese reaccionar. Saltó en medio del fuerte ataque, y su sable de luz, en un constante arco de movimientos, desviaba el aluvión de disparos de bláster. Qui-Gon tomó el disco y lo metió en su cinturón de utilidad, y entonces dio un barrido con el revés de su sable de luz que cortó un droide en dos y lo envió a estrellarse en un estropeado montón de circuitos metálicos retorcidos y fundidos.

Stephin se había refugiado detrás de un escritorio y se asomó para abrir fuego con su bláster en un patrón aleatorio que sólo ocasionalmente le daba a un droide aerotransportado. Cilia y Aeran lucharon espalda contra espalda, cubriéndose mutuamente mientras se movían hacia la puerta, confiando en que los Jedi se harían cargo del resto de los droides.

Obi-Wan se lanzó sobre un escritorio, arremetiendo con una patada cuidadosamente aplicada contra un droide, enviándolo a chocar contra la pared y partiéndolo en pedazos. Al mismo tiempo le dio un golpe a uno a través de otro. Qui-Gon eliminó a dos droides con un veloz golpe y se movió para traer a Stephin, mientras Cilia y Aeran ponían fuera de combate a otros dos droides que zumbaban a través del portal.

— ¡Allí están! —gritó el oficial de seguridad, señalando a Qui-Gon y a Obi-Wan.

—Hora de irnos, padawan —dijo Qui-Gon. Empujó a Stephin delante de él, girando para rechazar una nueva ráfaga de fuego de bláster que venía desde atrás.

Obi-Wan se movió y con un corte de su sable de luz eliminó a un droide, que aterrizó contra la puerta. El oficial de seguridad dio un paso atrás, sin poder intervenir. Esperó que los droides combatieran por él.

Con un empujón de Fuerza, Qui-Gon hizo a volar al oficial. El hombre se desplomó sobre el piso, aturdido y sin poder levantarse.

—Hay una salida de emergencia —dijo Cilia, sacudiendo con fuerza su barbilla hacia un corredor lateral—. Debería estar abierta, ya que estamos en medio de un ejercicio.

Los trabajadores comenzaban a regresar al edificio. Aprovecharon la confusión separándose y perdiéndose en medio de la multitud. Qui-Gon y Obi-Wan siguieron a

Cilia cuando su delgada figura zigzagueó a través de la muchedumbre, encaminándose resueltamente hacia la salida.

Salieron. El cielo se había oscurecido y amenazaba una fuerte lluvia. Algunas gotas repiqueteaban contra del edificio.

Delante, en la oscuridad del cielo, Qui-Gon vio una luz. Se movía rápidamente, volando mucho más bajo que las nubes.

—El vehículo de seguridad —dijo suavemente—. Sería mejor que llegáramos a nuestra nave.

Por la lluvia, muchos peatones se habían trasladado a los pasillos protegidos que abrazaban los edificios y las tiendas. Un gran pabellón en lo alto clos ubría del aguacero cuando éste comenzó. Qui-Gon y los demás apuraron el paso a lo largo de este camino.

El alerolos protegió de la nave de seguridad. La multitud sirvió como camuflaje adicional. Su nave no estaba lejos. Subieron y Cilia puso en marcha los motores. Salieron disparados en el oscuro cielo, pasando como un rayo hacia Junction 5.

Cilia dejó escapar un grito de alegría por el éxito—. Lo hicimos. ¡Lo hicimos!

Stephin negaba con la cabeza—. Todavía no puedo creer que no exista el Annihilator.

—Esto es todo lo que necesitamos para acabar con este régimen de terror —dijo Cilia—. Podemos ir directamente al Ministro Ciran Ern y decirle que el Annihilator es un engaño. Disolverá a los Guardianes.

—Podemos liberar a nuestros ciudadanos del miedo y el terror —dijo Aeran—. Es casi demasiado como para creer.

—Sugiero que antes de que hagan cualquier cosa, se hagan una pregunta más importante —dijo Qui-Gon—. Los rumores no surgen del aire. ¿Si el Annihilator es un engaño, quién es el responsable?

Los demás hicieron una pausa.

— ¿Tiene importancia quién lo hizo? —preguntó Aeran.

—Temo que tiene muchísima importancia —dijo Qui-Gon suavemente—. Déjame hacerte otra pregunta. ¿Cuándo subió al poder Lorian Nod?

—Ocho años atrás —contestó Cilia.

—Y los rumores se remontan a…

La cara de Cilia cambió. El rubor de felicidad se fue agotando, y se fue poniendo pálida.

—Nueve años —dijo ella.

—Y ¿quién se benefició más del Annihilator?

La cara de Cilia se endureció. —Los Guardianes. Se apoderaron del control—. Lo miró astutamente. —Así que usted piensa que Lorian Nod echó a rodar el rumor.

Qui-Gon asintió con la cabeza—. Sí. Es una forma incruenta de tomar el poder. Crean algo a lo que la población teme bastante y ellos entregarán el control a quienquiera que aparezca con una solución.

—Sí, al principio Lorian pareció ser nuestro protector —dijo Aeran.

—Se dice que Ciran Ern es un títere de Lorian Nod —dijo Cilia.

— ¿Qué les hace pensar que él dejaría conocer la verdad? —preguntó Qui-Gon—. Tiene mucho miedo de Lorian, y Lorian ciertamente se enterará. Les garantizo que estarán denunciados como locos o espías, y serán enviados a prisión otra vez.

— ¿Y entonces que hacemos? —preguntó Stephin.

—Deben pasar por encima de los gobernantes y le deben decir a los ciudadanos —dijo Qui-Gon.

—Imposible —dijo Aeran—. Los Guardianes controlan todas las comunicaciones.

—Eso es lo que lo hace posible —contestó Qui-Gon después de una pausa de un momento—. Debemos tomar el control de ese sistema. Debemos descubrir cómo funciona y donde está.

—Yo sé cómo trabaja —dijo Stephin—. Fui parte del equipo original de diseño. El control central está dentro del Edificio de los Guardianes. Es imposible entrar por la fuerza.

Cilia asintió con la cabeza—. El Complejo de los Guardianes está fuera de nuestro alcance. La seguridad es perfecta.

—Ninguna seguridad es perfecta —dijo Qui-Gon—. Puedo garantizar una forma para entrar.

Los demás le miraron. Obi-Wan sonrió. Ya sabía la respuesta.

—Debemos quedar arrestados —dijo Qui-Gon.

CAPÍTULO 18

Con un enjambre de Guardianes por toda la ciudad, Cilia, Stephin, Qui-Gon y Obi-Wan no tuvieron que esforzarse mucho para ser arrestados. Todos eran buscados. Sobre Aeran no había ninguna orden especial, pero como especialista de armas, sus habilidades ya no eran necesarias. Prometiendo poner en alerta a la resistencia para un gran anuncio, él los dejó.

Qui-Gon sugirió que para ahorrar tiempo, deberían hacer lo que Lorian esperaba que hicieran. Cilia fingió tratar de ver a su marido. Ella y Stephin trataron de entrar a hurtadillas al departamento de Jaren yendo por sobre los tejados. En unos momentos fueron rodeados por Guardianes encubiertos. Cuando Jaren la vio, palideció, y su esposa fue llevada otra vez a la prisión.

Cuando tuvieron la seguridad de que Cilia y Stephin habían sido atrapados, Qui-Gon y Obi-Wan se encaminaron hacia un sector de la ciudad conocido por ser un lugar de reunión de la resistencia. Allí fueron apresados casi inmediatamente.

Qui-Gon y Obi-Wan fueron guiados al Complejo de Los Guardianes, donde fueron alojados en una celda preventiva. Cilia y Stephin ya estaban allí.

—El Guardián Nod será informado de su captura después de la conferencia que dará al planeta —dijo el oficial, colocando el cerrojo de seguridad. La puerta de duracero sonó como campana cuando se cerró.

— ¿Qué conferencia al planeta? —preguntó Obi-Wan a Cilia y Stephin.

—Nod las brinda de vez en cuando —dijo Cilia—. Usualmente tiene que ver con alguna nueva alerta acerca del Annihilator que requiere medidas más estrictas de seguridad. ¡Ahora sabemos qué engaño es esto!

— ¿Cómo es la conferencia emitida por radio? —preguntó Qui-Gon.

—Sale simultáneamente en las pantallas de datos y video por todo el planeta —explicó Stephin. —hay un estudio aquí mismo en el Complejo de los Guardianes.

— ¿Podrías ingresar esto a las líneas de entrada? —preguntó Qui-Gon, sosteniendo en alto el disco que contenía la información que habían visto en Delaluna.

Stephin asintió con la cabeza—. Seguro. Pero tendríamos que salir de aquí y en un área segura. Sin embargo, todas las líneas de entrada del estudio operan desde la consola central de información.

—Hablando de ello, ¿cómo vamos a conseguir salir de aquí? —preguntó Cilia.

—Eso no será difícil —dijo Qui-Gon apartando a un lado su túnica y dejando ver su sable de luz.

— ¿Pero… no fue usted registrado? —preguntó Stephin.

—Tenemos formas de distraer la atención —les dijo Obi-Wan. Él y Qui-Gon habían utilizado la Fuerza para distraer a los guardias de sus sables de luz durante la requisa.

Los Jedi encendieron sus sables de luz y los hundieron en la puerta de duracero. El metal derretido se despegó emitiendo una intensa luz, mientras ellos avanzaban por el

agujero. El corredor estaba vacío, pero notaron por una luz intermitente, que una alarma silenciosa había sido activada.

Qui-Gon miró hacia atrás en el profundo agujero—. Pierdes el elemento sorpresa, pero es una salida rápida.

—Tendremos que movernos rápido —dijo Cilia.

Bajaron corriendo por el pasillo. Cilia y Stephin conocían muy bien el complejo, y los condujeron por un laberinto de pasillos traseros hacia la estación de la computadora central. Estaba vacío, pero la puerta tenía un cerrojo de alta seguridad. A través del vidrio, podían ver una hilera de videopantallas. Lorian Nod ya había comenzado su discurso.

— ¿Cuánto tiempo te tomará hacer puente en los circuitos y conectarte a la señal? —preguntó Qui-Gon.

—Difícil de decir —contestó Stephin—. Tres minutos. Tal vez cuatro.

—La alarma se apagará tan pronto como entremos a la fuerza —dijo Qui-Gon—. Entonces podrán precisar nuestra ubicación. Simplemente haz lo mejor que puedas. Nosotros cuidaremos de cualquier cosa que venga.

Cilia y Stephin asintieron con la cabeza para decirles que estaban listos. Qui-Gon y Obi-Wan usaron sus sables de luz para atravesar la puerta. Inmediatamente, una luz roja comenzó a pulsar. Cuando atravesaron el portal, otra luz indicadora comenzó a parpadear.

Ahora podían oír la voz de Lorian Nod.

—. .. *Y es con gran renuencia que me presento ante ustedes ahora. Aún con malas noticias, podemos consolarnos en el hecho de que somos fuertes y capaces de protegernos a nosotros mismos de la gran amenaza…*

Stephin corrió hacia la consola. Sus dedos comenzaron a volar. Qui-Gon le dio el disco y comenzó a vigilar el portal, con su sable de luz listo para ser usado.

Tomó solamente unos segundos antes que los droides llegaran. Qui-Gon no tenía dudas de que serían seguidos por guardias armados. Obi-Wan saltó delante de él, con su sable de luz brillando intermitentemente. Se movieron al mismo tiempo, en condiciones de cubrirse mutuamente, sabiendo cuándo pasaría el otro a la ofensiva. Era una circulación que Qui-Gon recordó, cuando supo lo que su aprendiz haría antes de que Obi-Wan lo hiciera. La Fuerza se levantó alrededor de ellos, reuniéndolos para que se sintiese como calor y luz, haciendo fácil cada maniobra.

En un momento, los droides estropeados y humeantes se esparcían como basura sobre el piso.

—Estrellas y galaxias —suspiró Cilia, que no había tenido tiempo para extraer su propio bláster…

—Tres minutos más —murmuró Stephin.

— *…Estamos rastreando a un grupo de espías que piensan subvertir nuestra sociedad, atacando nuestra seguridad misma. Gracias a los Guardianes, estaremos a salvo de ellos y sus planes….*

—Estoy entrando los códigos del disco ahora —dijo Stephin.

—La información se mostrará en la pantalla —dijo Cilia—. ¿Pero lo creerán los ciudadanos?

—Deja encendido el audio —dijo Obi-Wan a Stephin. Obi-Wan pronunció las palabras resueltamente, de igual forma que una orden. No miró a Qui-Gon. Estaba totalmente enfocado en el momento, sobre un problema al alcance de la mano.

Qui-Gon sintió una oleada de satisfacción. Era como si Obi-Wan hubiera dado un paso en un viaje a su pasado. Perplejo, Stephin inclinó la cabeza.

Qui-Gon oyó el sonido de botas cayendo pesadamente sobre el piso del pasillo—. No tomes vidas —fue todo lo que le dijo a Obi-Wan. Si pudiesen lograr esto sin pérdida de vidas, sería un buen día.

— *…Que un potencial nuevo disparo del Annihilator ha sido descubierto.*

Los oficiales de seguridad entraron con estruendo, con sus blásters produciendo un sonido metálico y electrolanzas balanceándose.

— ¡Quédate detrás nuestro! —gritó Qui-Gon a Cilia, que se aprestaba a combatir y había dado un paso adelante.

El fuego de los blásters era frenético. Qui-Gon saltó y se enroscó, intentando estar en todo lugar inmediatamente. Obi-Wan se movió para proteger a Stephin. Los guardias estaban bien entrenados para la batalla. Se mantuvieron constantemente en movimiento, utilizando sofisticadas maniobras de flanqueo. Qui-Gon se dio cuenta de que el entrenamiento en el Templo le había venido bien a Lorian.

Pero los oficiales de seguridad no eran Jedis todavía. Qui-Gon y Obi-Wan los podían mantener a raya. Escuchó más botas pasando con estruendo por el pasillo y el zumbido distintivo de los droides que se acercaban.

Sí, ellos podrían mantener a raya a los atacantes, ¿pero si cada vez llegaban más, cuánto tiempo más pasaría antes de que el fuego de los blásters los alcanzara?

Qui-Gon pudo ver que la misma idea se le había ocurrido a Obi-Wan. Su Padawan no flaqueó, sino que un renovado estallido de energía lo hizo dar vueltas en arco. Desvió el fuego de los blásters al tiempo que destruyó dos droides que llegaban con una patada bien colocada.

Entonces, el momento que Qui-Gon estaba esperando llegó. La imagen de Lorian Nod se confundió y se partió en pedazos. Un memorando brilló intermitentemente desplegado en la pantalla.

Stephin había podido mantener la línea de audio abierta. La voz de Lorian Nod resonó.

— ¿Qué es eso? ¿Qué está ocurriendo? ¡Saquen eso de la pantalla!

INFORMACIÓN ERRÓNEA RELACIONADA A —ANNIHILATOR—

El título del memorando podía ser leído claramente. Más información fluyó cuando el holoarchivo se desplegó.

DESCONOCEMOS CÓMO O POR QUÉ ESTE RUMOR COMENZÓ…

— ¡Saquen eso de la pantalla! —gritó Lorian—. Tontos, ¿No ven lo que es? ¡Es una mentira!—

La concentración de los oficiales de seguridad se alteró. Qui-Gon vio sus ojos moverse a la deriva hacia la pantalla. Trataron de mantener el combate y estar al tanto de lo que se proyectaba en la pantalla.

Otra voz sobrevino de la emisión. — ¡Esto dice que no hay ningún Annihilator! — Debió haber sido otro oficial en el estudio el que lo dijo.

—Es un truco —dijo Lorian—. Los espías…

—Es un documento oficial de Delaluna —dijo otra voz—. Miren el código del sello.

Todos los oficiales habían dejado la lucha. Clavaron sus ojos en la pantalla con incredulidad. Quienquiera que controlaba a los droides había hecho una pausa. Se detuvieron colisionando en el aire.

—Vámonos —dijo Qui-Gon a Obi-Wan.

Avanzaron velozmente por el pasillo. Después de las indicaciones que Stephin les había dado, fueron en carrera al estudio atravesando violentamente la puerta.

La cara de Lorian estaba oscurecida por la ira—. ¡Estás bajo arresto, Jedi!

—Creo que está en un error —dijo Qui-Gon serenamente—. Le estamos arrestando.

— ¡Ese arresto sólo puede ser ordenado por el presidente mismo! —dijo Lorian chasqueando los dedos—. ¡Guardias! Lleven fuera a estos Jedi.

Un guardia en medio de la habitación bajó su comunicador lentamente—. La orden de arresto ha sido dada —dijo—. Debo arrestarle a usted, Lorian Nod, por orden del Ministro Ciran Ern.

El color se escurrió lentamente de la cara de Lorian. Intentó sonreír, pero se notó como si le costara un gran esfuerzo.

Mirando a Qui-Gon y Obi-Wan, se encogió de hombros. —Qué extraña es la vida — dijo. —La galaxia es tan inmensa, pero no puedo apartarme de los Jedi. Han destruido mi vida otra vez.

CAPÍTULO 19

Lorian Nod estaba en prisión, esperando su juicio. Cilia no era más una heroína subterránea, sino una pública, que podía recorrer las calles con su marido. Los Guardianes habían caído en el desorden y el Ministro había prometido disolverlos.

Para los Jedi, era tiempo de partir.

Qui-Gon esperó en la plataforma de aterrizaje junto a Obi-Wan. Recordó su llegada al planeta mientras se preocupaba por lo que iba a venir con su aprendiz. Era verdad que extrañaba esa confianza pura, esa falta de sombras entre ellos. Había visto los defectos en Obi-Wan, y los defectos en sí mismo. Había visto hasta dónde los defectos de cada uno podían lastimar al otro y crear fisuras en sus relaciones, reventarles tal como un terremoto podría dividir el corazón mismo de un planeta.

Aún hay algo para ganar de esto, pensó Qui-Gon. Ahora su relación verdaderamente podía comenzar, pues habían visto lo peor de ella y ambos decidieron que lo que querían, lo más importante, era seguir juntos. No hubo traición. Qui-Gon supo que Dooku estaba equivocado: él no estaba solo.

—Dejar abierta la línea de audio fue una buena idea —le dijo a Obi-Wan—. Lorian quedó atrapado en sus negaciones.

—Pensé que podría decir algo que lo incriminara —dijo Obi-Wan.

—Le ordenaste a Stephin hacerlo —dijo Qui-Gon—. No me consultaste. Ni siquiera me miraste.

—Estoy apenado, Maestro…

—Hiciste lo correcto.

Qui-Gon vio el destello de satisfacción en los ojos de Obi-Wan. Ya no teme desagradarme, pensó Qui-Gon. Bien.

—¿Abordaremos? —preguntó Qui-Gon.

—Por supuesto, Maestro. —Obi-Wan hizo una pausa y dirigió anhelosamente la mirada a un patio de comidas—. ¿Pero podemos comer primero? Sonrió abiertamente—. Todavía estoy pensando acerca de esa empanada.

Qui-Gon se rió. Sí, su Padawan estaba de regreso. Y el niño estaba de regreso, también.

Ahora podrían comenzar de nuevo.

No se había dado cuenta de que el crucero a Naboo lo estaba llevando a lo que sería su última misión con Qui-Gon. Pero ambos sabían que llegaría el tiempo en que Qui-Gon le recomendaría para las pruebas. Obi-Wan sabía que estaba listo, pero no estaba dispuesto a dejar a su Maestro todavía. Estaba ansioso por ser independiente, pero se resistía a abandonar la protección, su alianza con Qui-Gon. No era aprensión lo que lo retenía, sino lealtad. Amistad. Amor. Habían hablado más en ese viaje de lo que alguna vez hubieran hablado antes. Qui-Gon había estado con un estado de ánimo raro, hablador, y habían recordado viejas misiones, viejos conocidos. Se habían reído de las cruzadas de Didi Oddo, el amigo que estaba siempre en problemas. Habían recordado a los leales

hermanos, Guerra y Paxxi, ahora cabezas de familias numerosas en su mundo natal de Phindar.

De vez en cuando una sombra cruzaba la cara de Qui-Gon, y Obi-Wan sabía que pensaba en Tahl, a quién había amado. Tahl había muerto durante una misión en New Apsolon a pesar de sus intensos esfuerzos para encontrarla y salvarla. El piloto bajó las luces para el sueño. Pero aún Qui-Gon y Obi-Wan no se movieron. Estaban sentados sobre sus asientos, renuentes a mudarse al área de sueño. Un silencio cayó entre ellos, tan sociable como siempre. En el silencio oscuro, Obi-Wan hizo la pregunta que había estado en su mente por muchos meses.

—Maestro, ¿puede usted decirme si hay algo de lo que carezco? ¿Algo que no puedo ver y sobre lo que debiera trabajar?

No podía ver claramente la cara de Qui-Gon ahora—. ¿Quieres decir un defecto, padawan?

—Así es. Usted me ha dicho que me preocupo demasiado, y he intentado trabajar sobre eso.

—Ah. ¿Quieres decir que te has preocupado por preocuparte mucho? La voz de Qui-Gon era ligera. Se estaba burlando de él.

—Puedo ser impaciente con seres vivos, también. Sé eso. Y algunas veces, soy un poco demasiado confiado de mis habilidades, quizás.

Ahora el tono de Qui-Gon se volvió serio—. Estas cosas son verdaderas, Obi-Wan, pero no son defectos. He visto qué tan duro has trabajado. He visto lo que puedes lograr.

— ¿Entonces cuál es mi defecto? —preguntó Obi-Wan.

Allí sobrevino un silencio tan largo, que Obi-Wan se preguntó si Qui-Gon había caído dormido. Luego su voz se levantó en la oscuridad, suave y profunda.

—Serás un gran Caballero Jedi, Obi-Wan Kenobi. Sé eso con cada aliento, con cada latido de mi corazón. Me harás sentir orgulloso de haber estado contigo en tus comienzos. Si tienes un defecto, quizás es simplemente éste: «*Tienes demasiados deseos de complacerme*».

Parte IV

Obi-Wan Kenobi y Anakin Skywalker

Veintitrés Años Más Tarde

Los temores de un maestro por su padawan, una búsqueda permanente, una guía dictada por su antiguo mentor, perdida a través del tiempo y de una guerra que apenas empieza.

CAPÍTULO 20

Obi-Wan nunca había comprendido el significado de las palabras de Qui-Gon. Había querido preguntarle acerca de ellas después de que la misión había terminado. Había meditado sobre sus palabras, las había olvidado, las había recordado otra vez, las había apartado a la fuerza, sólo para hacerlas reaparecer en su mente.

Y ahora, le obsesionaban.

Las Guerras Clon habían comenzado. La galaxia se había fracturado y la República amenazaba con separarse. Habían descubierto que un antiguo Jedi, el Conde Dooku, guiaba a los Separatistas. Muchos Jedi habían perdido sus vidas en Geonosis seis meses antes. La tragedia que la batalla infundió en el Templo, hizo a cada Jedi andar con paso firme. Su visión había estado nublada durante tanto tiempo. Se dieron cuenta de eso, pero su visión no se despejó. Era como si una oscura cortina cubriera el Templo.

Y algo había cambiado dentro de Anakin Skywalker. Algo que puso inquieto a Obi-Wan. Y ahora una preocupación había sido empujada al frente de su mente: ¿Su amor por Qui-Gon lo había cegado a los defectos de Anakin por demasiado tiempo?

La inquietud que sentía acerca de Anakin, el sentido de temor que tenía el poder para despertarlo de un sueño profundo, ahora tenía un socio: La convicción que era muy tarde para hacer cualquier cosa por él.

Su maestro no podía haber previsto todo lo que había ocurrido. Pero había colocado un dedo seguro en el terreno en el que Obi-Wan era más vulnerable. Obi-Wan había abierto su corazón a Anakin en la creencia de Qui-Gon de que Anakin era *«El Elegido»*. ¿Se había esforzado demasiado? ¿Había pasado por alto algo que no debería haber pasado por alto?

El amor nunca cegó a Qui-Gon. Pero me ha cegado a mí.

Había una distancia demasiado grande entre él y Anakin ahora, justo cuando necesitaba mantener a su Padawan aun más cerca suyo que antes. Cada instinto le decía que Anakin había cambiado profundamente mientras estuvieron separados antes de la Batalla de Geonosis. Sabía que Anakin había ido a Tatooine y sabía que la madre de Anakin estaba muerta. Sabía que una estrecha unión había crecido entre Anakin y la brillante senadora Padmé Amidala.

Sintió que algunos de estos cambios eran para mejor. Y otros no. Era como si Anakin se hubiera vuelto más duro, y más reservado. Pero Obi-Wan vio una cosa claramente: Anakin había perdido la apariencia juvenil propia de un muchacho. Ahora era un hombre.

Cualesquiera que fueron los cambios, no trajeron la paz a Anakin. Obi-Wan intuía la inquietud de su padawan, su impaciencia. Vio que Anakin ya no sentía la misma sensación de paz en el Templo. Quería estar moviéndose siempre. Quería estar en algún lado siempre.

Obi-Wan estaba en la entrada de la Sala de Mapas del Templo, mirando a Anakin. Este era un lugar al que Anakin venía cuando su mente estaba intranquila. Por alguna razón, su padawan encontraba tranquilizante poner a girar docenas de planetas

holográficos mientras voces entonaban sus detalles: geografía, lenguaje, gobierno, costumbres. Fuera del caos, Anakin distinguiría una voz. Entonces seguiría a otra, luego a otra, hasta que pudiera oír claramente cada voz en medio del murmullo.

Obi-Wan sabía que Anakin se había vuelto un experto en este juego. Los Hologramas daban vueltas alrededor de su cabeza como insectos enfadados. Las voces eran una mancha confusa para Obi-Wan. No podía imaginar por qué alguien encontraría la paz durante esto. Cuando miró, Anakin levantó un dedo y añadió otro planeta al preparado.

—Anakin.

Anakin no se volvió. La mayoría de las personas lo harían. En lugar de eso, levantó una mano. Uno por uno los hologramas planetarios desaparecieron, las voces se cortaron completamente hasta que la última voz aislada fue silenciada. Obi-Wan notó que había estado estudiando los metales preciosos de Naboo. Anakin se paró y se dio vuelta. Obi-Wan podía ver que Anakin no estaba acostumbrado todavía a su nueva mano artificial. Movió ese brazo un poco más cerca de su cuerpo. La escena desgarró el corazón de Obi-Wan.

— ¿Maestro?

—El Maestro Yoda ha pedido nuestra presencia.

— ¿Una misión?

—No lo sé.

En las semanas anteriores, había habido allí mucho qué hacer, más de lo debido, demasiadas batallas para planificar. El Consejo Jedi mantuvo constantes sesiones de estrategia. Había que ubicar cuidadosamente a los Jedi donde fueran más necesarios. Los sistemas y los planetas eran ahora vulnerables, y muchos eran altamente estratégicos. Los Separatistas ganaban nuevos planetas con una combinación de coerción y fuerza. El Canciller Supremo Palpatine había dado la palabra de ayudar a los planetas leales a la República.

—Vas a la Sala de Mapas cuando estás preocupado por algo —dijo Obi-Wan mientras caminaban—. ¿Quieres hablar de eso?

Anakin hizo un gesto inquieto—. ¿Qué es lo bueno de la conversación?

—Puede ser muy bueno —dijo Obi-Wan amablemente—. Anakin, veo que los meses anteriores te han marcado. Soy tu Maestro. Estoy aquí para ayudarte de cualquier forma en que pueda hacerlo.

Podía ver a su padawan sólo de perfil, pero Anakin apretaba sus labios.

—He visto cosas que desearía no haber visto. No pensé que tantos Jedi podrían morir. No pensé que un Maestro Jedi, una vez tan grande, podría caer tan bajo.

—La caída del Conde Dooku nos ha preocupado a todos —reconoció Obi-Wan—. Ahora tenemos un enemigo grande y poderoso.

Sus pensamientos retornaron a su batalla con Dooku. Nunca se había encontrado con tal poder de combate antes. Nunca se había topado contra algo que lo dominara completamente. Ni siquiera encontrar al Lord Sith que había matado a Qui-Gon había sido lo mismo. Si tan sólo Qui-Gon estuviera vivo, para ayudarles a entender

profundamente a Dooku. Ahora Obi-Wan intentaba recordar y se preguntaba por qué Qui-Gon nunca había hablado de su Maestro. Nunca sabría eso, tampoco.

Le habría gustado hablar más tiempo con Anakin, pero se encontraban delante de la cámara de recepción donde Yoda les había pedido reunirse. Obi-Wan dio un paso para acceder a la puerta pero esta se abrió deslizándose antes de que el pudiera hacerlo. Yoda estaba siempre un paso delante suyo.

Pero Yoda tenía una sorpresa más significativa. Estaba en medio del cuarto con Lorian Nod. Lorian era más viejo, su cabello era ahora completamente plateado. No era muy delgado, pero su cuerpo parecía todavía fuerte. Vestido con un manto de paño de veda, se veía más como un exitoso hombre de negocios que como un soldado, pero era inconfundiblemente Lorian Nod.

— ¿Qué está haciendo él aquí? —dijo Obi-Wan en forma descortés. Rara vez, si alguna vez, era grosero. Pero últimamente no había tenido tiempo para ocultar sus sentimientos. Anakin no era el único que había desarrollado la impaciencia.

—A ayudar a los Jedi, Lorian Nod ha venido —dijo Yoda.

—Realmente —dijo Obi-Wan paseándose adentro—. ¿Usted ofrece establecer su propia fuerza de seguridad, Nod?

Lorian inclinó su cabeza ligeramente, como si hubiera esperado el sarcasmo de Obi-Wan y lo hubiera aceptado exactamente como su castigo. —Sabía que encontraría escepticismo si venía aquí —dijo—. Todo lo que puedo decir es que admito que no he obrado en el marco de las leyes galácticas durante algunos años de mi vida. Aún ahora, cuando las cosas son tan serias, descubro que debo regresar a mis orígenes. Tengo el deseo ayudar a los Jedi.

— ¿Y cómo piensa que puede hacer eso? —preguntó Obi-Wan.

Yoda parpadeó a Obi-Wan. Fue simplemente un parpadeo. Pero esto le indicó que el tono que había utilizado no era el apropiado.

—El Gobernante de Junction-5, Lorian Nod es —dijo Yoda.

Otra vez, Obi-Wan estaba sorprendido—. ¿Cómo manejó eso? La última vez que lo vi, estaba a punto de ser encarcelado por un muy largo tiempo.

—Fui encarcelado por largo tiempo —contestó Lorian—. Luego salí.

—Y tomó el poder —dijo Obi-Wan, asqueado.

—Obi-Wan… La voz de Yoda tenía una cualidad que Obi-Wan pensaba en algo como duracero envainado en hielo.

Castigado como un niño, Obi-Wan señaló que Lorian podía continuar.

—Fui elegido —dijo Lorian—. Cuando salí de prisión, las cosas no habían cambiado mucho en Junction-5. Porque Delaluna había permitido que ellos creyeran que poseían el Annihilator, la gran desconfianza entre ellos no había disminuido. La población vivía aún en un clima de miedo. Sugerí que fuera nombrado representante en Delaluna para abrir conversaciones entre ambos mundos. Como el que causó lo peor del problema, debía ser yo el que lo terminara.

Obi-Wan cruzó sus brazos, esperando.

—Habría fallado —dijo Lorian—, Si no fuese por Samish Kash. Él recientemente había sido elegido como gobernante de Delaluna. También creyó que la desconfianza entre los dos planetas cercanos era dañina para ambos. Creyó que el comercio abierto y los viajes entre Junction-5 y Delaluna beneficiarían a todo el mundo. De modo que nos sentamos a una mesa y comenzamos a hablar. Alcanzamos un acuerdo, y el comercio comenzó. Las fronteras fueron abiertas. Forjamos una asociación con Bezim y los sistemas Vicondor para crear el Espaciopuerto *Estación 88*. Ambos mundos crecieron y prosperaron. Por el éxito de nuestro plan, fui elegido líder de Junction-5 tres años más tarde. He gobernado durante tiempos tranquilos. Nuestros dos pequeños mundos fueron ignorados por los poderes en la galaxia. En el Senado, fuimos una voz diminuta entre muchas. Y ahora todo ha cambiado.

—Los sistemas de Junction-5 y de Delaluna, han descubierto lo que son. Cruciales para el éxito de los Separatistas, se han vuelto —dijo Yoda.

—El Espaciopuerto Estación 88 —explicó Lorian Nod—. Somos un portal de acceso para los sistemas del Borde Medio.

Yoda levantó una mano, y un mapa holográfico apareció. Junction-5 y Delaluna fueron iluminadas—. Si Junction-5 y Delaluna caen bajo el control de los Separatistas, caerán Bezim y Vicondor —dijo Lorian—. Y tendrán controlados a una vasta porción de los sistemas del Borde Medio.

—El Conde Dooku sabe muy bien esto —dijo Lorian—. Él me ha contactado. Hasta ahora ha probado la adulación y sobornos para convencerme de unirme al bando Separatista, y tuve que mentir y decir que me inclinaba hacia él. Oficialmente Samish Kash y yo no nos hemos alineado ni a los Separatistas ni a la República. No estoy seguro de la inclinación de Kash, pero sé que ha mantenido sus intenciones en secreto. Si Dooku supiera que soy leal a la República, podría usar la fuerza contra mi planeta, algo que desesperadamente deseo evitar. Y quiero mantener al Espaciopuerto Estación 88 como una base estratégica para la República.

Obi-Wan asintió con la cabeza. Estaba interesado ahora. Podía ver cuan importante se habían vuelto los diminutos mundos de Junction-5 y Delaluna.

— ¿Por qué no declarar su lealtad en el Senado? —preguntó Anakin—. Enviarían tropas para proteger a su mundo.

—Muy dispersos, los soldados clon están —dijo Yoda—. Nuestra última opción, esa sería. Una mejor manera, ha sugerido Lorian.

—No puedes darte cuenta de esto, Obi-Wan, pero Dooku y yo fuimos amigos durante el entrenamiento en el Templo —dijo Lorian—. Tuvimos un enfriamiento de relaciones, pero eso fue muchos años atrás. No estoy seguro si Dooku confía en mí, pero me necesita. También tiene sentido para él que quisiera unirme a los Separatistas.

—También tiene sentido para mí —dijo Obi-Wan—. ¿Por qué no lo hace?

—Porque he visto cómo haciendo a los seres asustados o furiosos es la mejor forma para tomar el poder —dijo Lorian—. Los Separatistas tiene un buen punto: el Senado se ha convertido en un lugar corrupto donde las necesidades de los sistemas más pequeños

no son escuchadas. Han tomado este resentimiento y lo han usado para sus fines como una pantalla. ¿Quiénes son los partidarios principales de Dooku? Eso está a la vista. El Gremio de Comerciantes. La Federación de Comercio. La Alianza Corporativa. El Clan Bancario Intergaláctico. ¿Qué tienen todos ellos en común excepto riqueza, y el deseo de obtener más poder? Este movimiento es un encubrimiento para la avaricia.

Lorian negó con la cabeza—. No puedo ya acceder a la Fuerza como lo hice antes. Pero no necesito que la Fuerza me muestre que este camino es un camino hacia la oscuridad.

Yoda inclinó su cabeza dándole la razón. Obi-Wan estuvo igualmente de acuerdo. Solo que no le gustaba oír eso precisamente de Lorian Nod.

—Maestro Yoda, usted tuvo mi primera lealtad, y usted la tiene todavía —dijo Lorian—. He hecho cosas en mi vida que sé estaban mal, pero estoy aquí para obrar bien. Estoy aquí para servirle a los Jedi.

— ¿Qué propone? —preguntó Obi-Wan. No estaba interesado en las confesiones de Lorian. Sólo le interesaba lo que él haría.

—Dooku ha llamado a una reunión —dijo Lorian—. Le he señalado que Samish Kash se inclinaría por la República. Necesita que yo persuada u obligue por la fuerza a Samish a pasarse al bando Separatista. También en la reunión estarán los gobernantes de Bezim y Vicondor. Dooku ha propuesto esto como una reunión amistosa en su casa de campo en el planeta Null.

—He escuchado acerca de este planeta —dijo Obi-Wan—. Dooku tiene a su líder en el bolsillo. Fue una de los primeros en unirse a los Separatistas.

—Aunque propuso que este encuentro se realizara en un lugar neutral, obviamente estamos en su territorio —estuvo de acuerdo Lorian—. He acordado en asistir, junto a Samish Kash y los gobernantes de Vicondor y Bezim. Tenemos una firme alianza entre nosotros. Siempre hemos actuado en bloque. Dooku espera que le ayude a convencer a los demás de unirse a su causa.

— ¿Y qué propone? —volvió a preguntar Obi-Wan.

—No propongo nada, excepto que asistiré a esta reunión como un espía, y espero traer de vuelta información importante —dijo Lorian—. Si los Jedi me dan una tarea específica, la realizaré.

—Mientras nosotros conferenciamos, usted esperará aquí, la petición que hacemos es —dijo Yoda.

Atravesó la puerta hacia una cámara interior. Obi-Wan y Anakin lo siguieron.

—No confío en él —dijo Obi-Wan tan pronto como las puertas se cerraron detrás de ellos.

—Buscar su confianza, no hago —dijo Yoda—. Buscando su ayuda estoy. Sin importar su pasado, ayudarnos Lorian Nod puede.

—Pudo haber sido enviado aquí por Dooku —dijo Obi-Wan—. Esto podría ser una trampa.

—Improbable es —dijo Yoda.

—Qui-Gon me dijo que Dooku y Lorian Nod fueron enemigos acérrimos —dijo Obi-Wan—. ¿Por qué confiaría Dooku en él ahora?

—Dijo que Dooku no confió en él —acotó Anakin—. Pero lo necesita. Las alianzas rara vez se basan en la confianza, solamente en la necesidad.

Yoda inclinó la cabeza—. Sabio, tu Padawan es. Pienso que los mejores para esta misión, ustedes son. Si la rechazan, entenderlos debo.

— ¿Qué es lo que desea que hagamos?

—Viajar a Null. Este camino deben seguir. Descubrir si Lorian sincero es. De esto, la caída de Dooku podría depender.

CAPÍTULO 21

Null era un mundo de bosques y montañas. No tenía grandes ciudades, sólo pequeños pueblos en la montaña, cada uno tan ferozmente individualista que los intentos de alianzas siempre habían fallado. Había un gobierno planetario y un sistema de leyes, pero los crímenes se resolvían entre los aldeanos según una antigua tradición de feroz venganza que no dejaba ningún testimonio.

Era un mundo perfecto para el retiro oculto de Dooku. Los aldeanos tenían un severo y agudo sentido de la privacidad y guardaban en secreto sus idas y venidas.

Mientras Obi-Wan dirigía al pequeño crucero hacia la plataforma de aterrizaje, deliberadamente dio vueltas alrededor de las coordenadas de la casa de campo de Dooku. Dooku había expropiado la morada del despeñadero de un monarca que había reinado centenares de años estándar antes. Originalmente había estado construida de piedra, pero Dooku la había cubierto en duracero, que era del color gris exacto de los acantilados de la montaña. El duracero había sido tratado a fin de que no brillara. Parecía absorber la luz en vez de reflejarla. Si Obi-Wan no hubiera estado buscando la casa de campo, seguramente ésta le habría pasado desapercibida.

Obi-Wan dirigió el crucero hacia la plataforma de aterrizaje. Estaban de pie, aunque se sentían un poco raros en sus ropas. Se vistieron de cazadores, con gruesos mantos pequeños hechos de pieles de animal. La cacería era la única actividad turística que Null apoyaba. Sus montañas estaban llenas de bestias salvajes preciadas por sus pieles, especialmente el laroon astuto. Desembarcaron, y sintieron el viento frío contra sus caras como una bofetada.

—Tenemos programado reunirnos con Nod en el Bosque de Azada —dijo Obi-Wan a Anakin cuando pagó los servicios a un encargado droide para mantener el crucero en la plataforma. —debemos evitar ser vistos con él, aunque estemos disfrazados. Tenemos tiempo de registrarnos en la posada del pueblo.

Anakin inclinó la cabeza cuando lanzó su mochila sobre su hombro—. Simplemente no me haga disparar a cualquier cosa —dijo.

Obi-Wan se expresó con una sonrisa. El pequeño chiste le había traído a la memoria los días cuando todo era más fácil entre ellos.

Estaban debajo del límite de la vegetación arbórea, así que el camino atravesaba un denso bosque. Las montañas se levantaban a su alrededor, apuñalando el aire delgado con sus picos irregulares nevados. La plataforma de aterrizaje había sido emplazada en la montaña más grande, la cual se elevaba sobre las nubes. Bajo esta montaña se encontraba agazapado el pueblo.

Los gruesos árboles se hicieron más delgados a medida que descendían la montaña y los techos del pueblo iban apareciendo. Los edificios estaban hechos de piedra y madera.

Las calles angostas serpenteaban a través del grupo de edificios. Los aldeanos parecían confiar en un robusto animal nativo, el bellock, para el transporte. Obi-Wan notó que solo había algunos deslizadores estacionados en los jardines.

Entonces doblaron una esquina y vieron un grupo de deslizadores chisporroteando en frente de un edificio de piedra alto, y supieron que habían encontrado la posada. Obi-Wan y Anakin entraron, manteniendo sus capuchas en alto. El área del vestíbulo estaba sembrada de asientos hechos de telas de felpa. Una chimenea de veinte metros de alto contenía un fuego abrasador inmenso que ahuyentaba al frío húmedo. Las diversas criaturas permanecían alrededor del fuego, algunas consultaban sus datapads, otras bebían el té. Por la apariencia de sus ropas, Obi-Wan suponía que eran forasteros, probablemente asistentes de los gobernantes de los cuatro planetas. En una oscura esquina un cazador se sentó, cubierto de pieles, con una impresionante colección de armas a sus pies. Su mirada perforante pareció mirar a los seres elegantes y sofisticados con desprecio.

—Tiene suficientes armas como para derribar un acorazado, y ni que hablar de un laroon —comentó Anakin en voz baja.

La mirada de Obi-Wan se dirigió hacia la chimenea. La pared estaba construida con piedras dentadas de la montaña, encajadas en patrones intrincados. No podía ver ninguna evidencia del mortero o la carpintería, pero entre cada piedra acurrucada en contra de otra, debía de haber un balance perfecto.

El posadero sonrió cuando saludó a Obi-Wan y a Anakin. Era obviamente un Null nativo. Eran humanoides altos, fácilmente un metro más altos que Anakin y Obi-Wan. Los hombres tenían pesadas barbas, que trenzaban, y hombres y mujeres vestían pieles de animales y botas de la longitud del muslo—. Le veo admirar la construcción en piedra de la chimenea —dijo—. Es un arte nativo. Un tirón de la piedra basal y la pared entera se vendrá abajo.

— ¿Y cuál es la piedra basal? —preguntó Obi-Wan.

—Ah, ese es el secreto del fabricante —dijo el posadero. Él notó sus mochilas y ropas ambulantes—. Siempre contento de dar la bienvenida a nuestros cazadores a la posada —dijo—. Como pueden ver, tenemos invitados importantes, invitados muy importantes. Pero no descuidamos nuestros clientes normales. Empujó el registro de datos hacia Obi-Wan.

— ¿Qué sucede por aquí? —preguntó Obi-Wan, agachándose hacia adelante para indicar a través de señas el registro—. Ignoraba que Null fuera parte del circuito turístico ahora.

El posadero se inclinó para acercarse un poco más—. Una reunión de muy alto nivel, creo. No sé de qué se trata. Pero espero más de estas reuniones en el futuro. ¡Así es que haga una reservación anticipada o no tendrá suerte!

—Nos aseguraremos de ello —dijo Obi-Wan, empujado el registro hacia atrás junto con los créditos para pagar por la habitación.

Una joven se sentó en una silla pequeña ubicada contra la pared. No la había notado antes, y no la habría notado si un parpadeo de reconocimiento no la sacudiera. No la ubicaba, pero sintió que la conocía. Ella era delgada, vestía una túnica verdeoscura, del color de las hojas de los árboles de afuera. Un cubrecabeza haciendo juego, cubría su

pelo. Había conocido a miles de seres por la galaxia, y aunque su memoria era excelente, le era difícil de recordar a cada uno. O tal vez ella justamente le recordó a alguien…

Se dio vuelta—. ¿Anakin, reconoces a esa mujer de verde, sentada contra la pared?

— ¿Qué mujer? —preguntó Anakin.

Se produjo un parpadeo color verde, y la puerta de la posada se cerró. Obi-Wan sacó a la mujer de sus pensamientos, pensando en investigar más tarde. Había algo en ella que no le gustaba.

El cazador calentó sus manos en el fuego, recogió sus armas, e hizo retumbar la puerta. Los trabajadores Null nativos volvieron las miradas después de que él pasara; claramente le consideraban un principiante excesivamente armado.

—Vamos, entremos —dijo Obi-Wan—. Busquemos nuestro cuarto. Es casi hora de encontrarnos con Lorian.

Primero guardaron su equipaje en el cuarto, uno pequeño situado bajo el alero del techo. Obviamente, no estaban entre aquellos invitados importantes que el posadero había mencionado.

Caminaron por la calle del pueblo, y tomaron el camino que llevaba hacia el bosque. Obi-Wan ingresó las coordenadas preestablecidas en su datapad. Se encontrarían en un lugar no demasiado alejado del pueblo, en un claro del bosque que Lorian tenía ya determinado como aislado, pero no muy difícil de alcanzar.

Cuando llegaron a la vera del pueblo, vieron a un aldeano bajar corriendo por el camino de la montaña. El ruido sordo de sus pasos asustados llegó a ellos claramente.

— ¡Den la alarma! —gritó—. ¡Ha habido un asesinato! ¡Samish Kash ha sido asesinado!

CAPÍTULO 22

Tres ráfagas de un cuerno sonaron mientras Obi-Wan y Anakin corrían siguiendo el rastro. Encontraron a Samish Kash a unos metros del camino principal. Los aldeanos se agruparon a su alrededor, y un deslizador llegó. Cargaron a Samish Kash en el. Obi-Wan vio la herida de bláster cerca de su corazón. Era un joven con el pelo negro rizado, vestido en una simple túnica. Hasta donde Obi-Wan pudo observar, estaba desarmado.

Lorian Nod estaba cerca, y su rostro se inundó de dolor. Reconoció a los Jedi con una mirada, entonces saltó a bordo del deslizador que sostenía el cuerpo de Kash.

Obi-Wan vio a la distancia a la joven de verde darse vuelta. Sus hombros temblaban. El cazador con el impresionante arsenal, puso una mano debajo del codo de ella.

—Una asistente de Samish Kash —susurró uno de los aldeanos—. Ella encontró su cuerpo.

Definitivamente necesitaremos hablar con ella más tarde, pensó Obi-Wan. Miró a la mujer joven y al cazador. Ahora su mente estaba haciendo un clic. Estaban discutiendo de una forma que le sugería que ellos no eran desconocidos. Obi-Wan comenzó a acercarse discretamente, esperando oír algo casualmente. Pero ellos se mantuvieron en movimiento fuera del círculo de aldeanos, la mujer intentando apartarse del cazador mientras todavía hablaba con él.

Mientras hacía un rápido movimiento para marcharse dando vuelta, su capucha cayó hacia atrás, y Obi-Wan vio que tenía el cabello rubio, que se enrollaba alrededor de la cabeza en apretadas trenzas. Entonces captó el destello de sus grandes ojos azules. El cazador habló urgentemente a su oído.

—Son Floria y Dane —dijo Obi-Wan.

Anakin miró hacia donde Obi-Wan le indicó—. ¿El hermano y la hermana cazarrecompensas que conocimos en Ragoon-6? ¿Cómo puede estar seguro? Eso fue hace mucho tiempo.

—Mira con cuidado.

Anakin los estudió—. Tiene razón. ¿Qué hacen aquí los cazarrecompensas?

—Es exactamente lo que me gustaría saber.

Los Jedi se movieron rápidamente a través de la gente. Floria y Dane se pusieron a distancia del alboroto.

—Si hubieras hecho lo que se suponía que debías hacer… —decía Dane.

—¿Estás diciendo que fue mi culpa? —La voz de Floria estaba ahogada por las lágrimas y la ira—. Tú siempre…

—Tú nunca… —Dane dejó de hablar cuando Obi-Wan y Anakin se les acercaron.

—Debo confesar que nunca esperé verlos otra vez —dijo Obi-Wan.

Floria y Dane clavaron los ojos en ellos por un largo rato.

—Agujeros negros y novas, son los Jedi —dijo Dane—. ¿Qué están haciendo ustedes aquí?

Ahora Obi-Wan podía ver sus ojos azules, de la misma manera que veía los de Floria.

—Es exactamente lo que quiero saber de ustedes dos —dijo Obi-Wan, llevándolos lejos de los demás, debajo de los árboles—. ¿A quién están cazando? ¿Están involucrados en la muerte de Samish Kash?

— ¡No! —exclamó Dane—. ¡Éramos sus guardaespaldas!

—Obviamente, hicieron un excelente trabajo —dijo Anakin. Floria se echó a llorar.

—El trabajo de cazarrecompensas se volvió demasiado peligroso —le respondió Dane, dándole a su hermana un paño para secarse las lágrimas—. Había tantos de nosotros por ahí, que todo el honor se había perdido. Algunos estaban usando técnicas verdaderamente criminales.

—He visto unos cuantos —coincidió Obi-Wan.

—Así que decidimos convertirnos en guardaespaldas. Es más simple. Samish Kash nos contrató hace un par de meses para su protección. No quiso a los grandes pistoleros a sueldo de costumbre o a droides guardias. No quería que nadie lo supiera. Entonces Floria se hizo pasar por una ayudante, y yo solamente usé disfraces. Entonces fue cuando se acordó esta reunión. Samish nos dijo que fuésemos especialmente cuidadosos. Él era el lazo que mantenía unida la alianza Espaciopuerto Estación 88. Sin él, todo se derrumbaría. Él era en el que todos confiaban. Entonces pensó que si algún bando quisiera tomar el control del espaciopuerto, irían a por él primero.

Dane se mostró perturbado.

—Entonces, en lugar de permanecer al alcance de mi vista, o de la de Floria, de la forma que lo habíamos acordado, él desapareció. Lo seguí, y…

— ¿Tú lo encontraste muerto?

—Estaba allí —dijo Dane—. Un disparo en el corazón—. ¿Y tú no viste nada?

— ¿Qué importa eso ahora? —preguntó Floria. Se había secado las lágrimas y su rostro estaba pálido—. Él está muerto.

Dane sacudió la cabeza—. Me demoré más de lo debido. Dirigió su mirada hacia los árboles.

—Debería tener… —Dane se detuvo bruscamente y entrecerró los ojos en dirección a los árboles.

Sin mediar palabras, Dane se marchó. Corrió hacia su motodeslizador que estaba cerca en modo suspendido. Saltó sobre él y se largó.

—Vamos, Anakin —dijo Obi-Wan, saliendo disparado—. Tendremos que seguirlo a pie.

Los árboles eran densos allí, y Obi-Wan podía ver adelante que Dane tenía problemas esquivando los troncos. Tenía que bajar continuamente la velocidad. Obviamente alguien estaba cazando en un motodeslizador delante suyo, por lo que aparecía y desaparecía entre la arboleda.

Acortaron rápidamente distancias con respecto a Dane a través de los espacios entre los árboles. Cuando estaban a algunos metros de distancia, Anakin saltó alto para agarrarse de la rama de árbol. Usando el impulso, se balanceó hacia adelante y aterrizó prolijamente sobre la parte trasera del motodeslizador de Dane. El motodeslizador se

tambaleó y se precipitó hacia el tronco macizo de un árbol. Dane soltó un agudo grito. Tranquilamente, Anakin se paró en la parte trasera del motodeslizador y se inclinó hacia adelante para tomar los controles. Esquivó el tronco, lo rodeó, y volvió hacia donde estaba Obi-Wan.

— ¡Se escapará! —gritó Dane—. ¿Quién? —preguntó Obi-Wan.

— ¡No lo sé! ¡Pero creo que es quien mató a Kash! —gritó Dane, agitado—. No sé de dónde lo conozco, pero lo conozco. Es un cazarrecompensas.

— ¿Te importa si lo tomamos? —preguntó Obi-Wan a Dane.

Puso en marcha el motodeslizador—. Tómenlo. ¡Simplemente tengan cuidado con él! —les gritó después de que Anakin puso los motores a máxima potencia.

Repentinamente, Obi-Wan sintió el deseo de ser él quien condujera el vehículo.

El sospechoso miró hacia atrás una vez, y vio que todavía lo seguían. Escogió una ruta difícil a través de los árboles. Los estrechos espacios eran difíciles de atravesar, especialmente a altas velocidades. Anakin aceleró el motodeslizador, doblando constantemente para llegar a los claros en mejor ángulo, sin reducir nunca la velocidad. Rozaba las hojas y las ramas. Ganaban terreno, pero Obi-Wan estaba seguro que perdería un brazo o una oreja durante el trayecto.

— ¿Piensas que podrías ir un poco más despacio tal vez? —gritó Obi-Wan por sobre el sonido de las ramas quebradas y los ruidosos motores.

— ¿Y perdernos toda la diversión? —preguntó Anakin, ejecutando una rápida vuelta a la izquierda, dando vuelta el motodeslizador, y dando otra vuelta de regreso. Obi-Wan intentó recobrar el aliento.

El terreno se elevó bruscamente. El sospechoso aumentó la velocidad. Se lanzó entre dos árboles, perdió el control, y su motodeslizador rozó sobre el costado del siguiente árbol, y se precipitó dando vueltas alocadamente. El asesino bajó de un salto un momento antes de que el motodeslizador chocara violentamente contra un enorme árbol. Golpeó el suelo y corrió.

—Lo tenemos ahora —dijo Anakin, cañoneando el motor.

A la vez que pasaban zumbando, Obi-Wan notó un sitio borroso de grandes manchas marrones que salpicaban los troncos de árboles. ¿Un extraño moho? Se preguntó. Los sitios tenían hilos que ondulaban en el aire como patas. Se dio cuenta que eran patas.

Las arañas. Casi del tamaño de un roedor pequeño. Obi-Wan había leído acerca de ellas en sus notas de instrucciones previas en el viaje hacia Null. No eran venenosas, pero debían cuidarse de ellas.

— ¡Anakin, ten cuidado!

La luz del sol acababa de captar adelante los hilos de seda de la telaraña gigante extendida entre los árboles. El motodeslizador la golpeó de frente. La red no se rompió. Las redes de la especie de araña reclumi tenían un tramado tan resistente que podían detener un vehículo en movimiento.

Y eso fue lo que sucedió.

CAPÍTULO 23

El motodeslizador fue lanzado de vuelta hacia atrás, chocó violentamente contra el tronco de un árbol, y luego salió disparado nuevamente hacia adelante, y quedó enganchado en la pegajosa trama. Los viscosos zarcillos se aferraron a la piel y al pelo de Obi-Wan y se pegaron en su boca. Cuando intentó desprender la tela de la red, ésta se pegó a sus dedos.

— ¡Aarrgh! —Anakin dio un grito constreñido cuando intentó despegar la telaraña de su cara.

Obi-Wan logró desenfundar su sable de luz y activarlo. Cortó de un golpe la red, creando un hueco y cayendo al suelo del bosque a través de él. Anakin aterrizó a su lado. Los restos de telaraña todavía se les pegaban a la piel, e intentaban quitársela, pero se pegaba a ellos firmemente como una goma. El motodeslizador colgaba encima de ellos, mientras una araña con patas de más de un metro de largo, corría a pasos cortos al otro lado del tronco del árbol para ver lo que había atrapado.

Entretanto, el asesino había desaparecido. Tendrían que rastrearle.

Atravesaron rápidamente corriendo entre los árboles, zigzagueando a través del bosque. El asesino había vuelto sobre sus pasos. Después de rastrearle por más de un kilómetro, Obi-Wan sospechó que había regresado al pueblo.

Salieron en otro camino que doblaba bruscamente cuesta abajo. A través de los árboles ocasionalmente podrían ver los tejados del pueblo. El camino finalizaba en las afueras del pueblo, cerca de algunos edificios secundarios. Un edificio grande de piedra tenía una zona de estacionamiento para deslizadores.

—Anakin, detente. Allí está.

El asesino se movía de sombra en sombra a través de la calle. Podían ver ahora que era un hombre, vestido con ropas oscuras que llevada un casco con un ala que ocultaba su rostro.

Entonces Lorian Nod apareció por el camino de atrás de la montaña. Caminaba rápidamente y no notó la presencia de los Jedi—. Conoce a Lorian —dijo Anakin.

Repentinamente la calle cobró vida con la presencia de aldeanos. Aparecieron delante, gritando en su lengua natal y blandiendo blásters y un arma nativa, una hoja afilada encima de un grueso bastón de madera. El asesino se escurrió nuevamente en las sombras.

Los aldeanos se apuraron calle abajo. Lorian se perdió en medio de ellos. De pronto, Obi-Wan vio que Floria y Dane eran acorralados cerca del frente de la multitud. Sus manos estaban atadas por delante por esposas láser.

Dane divisó a Obi-Wan—. ¡Creen que matamos a Samish! —gritó—. ¡Ayúdennos!

Floria y Dane eran llevados por la multitud. Los aldeanos entraron en tropel en el edificio de piedra, como una bestia gigante en movimiento. La calle quedó repentinamente vacía. Lorian había desaparecido.

— ¿Deberíamos tratar de encontrarlo? —preguntó Anakin.

—Él no va a ninguna parte. Más vale que veamos lo que ocurre con Floria y Dane —dijo Obi-Wan suspirando.

Entraron en el edificio. Era una prisión básica, pero la seguridad no era muy sofisticada. La celda era un cuarto pequeño en una esquina, con una puerta de duracero y una cerradura de seguridad básica codificada. No había guardias oficiales, ni pantallas de datos, ninguna evidencia de registros o dispositivos comunicadores. Obviamente era usada como una celda preventiva hasta que los aldeanos decidieran su propia manera de hacer justicia.

Los aldeanos se sentaron alrededor de una mesa de madera maciza, bebieron té, grogg y discutieron. Obi-Wan dio un paso adelante, acercándose a ellos—. Nos gustaría ver a nuestros amigos.

—Son nuestros prisioneros —fue lo que dijo con un gruñido el aldeano más grande que estaba sentado a la cabecera de la mesa.

Obi-Wan metió la mano en el bolso que llevaba a su lado y tiró la piel de un laroon sobre la mesa. Habían traído con ellos pieles y prendas de pieles para ocultar sus verdaderas identidades.

—Nos gustaría ver a nuestros amigos —repitió.

El pelaje del laroon fue revisado por dedos expertos. El aldeano inclinó la cabeza, se levantó lentamente, caminó sin prisa hacia la cerradura y tecleó el código de seguridad. La puerta se deslizó para abrirse.

Dane iba de un lado a otro de la celda. Floria permanecía sentada en silencio, sentada en la única silla que les habían provisto. La puerta se cerró detrás de los Jedi.

—Gracias a las estrellas que están aquí. Van a matarnos —dijo Dane.

—No seas tan dramático —dijo Floria—. No lo sabes.

—Déjame pensar. Solamente discutieron si deberían utilizar un bláster o lo harían lentamente, arrojándonos a la guarida de un laroon. ¿Cuál es tu conclusión? —preguntó Dane irónicamente.

—Solo que no pueden matarnos sin un juicio —dijo Floria. Obi-Wan notó que había recuperado el color de las mejillas. Floria había sido una niña bonita. Ahora era una mujer hermosa.

— ¡Por supuesto que pueden! ¡Esto es Null! ¡Aquí no pierden el tiempo en juicios! —gritó Dane.

—Floria, Dane, si pudiesen dejar de discutir por un momento —dijo Obi-Wan, sosteniendo en alto una mano—. ¿Tienen pruebas en su contra?

—Encontré el cadáver, y Dane se acercó inmediatamente después —dijo Floria.

—En otras palabras, no necesitan pruebas —dijo Dane—. Somos forasteros. Estábamos en las inmediaciones. Eso es todo lo que necesitan saber.

Se desplomó contra la pared desnuda de la celda y se deslizó hacia abajo hasta que estuvo sentado sobre el piso.

—Los protegeremos de los aldeanos —dijo Obi-Wan—. Pero ustedes deberán ayudarnos.

—Ustedes eran los guardaespaldas de Kash —dijo Anakin—. Deben tener a algunos probables sospechosos. ¿Quién habría contratado a ese asesino?

Floria negó con la cabeza. Dane se encogió de hombros.

—Nadie… y todo el mundo —dijo Dane—. Él no tenía ningún enemigo en particular. Había traído prosperidad y paz para su pueblo. Pero con esta cosa Separatista, todo cambió. Pudo haber sido Dooku mismo. Pudo haber sido uno de los otros miembros de la alianza, Telamarch o Uziel, si quisieran controlar a la alianza.

—No mencionaste a Lorian Nod —dijo Anakin.

—Él también, supongo.

Dane se vio triste.

—Ninguno es de confiar.

—No Lorian Nod —Floria habló más fuerte—. Iniciaron la alianza entre ambos.

Obi-Wan se acercó a Dane y se agachó—. Dane, dijiste que el asesino te pareció familiar. Tienes que recordar dónde lo conociste.

Dane enterró su cabeza entre sus manos—. Floria y yo hemos estado por toda la galaxia. Hemos conocido muchos seres. Él es uno en una línea de temibles. En realidad, necesito descansar. Miró hacia arriba—. ¿A propósito, cómo está mi motodeslizador? ¿Está a salvo?

Obi-Wan y Anakin intercambiaron una mirada.

—Bueno, definitivamente no se irá a ningún lado —dijo a Anakin—. Nos topamos con una reclumi —dijo Obi-Wan.

—¡Web[1]! —gritó Dane.

—Sí, una grande…

— ¡No, Web! ¡Ese es su nombre! El asesino —dijo Dane—. Lo conocí dos años atrás. Robior Web. Habíamos tenido una entrevista para el mismo trabajo, pero él no fue contratado. La cuestión es que comenzó como un oficial de seguridad, pero la fuerza de seguridad en su planeta fue desbandada, así que se quedó sin trabajo. Se hizo una reputación por realizar grandes trabajos, asesinatos, cosas como esas. Él solía ser un Guardián en Junction-5.

Obi-Wan se levantó lentamente.

—Esa es la conexión con Lorian Nod —dijo.

[1] Nota del traductor: «Web» es «telaraña» en inglés.

CAPÍTULO 24

Prometiendo regresar, Obi-Wan y Anakin salieron apresuradamente de la prisión y se dirigieron a la posada. Encontraron a Lorian en una zona aislada del vestíbulo, absorto en la conversación con los gobernantes de Bezim y Vicondor. Obi-Wan y Anakin rondaron sin ser vistos, tratando de escuchar algo de la conversación…

— ¿Qué está ocurriendo? —preguntó Yura Telamarch, con su voz llena de angustia. El gobernante de Bezim era un humanoide alto con cabeza en forma de domo y una postura seria—. ¿Piensas que el Conde Dooku está detrás del asesinato de Kash?

—No lo sé, Yura —dijo Lorian—. Han arrestado a los guardaespaldas de Samish. Podría ser un complot interno de Delaluna.

—No estamos seguros aquí —dijo Glimmer Uziel, la gobernante de Vicondor. Ella tenía una voz musical y una pálida piel dorada. Cuatro tentáculos diminutos ondeaban delicadamente en el aire, como frondas—. ¿Y si esto fuera una trampa? Entre mis asistentes hay quienes dicen que el Conde Dooku no aparecerá. Él nos ha atraído aquí para matarnos a todos y tomar la estación espacial por la fuerza.

—Sin Samish, nuestra alianza es más débil ahora —dijo Yura—. Sin duda la presión aumentará. ¿Qué piensa usted, Lorian?

—Pienso que debemos confiar en Dooku, por ahora —respondió Lorian. Se puso de pié—. Sugiero que descansen un poco. La reunión está programada para dentro de una hora.

A regañadientes Yura y Glimmer se levantaron y se dirigieron hacia las escaleras. Tan pronto como los gobernantes estuvieron fuera de vista, Obi-Wan y Anakin se acercaron a Lorian—. ¿Confiar en Dooku? —preguntó sarcásticamente Obi-Wan—. Buen consejo, Lorian.

— ¿Qué esperabas que les dijera? —preguntó Lorian—. Dooku no debe sospechar que estoy en su contra.

— ¿Está en su contra? —preguntó Obi-Wan—. Las cosas han cambiado ahora que Samish Kash está muerto. Si alguien tuviera la intención de abrir una grieta en la alianza, ha tenido éxito.

— ¿Me acusas de matar a Samish? Él era mi amigo.

—Es lo que usted dice. ¿Ha escuchado alguna vez algo acerca de Robior Web? —preguntó Obi-Wan.

Lorian frunció el ceño—. El nombre me es familiar, pero…

—Era un Guardián.

—Es de esperar que apenas recuerde a cada Guardián.

—Ahora está trabajando como asesino.

Lorian tardó un momento en responder—. ¿Está en Null? —Sí. Dane lo reconoció.

Lorian inclinó la cabeza lentamente—. Piensas que Web mató a Kash, y que yo lo contraté para hacerlo.

Obi-Wan no dijo nada.

—No lo hice —dijo Lorian—. Y si piensas acerca de ello por un momento, verás que si alguien quisiera aplastar a la alianza, la forma de hacerlo sería matar a uno de los miembros y culpar del asesinato a otro de ellos. No es accidental que el asesino sea un antiguo Guardián. Naturalmente sospecharías de mí.

—Naturalmente —dijo Obi-Wan.

—Y eso es exactamente lo que Dooku querría que Yura y Glimmer hicieran —continuó Lorian—. Así es como él trabaja. Espera. Observa. Le gusta minar las lealtades. Le gusta quebrar valores. Le gusta promover la traición.

Todo eso era cierto, pero no quería decir que Lorian fuera inocente. Simplemente inteligente.

—Hay más en esta situación de lo que la Fuerza puede intuir —dijo Lorian—. Y más de lo que tu lógica puede entender. Hay sentimientos aquí, Obi-Wan. Y entre esos sentimientos, están los míos para con Samish. No lo hice.

—Tenemos sólo su palabra sobre eso, junto con todo lo demás —dijo Obi-Wan—. Ése es el problema.

—Entonces, hay sólo una solución para el problema —dijo Lorian—. Deberás confiar en mí.

— ¿Puede darme alguna razón para hacerlo? —preguntó Obi-Wan.

Lorian dudó—. No. No puedo probarte mi honestidad.

—Entonces seguiremos sospechando de usted —dijo Anakin.

—Venimos del mismo lugar —dijo Lorian, mirándolos a ambos—. Crecí en el Templo. Me aparté de sus enseñanzas por un tiempo. ¿Por qué? Tuve miedo. Era joven y sólo di un paso en falso, el único paso que sentí que podía dar. Luego di otro, y otro, y terminé en una que vida que no era la mía.

—Ésas son excusas —dijo Obi-Wan—. Dígale eso a las personas de Junction-5. Dígale eso a Cilia Dil.

—Hice daño a mi pueblo —admitió Lorian—. Debo decir que Cilia no es uno de mis partidarios. Ella no puede olvidar lo que fui. Sé que todo lo que tengo son excusas. ¿Cuando vives una vida llena de maldad, qué más tienes excepto las excusas y la culpa? —Hizo una pausa—. ¿Crees en la redención, Obi-Wan?

La pregunta era para Obi-Wan, pero fue Anakin quien respondió primero.

—Creo en ella.

—Yo también creo en ella, joven Anakin Skywalker —dijo Lorian—. Eso es lo que me mantiene andando. Al final de mi vida, obraré bien. Es todo lo que puedo decirte por ahora.

— ¿Le cree usted? —preguntó Anakin mientras salían de la posada.

—Pienso que habla bien —dijo Obi-Wan—. Y no sé qué creer. Todavía no.

¿Lo habría sabido Qui-Gon? Él siempre parecía saber en quién confiar.

—Usted es demasiado duro con los seres algunas veces —dijo Anakin—. Los errores se producen. Las cosas ocurren. Eso quiere decir, que también se puede cambiar.

—El significado de la vida es el cambio —dijo Obi-Wan, alarmado por la caracterización que Anakin hiciera de él. Acusó la ofensa. No creía que fuera muy severo con otros seres. Quizás había sido cierto alguna vez, pero había aprendido de Qui-Gon.

—No dije que no creyera a Lorian. Pero no puedo descartar el resto de su vida solamente porque él me diga que debería. Si está aliado con Dooku, debemos averiguar lo que planean. Y si no lo está, aún deberíamos investigar.

— ¿Cuál será nuestro siguiente paso? —preguntó Anakin.

— ¿Tienes algunas sugerencias? —preguntó Obi-Wan.

—Tengo una pregunta —dijo Anakin—. Si Robior Web hubiera sido contratado para matar a Samish Kash, él cumplió con su objetivo. ¿Por qué está en Null todavía? Los asesinos rara vez se quedan por ahí después de que terminan un trabajo.

—Salió al encuentro de Lorian para dar su informe —dijo Obi-Wan.

—Eso podría ser cierto, pero usualmente eso se hace por comunicador o vía un puerto de datos —dijo Anakin—. Generalmente, a un asesino y a su empleador no les gusta ser vistos juntos.

—Así que si él está aún en Null, es porque tiene otro trabajo que cumplir antes de la reunión —dijo Obi-Wan—. Tal vez deberíamos encontrarlo.

—Seguro —dijo Anakin—. ¿Pero cómo? La montaña es grande.

—Exactamente —dijo Obi-Wan—. Si fuera Web, yo necesitaría un transporte. El suyo se destruyó. Necesitaría hacerlo sin llamar demasiado la atención, así que terminaría robándolo a un aldeano o a un asistente. Pero sabe dónde hay uno…

Anakin sonrió abiertamente y terminó la frase.

—…colgando, simplemente.

Cuándo llegaron a donde estaba el motodeslizador de Dane, éste colgaba enredado en la telaraña. Robior Web estaba en el árbol, intentando cortar la red con su vibrocuchillo. Era claro que había estado intentando liberarlo durante un largo rato. Sus manos y su túnica estaban manchadas con la trama pegajosa y viscosa. Se las había arreglado para desprender la parte trasera del motodeslizador, que colgaba sostenido de los manubrios, los que estaban cubiertos del goo pegajoso. Abajo, sobre la tierra, yacía hecha pedazos una araña reclumi, víctima sin duda del mismo vibrocuchillo, cuando intentó defender su tela.

Robior Web consultó un cronómetro, luego atacó la red aun más decididamente. Tuvo éxito solamente en enrollar un gran zarcillo de la red alrededor de su brazo. No podían escuchar sus maldiciones, pero podían ver su frustración.

—El tiempo se le está acabando —murmuró Obi-Wan—. Supongo que tiene una cita.

Con un último empuje salvaje, Robior Web logró cortar un débil zarcillo viscoso, pero éste se volvió hacia atrás y fue a pegarse contra el cuerpo del motodeslizador. Ahora estaba más enredado que antes.

Con un grito constreñido, el asesino se dejó caer del árbol y le pegó a la tierra al caer. Comenzó a correr.

Obi-Wan y Anakin lo persiguieron. Tuvieron que mantenerse bien atrás, pero era fácil rastrear su avance a través del bosque. Se dirigía alrededor de la montaña, pero trepando regularmente.

—Creo que se dirige a la plataforma de aterrizaje —dijo Obi-Wan—. Lo alcanzaremos arriba.

Después de una subida difícil, se percataron de que Obi-Wan estaba en lo correcto. Robior Web subió a un pico y desapareció debajo. Obi-Wan y Anakin esperaron un momento, y luego treparon detrás de él y espiaron atentamente por el borde. Web corría hacia la plataforma de aterrizaje debajo.

Repentinamente el sol fue tapado por encima de sus cabezas. Miraron hacia arriba. Un enorme transporte militar sobrevolaba. Robior Web apuró el paso y bajó casi deslizándose hasta la desolada plataforma de aterrizaje.

Detrás del enorme transporte, una fina corbeta interestelar bajó del cielo, una nave como ninguna otra en la galaxia.

—Dooku ha llegado —dijo Obi-Wan.

El velero solar aterrizó. La rampa de aterrizaje se deslizó y la figura alta y elegante del Conde Dooku emergió de su interior. Obi-Wan sintió la tensión en Anakin. Inconscientemente, él tocó la mano de metal que tenía, la misma que reemplazaba la que Dooku había mutilado.

—Así que Dooku contrató al asesino —murmuró Obi-Wan cuando Robior Web se deslizó hasta estar frente a Dooku, y luego se inclinó ante él—. Con o sin Lorian, no sabemos.

Distraído, no había notado que Anakin se había levantado, casi hasta que su padawan estuviera de pie.

— ¿Anakin, qué estás haciendo? ¡Agáchate!

—Capturémoslo ahora —dijo Anakin.

— ¡Agáchate! —insistió Obi-Wan—. Para su alivio, Anakin se agachó otra vez. Enfrentó sus ojos llenos de fuego y determinación.

—Tenemos nuestra oportunidad para terminar esto aquí —dijo Anakin—. Vamos a matarlo. Podemos detenerlo juntos. No cometeremos el mismo error esta vez.

— ¿Te gusta ser imprudente y apresurado sin tener un plan, eh? —preguntó Obi-Wan con mordacidad—. Te costó tu mano la última vez, y lo estás haciendo de nuevo, padawan.

— ¿Qué estamos esperando? —preguntó Anakin—. Lo perdimos en Raxus Prime, pero no lo haremos aquí. Si lo matamos, matamos al movimiento Separatista. ¿Qué es una vida en contra de la de miles? ¿Tal vez de millones?

—Anakin…

—Él mató a nuestros hermanos y hermanas en Geonosis —dijo Anakin con amargura—. ¿Ha olvidado usted cómo murieron?

—Lo recuerdo a cada instante —dijo Obi-Wan—. Pero éste no es el momento. Ésta no es la forma.

—Usted no sabe lo que puedo hacer —dijo Anakin, y había un tono ominoso en su voz—. Mi conexión con la Fuerza es más fuerte que la suya. ¡Le digo que puedo hacerlo! No me importa lo que usted diga.

Obi-Wan se escandalizó—. Aún eres mi aprendiz —dijo bruscamente—. Soy tu Maestro. Debes obedecerme—. Las muecas de la boca de Anakin eran de fastidio.

—Anakin, debes confiar en mí —dijo Obi-Wan enérgicamente—. Habrá otra oportunidad para enfrentar a Dooku. Éste no es el momento.

Anakin le miró. La apariencia hosca se desvaneció. Su mirada era ahora clara y serena. Obi-Wan casi podía leer el desprecio en su interior. Pero cuando se le ocurrió eso, la apariencia se había esfumado. ¿La había visto en realidad?

—Mira allá abajo —dijo Obi-Wan—. ¿Qué piensas que hay en ese transporte? Súper-droides de batalla. Estaríamos muertos antes de que diéramos dos pasos sobre la plataforma. Están siendo desembarcados ahora.

Anakin miró hacia abajo en la plataforma. Las líneas de droides hicieron clic en formación cuando descendían del transporte. Obi-Wan podía ver la manera en que la mente de Anakin se concentraba en el problema inmediato. Casi podía sentir como la ira de Anakin iba agotándose.

¿Pero era la primera vez que él notaba esto? Obi-Wan tenía la sensación de haber sentido un destello de algo mucho más profundo de lo que hubiera sentido alguna otra vez.

—No se está arriesgando —supuso Obi-Wan—. Si las cosas no van de acuerdo a como él espera, utilizará la fuerza.

De mala gana, Anakin apartó su mirada—. Deberíamos advertirles.

—Sí —dijo Obi-Wan—. Salvo que ¿a quién? Cualquiera de ellos podría estar confabulado en secreto con Dooku. Debemos planear cuidadosamente nuestro siguiente paso. Debemos decidir con quién hablar primero.

—Digo que hablemos con Floria —dijo Anakin.

— ¿Por qué Floria? —preguntó Obi-Wan desconcertado. No sabía en qué estaba pensando Anakin. Rara vez lo hacía, pero al menos se alegró de que estuvieran hablando.

—Siento que ella no nos está diciendo todo lo que sabe —dijo Anakin. Obi-Wan hizo memoria. Comprendió que él también había sospechado algo de Floria. Pero había estado demasiado concentrado en Lorian para considerarlo.

—Tu mente debe estar en todo lugar al mismo tiempo, Padawan. La verdad tiene muchos lados.

—Sí, Qui-Gon.

—Hay más en esta situación de lo que la Fuerza puede intuir —dijo Anakin, repitiendo las palabras de Lorian—. Los sentimientos, dijo él. ¿Qué quiso decir?

—No lo sé —dijo Obi-Wan.

—Por eso debemos hablar con Floria —dijo Anakin. Se puso de pie y en un solo movimiento echó a correr. Obi-Wan tuvo que acelerar su marcha para alcanzarlo.

— ¿Recuerda —dijo Anakin— que ella estaba muy desesperada cuando encontraron el cuerpo de Samish Kash?

—Había fallado en su misión de protegerlo —dijo Obi-Wan.

—Creo que la pérdida fue más bien personal —dijo Anakin—. Y más tarde ella lo llamó «*Samish*». Dane siempre lo llamaba «*Kash*». Pienso que ella estaba enamorada de él.

—¿De qué forma puede esto ser relevante para nuestra misión?

Anakin atinó a mirarle de soslayo. Era asombroso que estuvieran descendiendo tan deprisa de la montaña, y Anakin todavía pudiera tener la energía suficiente para una sana dosis de desprecio.

—El amor es siempre relevante, Maestro —dijo Anakin.

CAPÍTULO 25

Otro soborno les permitió el acceso a la celda otra vez.

—Tómate tu tiempo —dijo el aldeano, al agitar una mano cuando la puerta se abrió—. Hemos decidido matarlos al amanecer.

El resto de aldeanos gritaban y golpeaban la mesa. Habían estado bebiendo grogg desde hacía largo rato. La puerta se cerró, ahogando por completo sus risas.

— ¿Oíste eso? —silbó Dane a Floria.

—Ella no tiene miedo —dijo Anakin—. ¿Por qué, Floria?

—Es verdad, no entro en pánico como mi hermano —dijo Floria.

—Y ya no estás llorando —dijo Anakin—. ¿Por qué?

Floria apuntó sus raros ojos celeste en Anakin. Se miraron por un largo momento—. Lo amas —dijo Anakin.

—Por supuesto que me ama —dijo Dane—. Soy su hermano. Otro largo silencio se produjo. Anakin esperó. Obi-Wan se mantuvo muy silencioso.

—Amo a Samish —admitió Floria. Su barbilla se disipó y sus ojos brillaron, como si pronunciar su nombre en voz alta le hubiera dado un gran placer.

— ¿Amas a quién? —gritó Dane.

—Y él está vivo —dijo Anakin.

Floria inclinó la cabeza.

— ¿Qué? —gritó Dane, saltando delante de Floria—. ¿Amas a Samish Kash, y él todavía está vivo?

—Espera, Dane. Él recibió los disparos, pero sobrevivió —dijo Floria—. Decidió dejar que todo el mundo pensara que estaba muerto después del atentado. Quiso averiguar quien le había puesto precio a su cabeza y por qué. La alianza tiene mucha importancia para él, y no confía en Dooku.

— ¡Él era nuestro empleador! —dijo Dane—. Trabajamos para él. Eras su guardaespaldas. Fuiste en contra de todas las reglas profesionales…

—Tranquilízate —ordenó Anakin volviéndose sobre Dane—. Floria no pudo ayudar a sus sentimientos.

—Siempre puedes ayudar a tus sentimientos —dijo Dane—. Los sentimientos necesitan ayuda. ¡De otra manera, se salen completamente fuera de control!

Dane ignoró a Obi-Wan—. Primero, cuando lo vimos, pensaste que Samish Kash estaba muerto—. Cuando Floria asintió, continuó—. ¿Cómo te enteraste que estaba vivo? ¡Me dejaste pensar que iba a ser ejecutado! —gritó Dane, cuando una fresca ola de indignación se esparció sobre él.

—Lorian me lo dijo —respondió Floria—. Había traído a Kash a la clínica. Él también pensó que estaba muerto. Kash fue reanimado en la camilla del médico. Lorian sobornó al doctor y a él y a Samish se les ocurrió el plan. Lo primero que Samish le pidió a Lorian que hiciera fue avisarme. Inmediatamente después de eso fuimos arrestados.

— ¿Pensaste alguna vez en mencionar que la persona que supuestamente matamos no estaba muerta? —preguntó Dane.

—No podía decir nada. No hasta la reunión —dijo Floria—. Si Dooku tiene un plan, todo tendrá lugar allí. Lorian y Samish decidieron que él debía aparecer en la reunión. Si Dooku había planeado su asesinato, podría ser suficiente para frustrar sus planes.

—Entonces Lorian decía la verdad —dijo Obi-Wan—. Él no contrató al asesino. Podría haberse desentendido del tema diciéndonos que Samish estaba vivo, y no lo hizo.

—Había jurado guardar el secreto —dijo Floria—. Samish siempre decía que Lorian había venido temprano y tarde para honrarlo. No estoy segura de lo que quería decir.

—Creo que lo sé. —Obi-Wan miró a Anakin—. Van hacia una trampa —dijo.

Una trampa que él conocía, y que podía haber impedido. Podía haber avisado a Lorian sobre los droides de batalla, y no lo hizo. Enfadado consigo mismo, Obi-Wan condujo a máxima velocidad su motodeslizador por sobre la montaña, rumbo a la casa de campo de Dooku. Sólo les había tomado un poco de verdad, un poco de persuasión, y dos sables de luz encendidos en obligar a los aldeanos a liberar a sus prisioneros. En cuanto oyeron que Samish Kash estaba vivo y que los dos cazadores eran en realidad dos Jedi, hasta entregaron varios motodeslizadores para que los usaran.

Obi-Wan y Anakin tomaron un motodeslizador cada uno. Floria y Dane insistieron en ir con ellos. A pesar de todo, Dane consideró su responsabilidad en proteger a Samish Kash. Floria solamente quería estar con él —sea lo que fuera que ocurriese.

La casa de campo se alzaba encima de ellos, tan gris e intimidante como la montaña de piedra. La reunión estaba a punto de comenzar. Obi-Wan vio la puerta de seguridad delante. El motodeslizador tenía montadas armas ligeras en su casco. Comenzó a disparar y bombardeó su camino a través de la entrada. Inmediatamente un escudo de duracero comenzó a descender sobre las anchas contrapuertas de la primera entrada. Esto, sin duda, las haría impenetrable a los explosivos.

Antes de que Obi-Wan pudiese reaccionar, Anakin aceleró su motodeslizador, disparando su armamento en las contrapuertas más allá del escudo descendente. En un asombroso despliegue de habilidad, redujo la energía, lanzando su motodeslizador hacia arriba al mismo tiempo que saltaba. El motodeslizador se deslizó quedando con su casco blindado apuntando hacia arriba, justo hacia el escudo que velozmente descendía.

El escudo cayó encima del motodeslizador. El metal chilló y gimió, reduciendo la velocidad de descenso del escudo. Anakin se metió rápidamente debajo del escudo en movimiento y saltó a través del hueco que había provocado entre ambas contrapuertas. Se esfumó en la oscuridad de la casa de campo. Todo esto le había tomado sólo unos segundos.

Obi-Wan ya había saltado fuera de su motodeslizador y estaba corriendo hacia el escudo de duracero, que aplastaba lentamente ahora al motodeslizador que estaba debajo de el. Había el espacio justo para que Obi-Wan se agazapara debajo y accediera al interior. Floria y Dane lo siguieron, rodando bajo la puerta cuando ésta cayó y se cerró de un golpe; el motodeslizador era ahora parte hojalata y parte transporte destrozado.

Anakin estaba esperando en la oscuridad del vestíbulo. El techo era tan alto que se perdía en la penumbra de arriba. Juntos bajaron corriendo por el magnífico pasillo, examinando los cuartos mientras pasaban. Oyeron voces delante.

Obi-Wan se deslizó hacia un cuarto circular que se había construido en el centro de la casa de campo. No tenía techo, sólo el tejado estaba arriba. Las estrechas ventanas estaban cortadas en la piedra a gran altura y dejaban penetrar una tenue luz. Una pared entera estaba formada por una enorme chimenea, lo suficientemente grande como para que un nativo de Null pudiera permanecer de pie dentro de ella. Una enorme mesa circular de piedra se ubicaba en el centro del cuarto, pero era empequeñecida por el espacio que la circundaba. Dooku estaba parado en un extremo. Samish estaba de pie en el lado contrario de la mesa, de frente a él. Yura, Glimmer y Lorian se veían pequeños e indefensos. La mesa era tan grande que había un gran espacio entre cada uno de ellos.

Obi-Wan supuso que Dooku había sentido su presencia. Sintió el Lado Oscuro en el cuarto, cómo surgió y como creció. Anakin se acercó y se detuvo a su lado, mientras Floria y Dane se quedaron contra la pared en las sombras, a fin de que no fueran descubiertos.

—Creo que usted intentó asesinarme, así podría aplastar a la alianza —decía Samish.

—Tanta emoción, tan poca lógica —dijo Dooku—. Tranquilicémonos. El Espaciopuerto Estación 88 es un enlace estratégico vital. Eso es algo que debe ser juzgado cuidadosamente. Aun no ha oído lo que mi organización está dispuesta a ofrecerles por los derechos del Espaciopuerto. Estoy seguro que sus socios querrían escuchar. ¿Les niega usted ese derecho?

Samish pareció desconcertado—. Sí, al menos deberíamos escucharlo bien —dijo Yura.

Anakin se movió. Obi-Wan puso una mano en su brazo. Si se movieran, Dooku era capaz de cualquier cosa. Y había visto que Robior Web estaba contra la pared, casi perdido entre las sombras. No tenía dudas de que Samish Kash estaba en peligro, y muy probablemente todos los demás gobernantes de la alianza.

Samish se dirigió a los demás—. ¿Por qué deberíamos escucharlo? Todo lo que está a punto de decirnos serán mentiras.

Dooku se dirigió a Lorian—. No lo hemos escuchado, mi viejo amigo. Diga a Samish qué ha decidido ya.

Lorian se puso de pie—. Apoyo a Samish Kash. Y apoyo a la República.

Dooku se aferró al borde de la mesa. Era claro que una gran oleada de furia le había alcanzado. La controló. Sus ojos oscuros parecieron aspirar la luz alrededor de la mesa y devorarla.

Se inclinó sobre la mesa—. De modo que me traiciona de nuevo. Le prometo, está será la última vez, Lorian.

—Sí —dijo Lorian—. Estoy seguro de eso.

—Vicondor le debe dar su apoyo a Delaluna y Junction-5, a mis amigos Samish y Lorian —dijo Glimmer—. La alianza apoyará a la República.

Dooku miró por sobre las sombras y reconoció al Jedi por primera vez—. ¿Así que usted apoya un gobierno corrupto? —Estalló en furia—. ¿Ha olvidado la batalla de Geonosis, cómo aplastaron un pequeño planeta con un gran ejército invasor? Son despiadados. Se esconden en las sombras. ¡Mire!

Los gobernantes volvieron sus miradas y vieron a los Jedi. Lorian dio la apariencia de estar feliz de verles—. Esa es una forma de considerarlo —dijo—. Pero no es la verdad.

—Apoyo la decisión de la alianza —dijo Yura.

—Parece que la negociación ha terminado —dijo Dooku. Había controlado su enojo y hablaba ahora en un tono más suave—. Qué desafortunado. Supongo que podría intentar persuadirlos. Pero cuanto más viejo me hago, descubro que tengo tan poca… paciencia para estas cosas.

La puerta detrás de Obi-Wan, Anakin, Floria, y Dane se cerró. Oyeron como se activaba la cerradura de seguridad con un chasquido. Las contraventanas se deslizaron sobre las ventanas y la habitación fue sumergida de golpe en profundas sombras.

Entonces, unas puertas ocultas en las paredes se deslizaron, y al menos una docena de Súper-droides de batalla marcharon hacia el interior de la habitación circular.

Obi-Wan vio como todo esto ocurría en un momento detenido. Allí estaba Dooku. Allí estaban los droides. Allí estaba Robior Web, el temible asesino.

Yura, Glimmer y Kash eran políticos, no combatientes. Floria y Dane podían cuidarse ellos mismos, pero no contra tal potencia de fuego. Había muchos seres para proteger. Y era claro que Dooku tenía la intención de asesinarlos a todos. La habitación era una trampa. Era una tumba.

Recordó la arena en Geonosis, la llegada de los transportes artillados… la batalla… la matanza.

En ese momento detenido, un pensamiento resplandeció, candente y abrasador: No puedo permitir una muerte más. Era ilógico, sabía en su corazón que tendría que soportar muchas más, pero no hoy.

No hoy.

Dooku se separó de la mesa. Anakin fue a la carga, interponiéndose entre los droides que entraban y los políticos. Al mismo tiempo, el fuego estalló desde los Súper-droides de batalla. Sensatamente, Yura y Glimmer se tiraron al piso.

Nadie habría esperado que Floria se moviera tan rápido.

Mientras Obi-Wan se movía para desviar el fuego de blásters de los droides, ella cruzó velozmente la habitación. Se interpuso entre Dooku y Anakin, un lugar demasiado peligroso para estar.

Decidido, absorbido, Anakin aumentó su velocidad. Obi-Wan lo vio moverse de la luz a la sombra, de la sombra a la luz. Sintió la Fuerza en el cuarto como un pulso, como un latido del corazón, como una ola arrolladora.

— ¡Anakin, Floria! —gritó.

Anakin se estremeció por el esfuerzo para detener el implacable ataque. Cambió de dirección para levantar en brazos a Floria, la protegió y mantuvo el movimiento de su

sable de luz, desviando el fuego de bláster de los droides. En medio de su salto en el aire, dejó a Floria junto a Samish Kash, tan ligera y suavemente, que ni siquiera un cabello de las trenzas enrolladas de Floria se movió.

Obi-Wan notó el alivio en la cara de Samish Kash. Anakin había tenido razón acerca del amor de Floria por él. Ahora podía ver el mismo amor en la cara de Samish. Y no permitiría que ambos murieran.

En ese momento, pudo percibir como la Fuerza se elevaba sobre Anakin, envolviéndolo, duplicándose, haciéndolo crecer. Los droides concentraron nuevamente su ataque en los gobernantes. Obviamente estaban programados para ello. Anakin saltó otra vez, y Obi-Wan coincidió con él en un punto en el aire. Cubrieron la habitación en una mirada. Había sólo unos segundos para fijar una estrategia.

Dooku salió. Vieron su capa destellar cuando se movió en dirección a la pared, hacia la única puerta que había permanecido abierta.

Lorian vio a Dooku retirarse y corrió tras él.

Yura y Glimmer no tenían armas. Para protegerse, se sentaron, espalda contra espalda, detrás de una silla maciza que era rápidamente diezmada por los disparos del gran número de droides. La expresión en sus caras le indicó a Obi-Wan que estaban esperando la muerte, y que la encontrarían valientemente.

Floria le alcanzó un bláster a Samish y tenía otro en su mano. Mientras Samish y Dane intentaban cubrirla, ella disparó repetidamente a un droide con infalible exactitud. Éste estalló en llamas y cayó pesadamente sobre la mesa.

Robior Web apuntó a Samish.

Obi-Wan tocó tierra, y volvió a elevarse otra vez, dando un salto mortal en el aire que le permitió impactar con ambos pies contra el pecho de Robior Web. El asesino voló y golpeó contra un pedazo de piedra que sobresalía de la pared, y quedó inmóvil.

Obi-Wan tuvo el tiempo suficiente para registrar el pedazo de piedra con sólo un destello de su mente, pero algo respecto a ella era importante. Estaba ocupado en desviar el fuego de los blásters, cuando se produjo un sonido metálico por delante suyo y hacia Yura y Glimmer.

Anakin había logrado reunir al grupo juntos en un rincón de la habitación, a fin de que le resultara más fácil protegerlos. Con un golpe de su sable de luz, se hizo de un trozo de la mesa de piedra, y luego empujó a los otros detrás de el para que pudieran cubrirse.

Sólo podrían resistir por poco tiempo más, pensó Obi-Wan desesperadamente. No podrían doblegar a todos esos droides.

¿Por qué el trozo de piedra venía a su mente? La piedra basal.

Un tirón de la piedra basal y la pared entera se vendrá abajo.

Obi-Wan corrió tras Anakin. Hablaron mientras cubrían a los demás, desviando el fuego. Samish, Dane y Floria salían de improviso para dispararle a los droides, y luego se zambullían en el improvisado escudo otra vez.

—Glimmer ha sido herido en una pierna —dijo Anakin—. Lorian fue tras Dooku. Debemos ayudarlo. Por lo tanto, debemos salir aquí.

—La piedra basal en la chimenea —dijo Obi-Wan—. Si reunimos rápidamente a los demás en el lado opuesto del cuarto, entonces tiraremos de la piedra basal, lo que dejará fuera de combate a la mayor parte de los droides.

Los ojos de Anakin viajaron sobre la chimenea en la pared, del mismo modo que su sable de luz giraba en remolinos.

—Claro que encontrarla es el problema —dijo Obi-Wan. Sintió a Anakin reunirse en la Fuerza, sintió como ésta brillaba tenuemente en las piedras, en la madera, en las demás criaturas vivas, sintió como crecía… Anakin concentró la atención en la pared.

Obi-Wan vio una piedra en la mitad de la pared, de la que sobresalía con facilidad un pedazo. Y escuchó un estruendo.

— ¡Muévanse! —gritó, saltando hacia los demás. Levantó a Glimmer, empujó a Yura, mientras le gritaba en la oreja a Samish— ¡Vayan a la puerta!

Se movieron, corrieron y gatearon, mientras la pared comenzaba a tambalearse y el estruendo y los chirridos llenaban el aire. Entonces las rocas salieron disparadas hacia adelante, derrumbándose en una letal avalancha, arrojando polvo y escombros a una altura mayor que la de cualquier persona. Las rocas y parte del techo cayeron sobre los droides, empujándolos de costado contra las paredes, aplastándolos contra el piso, y los unos contra los otros.

Obi-Wan y Anakin empujaron contra el piso a los demás e intentaron cubrirlos con sus cuerpos cuando la pared se derrumbó. El polvo y el humo mordían sus pulmones y picaban sus ojos. Podían degustar el sabor de la montaña en sus bocas.

Pero estaban todos vivos.

Tres droides estaban todavía de pie. Obi-Wan y Anakin corrieron, cubiertos en polvo, y los eliminaron.

Luego miraron hacia el montón de escombros. Detrás de él estaba la puerta por donde el Conde Dooku había desaparecido y por dónde Lorian lo había seguido. Les tomaría tiempo salir de la habitación derrumbada.

—Que la Fuerza lo acompañe —dijo Obi-Wan.

CAPÍTULO 26

Lorian no había sentido la Fuerza en muchos años. Cuando extendió su mano y la sintió fluir, se sobresaltó, como si le quemara la piel.

Pero en pocos segundos, todo volvió a la normalidad, y supo que tal vez, su vida dependería de ella.

Dooku iba delante suyo por el estrecho pasillo, corriendo hacia un aerodeslizador. Dooku debía saber muy bien que Lorian estaba detrás de él, pero no se molestó en girar y atraerlo. Lorian estaba seguro de que Dooku iría directo a tomar su vuelo, y no querría saber más nada respecto de él.

No tenía tiempo para pensar en una estrategia. Sabía que Dooku era infinitamente más fuerte. ¿Por qué estoy actuando así? Pensó mientras corría. ¿Por qué? Era un deseo de asesinar, el trabajo de un estúpido y nunca se había expuesto a la muerte, nunca había sido un idiota.

Todos los males de su vida, todos los errores, todas las acciones imperdonables, todo el dolor que causó a otros, todas las vidas que había destruido, todos estaba allí, en ese oscuro corredor. Todo eso lo estrangulaba, lo aplastaba, pero la Fuerza lo había tocado justo cuando la necesitaba, trayéndole a la memoria su infancia, cuando sabía lo que estaba bien y quería hacer lo correcto.

Tenía un bláster, pero sabía que su insignificante poder no significaría nada para Dooku. En unos momentos sería tomado y volaría a través del corredor.

¿Por qué usarlo? ¿Por qué usar un arma cuando Dooku podía eliminarlo de la misma forma que se mata una mosca?

Lorian no dejaba de correr mientras pensaba. ¿Qué tenía Dooku, que el no tenía? ¿Qué sabía acerca de Dooku que nadie más sabía? ¿Qué sabía acerca de él como un muchacho que no había cambiado? ¿Tenía algún defecto?

El orgullo. Era vanidoso. Le gustaba ser admirado.

Eso no lo ayudaría mucho.

Entonces Lorian vio el aerodeslizador al final del corredor, delante de Dooku. Estaba familiarizado con el modelo. Era un turborreactor gemelo Mobquet con una velocidad relativa de vuelo potenciada al máximo. Las Industrias Mobquet eran conocidas por sus motodeslizadores, pero no por sus aerodeslizadores. El transporte de Dooku era una buena elección para huidas rápidas, por su velocidad de vuelo potenciada y su alta maniobrabilidad. Pero había algo que posiblemente, y sólo posiblemente, Dooku no conocía: el aerodeslizador Mobquet tenía una falla. Los cables de datos que conectaban los controles frontales con la cabina estaban montados detrás de un delgado panel en la parte inferior del cuerpo. Le tomaría a Lorian aproximadamente seis segundos encontrar ese panel y fundir los cables con una descarga de su bláster.

Todo lo que necesitaba eran seis segundos.

Le habló primero, con su voz haciendo eco—. Has alcanzado el éxito sólo para ti mismo, Dooku. ¿Te diste cuenta alguna vez que no lo habrías logrado sin mí?

Dooku se detuvo y se volvió, como Lorian sabía que lo haría.

— ¿Perdón, mi viejo amigo?

—El Holocrón Sith. ¿Accediste a él, verdad? Tiempo después, tal vez. No podrías soportar que yo conociera algo que tú no conocieras.

— ¿Por qué no debiera haber accedido a él? —preguntó Dooku.

Lorian mantuvo la iniciativa—. Por supuesto, tienes razón. Pero nunca hubieras tenido el valor de hacerlo, si yo no lo hubiera hecho primero.

Dooku rió—. Eres increíble. ¿No te das cuenta de lo tentado que estuve de matarte? Y ahora me provocas. Es indudable que vives peligrosamente, Lorian.

Lorian había dado vueltas alrededor de Dooku y había estado parado cerca del aerodeslizador. Dooku no le temía; lo dejaba venir tan cerca como quería. Lorian se apoyó contra el aerodeslizador, cruzando su pierna como si tuviera todo el tiempo en el mundo para charlar—. Ahora me doy cuenta que estaba equivocado cuando te pedí que me cubrieras con respecto a lo del Holocrón.

— ¿Una disculpa a estas alturas? Estoy abrumado.

—Debería haber asumido la responsabilidad yo mismo. No hubiera sido echado de la Orden Jedi. Me doy cuenta de eso ahora. Pero me pregunto…. ¿Por qué pensé que lo harías? —Cubiertos por su capa, los dedos de Lorian buscaron el panel.

—Encuentro tan tedioso revivir el pasado —dijo Dooku—. Si me disculpas…

Puso un pie en el aerodeslizador, preparándose para saltar a su interior.

— ¿Será porque animaste mis temores? Mirando hacia atrás, encuentro eso extraño. Yo no habría hecho eso contigo. No habría alimentado tus miedos, habría tratado de calmarlos.

Sus dedos se deslizaron al otro lado de un filón. Había encontrado los paneles.

Los ojos de Dooku destellaron. Lorian sacó el bláster y puso el tambor contra el panel.

El lado oscuro se levantó en una espantosa demostración de poder, y Lorian se encontró arrojado al aire de igual forma que el muñeco de un niño. Se pegó contra la pared y luego golpeó el piso, aturdido. De alguna forma, había conservado su bláster.

Dooku lo vio, por supuesto—. Supongo que ese fue un torpe intento por distraerme —dijo, dejando ver su sable de luz con empuñadura curvada—. Creo haber demostrado demasiada misericordia. Acabemos ahora con lo que debería haberse terminado mucho antes.

Tenía una última oportunidad. Una sola. Podía bombardear el panel e impedirle a Dooku escapar. Obi-Wan y Anakin tendrían que hacer el resto. Si fallaba, él moriría. Si tenía éxito, también moriría. No tenía dudas acerca de ello.

Lorian se entregó a la Fuerza para que viniera en su ayuda. La necesitaba aquí, ahora, en su último momento. La sintió expandirse, y vio como las cejas de Dooku se arqueaban.

—Así que no la has perdido completamente —dijo—. No está mal, pero no es suficiente.

Avanzó hacia Lorian. Lorian recordó su manejo de los pasos. El ataque vendría por su izquierda. A último momento, rodó a la derecha, y el sable de luz de Dooku golpeó una piedra y la partió en pedazos. Esperando un golpe fácil, Dooku giró un segundo tarde, y Lorian ya había comenzado a correr. Sabía que Dooku esperaba que él girara e intentara ponerse a su espalda. No esperaba que corriera hacia aerodeslizador.

Tenía al desintegrador apuntado y listo, pero sabía que tendría sólo un disparo, y tenía que ser uno bueno. Tenía que ser firme y totalmente perfecto.

Detrás suyo había un susurro. Al menos, eso era todo lo que escuchó. Miró hacia abajo y vio el sable de luz y pensó, ¡qué raro!, Dooku está detrás de mí, ¿por qué el sable de luz está en frente de mí? Entonces se dio cuenta de que había sido completamente atravesado…

Disparó el bláster, pero su tiro perdió el control. Fue cayendo.

He fallado, pensó. He fallado.

Dooku apareció por encima de él. Pudo ver sus ojos oscuros como cavernas vacías. Y no quiso que esa fuera su última mirada. Había convivido con el odio durante tanto tiempo, que no podía morir con él ante sus ojos. De modo que con un gran esfuerzo, giró su cabeza. Vio las rocas del corredor, tanto las lisas como las afiladas, y notó por primera vez que no eran grises, sino que eran jaspeadas en plata, negro, rojo y azul, el color de las estrellas…

El pensamiento lo perforó con el mismo dolor agudo que le producía el sable de luz que tenía en su cuerpo: ¿En qué más me he equivocado?

Demasiado tarde para averiguarlo ahora.

Llamó a la Fuerza que se levantó a su alrededor como una manta, y con una explosión de color iluminando su vista, sonrió y se olvidó de su vida.

CAPÍTULO 27

Anakin estaba sentado sobre la fría tierra, observando las vetas de corte anaranjado a través del gris. El sol se levantaba—. Es tiempo de partir —dijo Obi-Wan.

Anakin se levantó. Estaba cansado después de haber movido los centenares de grandes piedras que obstaculizaban la salida.

—He traído el cuerpo Lorian a bordo —dijo Obi-Wan. Estaba parado al lado de Anakin, de cara al sol naciente—. Lo llevaremos de regreso al Templo.

Lo habían encontrado en el corredor con un bláster cerca, con los ojos abiertos y, extrañamente, con una sonrisa apenas perceptible en su rostro. Había rastros de lucha en el desorden de los restos. El fuego de un bláster había marcado las rocas. Podían ver las marcas de la ráfaga de aceleración de un aerodeslizador. Dooku había escapado.

—Lorian acometió, aún en contra de las más mínimas posibilidades —dijo Obi-Wan—. Nunca antes fue más Jedi, que en su último momento.

—De modo que la redención es posible —dijo Anakin.

—Por supuesto que lo es —dijo Obi-Wan—. Mientras haya aliento, habrá esperanza. ¿De lo contrario, por qué luchamos?

—Desearía no creer que he fallado —dijo Anakin—. Dooku escapó. El Espaciopuerto Estación 88 está a salvo para la República, ¿pero por cuánto tiempo? ¿Qué detendrá a Dooku de intentar asesinarlos otra vez?

—Nosotros —dijo Obi-Wan.

—Hay tal oscuridad delante —dijo Anakin. Se detuvo fuera del crucero y contempló las estrellas. Se desvanecían en la luz creciente—. Puedo sentirlo. Esto pesa sobre mí.

Te preocupas mucho.

Qui-Gon le había dicho esto a Obi-Wan, más de una vez. ¿Era ese su legado para Anakin? Él había intentado darle mucho más que eso.

—Tú no has fallado aquí, Anakin —dijo Obi-Wan—. Nuestra misión era asegurar que el Espaciopuerto no cayera en poder de los Separatistas, y reunir información. Y tuvimos éxito. La casa de campo de Dooku contiene información muy valiosa.

—Una pequeña victoria —dijo Anakin con sus labios arrugados—. ¿Podremos ganar una guerra de ese modo?

Él no había podido entenderlo. Anakin había querido terminar con las Guerras Clon allí mismo. Había querido destruir al Conde Dooku. Su ambición sería siempre mayor en cada misión. Obi-Wan lo vio claramente, y esto lo atravesó. Le había enseñado todo a Anakin, y Anakin había aprendido mucho, pero ¿Había olvidado las cosas más importantes?

He fallado, Qui-Gon. He fallado.

Subieron por la rampa de aterrizaje. Anakin se acomodó detrás de los controles. Obi-Wan se sentó en la computadora para ingresar las coordenadas para el viaje de regreso. En la superficie, todo estaba como siempre lo había estado.

Pronto acabarían sus misiones juntos. Ambos lo sabían. Él nunca había tenido que decirle adiós a Qui-Gon como Maestro. Todavía era el padawan de Qui-Gon cuando éste murió. Tal vez ésa era la razón por la que todavía se sentía tan cerca suyo.

No sabía si Qui-Gon lo habría despedido con palabras de sabiduría, con una dirección para seguir. Ahora no tenía forma de saber que más podía darle a Anakin. Le había dado todo lo que podía darle. Pero no era suficiente.

La tristeza invadió a Obi-Wan cuando atravesaron la atmósfera superior. Amaba a Anakin Skywalker, pero realmente no lo entendía. Las cosas más importantes que tendría que haberle enseñado, no se las había enseñado. Tendría que dejarlo partir, aún sabiendo esto. Tendría que dejarlo partir.